

**Los amantes
del
London Park**

10(762-41)

NOVELA



**Luis
Cornejo G.**

Los Amantes del London Park

CAPITULO PRIMERO

ESA noche de noviembre era cálida y estrellada. Desde lejos podía verse la iluminada estampa del London Park y escucharse la gritería de los niños y muchachos divirtiéndose en la rueda Chicago, que los llevaba al cielo y los volvía a traer a tierra.

Ruiz transpiraba copiosamente, manejando la vara de mando y atendiendo a los clientes de la rueda. Don Eustaquio, tan voluminoso como siempre, llegó hasta él y le preguntó:

—¿Y dónde anda Pedro?

—Fué a tomarse un refresco. Esta noche estamos recargados de trabajo.

—¡Puchas que son reclamadores ustedes! Cuando no hay clientela y se llevan babeando, ¿cuál es que yo reclamo? Más que seguro, Pedro está curado... Anda a buscarlo. Yo te reemplazaré. Pasa la vara...

Ruiz entregó a su patrón la vara de mando y fué a buscar a Pedro. Sabía donde encontrarlo. Caminó por entre chiquillos que corrían y molestaban al público. Salió del parque de diversiones y atravesó la polvorienta calle.

Abrió la puerta vaivén de la cantina y miró hacia el interior brumoso. Lo vió junto a una alegre comitiva, que encabezaba el dueño de la cantina, Don Paolo, con su enorme panza que la hacía descansar sobre sus rodillas, cuando estaba sentado, como ahora precisamente. Don Paolo escuchaba a un hombre, mirándolo con sus ojillos saltones, mientras el otro disertaba sobre el significado de la patria. Cuando Ruiz llegó hasta ellos, Paolo interrumpió al improvisado conferenciante, diciendo:

—¡Pero que cosa dice! ¡Porca miseria! Usted no entiende nada... La patria señor... ¡Linda cosa! ¡Qué roto valiente, qué bandera, qué canción nacional! ¡Esta cuestión es pura bulla, para que un montón de vivos se llenen la panza, mientras que los otros se chupan el dedo! Yo soy italiano, en mi patria yo era muy patriota y amaba mi bandera y mi canción nacional y por la noche los piojos no me dejaban dormir. ¡Qué linda patria la mía señor!... ¡Ahora, aquí en Chile, tengo plata y puedo pagar abogados, doctores y profesores para mi hija. Ahora sí que tengo patria y mi canción nacional y mi bandera está en el banco. Créame amigo, el banco es la mejor patria.

Ruiz aprovechó una pausa respiratoria del discurso de Paolo, diciendo a Pedro:

—Dice el patrón que vayas a trabajar.

Pedro, que ya tenía en el cuerpo un par de litros de vino, que le servían para matar el calor y el cansancio, miró a su camarada y le dijo sonriendo:

—Tómame un trago.

Ruiz, sin pestañear ni respirar, se tomó por lo menos un cuarto de litro y se limpió la boca con la manga de su camisa, cuyos labios registraron la aspereza de la tela sucia y mal oliente.

—Ya, vamos, Pedro.

Pedro estalló:

—¡Dile a Don Eustaquio que se vaya a la porra! ¡Yo estoy tomando!

Ruiz insistió:

—Vamos a la pega. Vamos que Don Eustaquio quedó reemplazándome.

—¿Está con la vara el pulpo?

—Sí —Pedro lanzó una fuerte carcajada. Se paró. Abrazó a Ruiz y le dijo sin dejar de reír con cierta ferocidad reconcentrada en sus pupilas:

—Déjalo tranquilo. Para que sepa lo que es trabajar en esa maldita máquina.

Ruiz aprovechó el abrazo y lo obligó a caminar:

—Vamos compadre.

Lo arrastró hasta la puerta. Pedro ofreció resistencia agarrándose de un pilar de madera:

—Un momento, cumpa Ruiz. ¡No me tiree que no estoy borracho!

Se zafó de Ruiz y caminó hasta la vara de la cantina. Tomó una botella de vino y sonriente le gritó a Don Paolo, que seguía discutiendo:

—Amigo Paolo, más rato se la pago.

Colocóse la botella debajo del brazo, y apoyándose en Ruiz salió en dirección al London Park, que para llegar hasta él, bastaba cruzar la polvorienta calle. Antes de entrar se detuvo y mirando el iluminado parque, dijo:

—Quiere que le diga una cosa, cumpa Ruiz. ¡Le tengo un odio caballo al London Park! —miró hacia la cúspide de la rueda Chicago y sonrió maligno— ¡Uno de estos días le voy a meter fuego!

—Cuando lo haga déjeme ayudarlo...

—¡Ya está! Usted será el que desparrame la parafina por todos esos sucios stands. ¡Va a ser relindo! ¡En un segundo van a quedar puras cenizas!

Siempre que Pedro estaba borracho demostraba aversión a ese parque de entreteniciones y a la persona de su dueño. Pero, Ruiz sabía que su amigo sólo gritaba su tremenda desesperación y que nunca llegaría a incendiar el London Park, porque, después de todo, Pedro no podría vivir

mucho tiempo fuera de él. La vida errante de ese parque le cuadraba muy bien a ese borracho que no quería preocuparse de nada, y que de muy tarde en tarde, como ahora, se rebelaba.

Pedro apretó las mandíbulas:

—Van a quedar puras cenizas!

Tragó saliva y murmuró para sus adentros: “un maestro mecánico”. Luego, su monólogo interno se lo comunicó a su compañero:

—¿Sabe, cumpa, lo que es ser un “maestro mecánico”? —lo miró largamente y por último el mismo se contestó— ¡No! Usted no lo sabe... ¡Claro que no lo sabe! No sabe lo encachado que es manejar un torno. Cuando se está trabajando en uno de ellos y las virutillas de metal van saliendo calentitas... Algunas hacen cosquillas en las manos. ¡Eso sí que es trabajo! —Hizo una pausa, miró las estrellas y continuó sin dejar de mirarlas— Pero, ¿y las huelgas?... ¿Y los palos de los carabineros!... Y hay que tener cabeza para no echar a perder las piezas. Eso era fácil. ¡Pero los palos y los industriales!

Lanzó otra fuerte carcajada. Se empinó la botella. Se secó los labios con el reverso de la mano, mirando fijamente la cúspide iluminada de la rueda Chicago. Gritó con vehemencia:

—¡Odio los tornos mecánicos!... ¡Prefiero esta mierda de London Park!

—Tiene toda la razón, compadre Pedro... Pero vamos, que Don Eustaquio debe estar reenojado.

—Vamos... ¿Sabe, cumpa Ruiz?... Esta noche no voy a quemar el London... ¿Y sabe por qué?

—No. Dígamelo...

—¡No! No, no, mejor no se lo digo... ¡Vamos!

Ruiz con gran esfuerzo logró llevarlo, abriéndose camino por entre la gente que se divertía. Al pasar cerca del quiosco de la viuda de Bustamante, Pedro se detuvo, le guiñó un ojo a Ruiz y le preguntó en tono pícaro:

—¿Vamos a revolverla con la viuda?

Y sin esperar contestación se acercó a la viuda de Bustamante y le dijo amoroso, tomándole una mano:

—¿Qué hubo mi hijita? ¿Me convida una cerveza?

La viuda deshecha en sonrisas le contestó:

—Lo que quiera pues, Pedrito... No faltaba más...

La mujer destapó una cerveza y se la pasó con la mejor sonrisa que podían reflejar sus gruesos labios y sus escasos dientes. Con esa sonrisa, de treinta años ajados, quería demostrarle el intenso interés que siempre había mantenido por él. Interés que al quedar viuda poco más de un año, Pedro no supo o no quiso comprender, cuando ella se lo insinuó abiertamente. Pero, no por eso la viuda desistió de sus propósitos y siempre que lo encontraba, especialmente en el estado actual, se quejaba de su soledad:

—¡Viera, Pedrito, por las noches no cierro los ojos! Yo no he nacido para viuda. Además que me gastó unas manos de ángel para hacer las pantrucas, ¡que para qué le digo nada mejor!

—Búsquese a quién cocinarle, pues.

—¡No diga eso pícaro, que reciencito está muerto mi pobre Bustamante!

—Pero, ¿no dice que por las noches no cierra los ojos?

—¡Eso sí, porque yo soy muy cariñosa en la intimidad, le diré!... Claro que el hombre que elija mi corazón, eso es si vuelvo a casarme, ¡qué ni Dios quiera! —y entornaba los ojos al cielo y con los nudillos de sus dedos golpeaba madera, para afirmar definitivamente su decisión de no volver a enfrentar al civil— No va a ser un patipelado cualquiera. ¡Eso ni pensarlo! —Y otra vez entornaba los ojos y de nuevo golpes en madera, y volvía a la carga—. Si vuelvo a casarme será con un hombre fuerte, joven y trabajador... así como usted, por ejemplo— y por lo general terminaba su lance sonriendo coqueta y haciéndose la avergonzada.

La viuda era la única mujer independiente de ese establecimiento, ya que pagaba arriendo por el lugar que ocu-

paba su quiosco de bebidas y venta de números de las loterías de Beneficencia. Vivía en los hoteles de los diferentes pueblos que visitaba el parque. Esto le daba una importancia que no tenían las otras mujeres del London Park, ya que las casadas vivían con sus hombres en las casuchas de madera, antiguos desperdicios de viejos stands que daba Don Eustaquio a sus trabajadores, y que junto al parque formaban un patio, especie de conventillo hediondo, donde lloraban los recién nacidos, jugaban los más grandes, se lavaba y tendía ropa, además de preparar los alimentos. Esta importancia ella la recalcaba, oportunamente, cada vez que se lanzaba en una conquista. En esos momentos describía su habitación con lujo de detalles:

—Tengo una pieza primorosa, con una ventana que domina toda la plaza del pueblo y la cama es bien ancha y silenciosa.

Mas, a pesar de toda la propaganda, no siempre obtenía los compañeros de juego que apetecía, ya que era demasiado baja de estatura, piernas cortas y gordas, adornadas de azules protuberancias, huellas que consiguen los que están mucho tiempo detrás de un mostrador, y, en general, presentaba un aspecto chato, poco apetecible de caminar con ella del brazo rumbo al cine o al hotel.

Pedro, con todo, estando borracho, gustaba de seguirle la comedia. Terminó de beber, pasó la botella a la viuda y otra vez le apretó la mano maliciosamente, preguntándole al oído:

—¿Cuánto le debo mi negra?

—Nada, pues, Pedrito.

—¿Y cómo quiere, entonces, que se la pague, preciosa?

—¡Ay! ¡Las cosas que usted dice!

—Ya pues, ñatita, dígame sin rodeos ¿cómo se la pago?

La viuda rió nerviosa y movió el amplio trasero y le contestó más apegada al oído de Pedro, de lo que ya estaba, casi en un susurro, dijo:

—Usted sabe cómo, pues...

—Espéreme, esta noche voy a su hotel.

—Usted sabrá... En todo caso siempre será bien recibido.

—Espéreme... —dijo dándole otro apretón de manos, que a la viuda le pareció un cálido presagio.

—¡Ya pues, compadre, vamos, que el patrón debe estar requemado! —dijo Ruiz, estimando que para bromas estaba bueno y de un brazo se lo llevó.

Don Eustaquio dejó la vara de mando al verlos llegar y se la entregó a Ruiz, exclamando:

—¡Ya estaba bueno que llegaran! ¡Y tú, Pedro, por la misma...! ¿Qué te has creído...? ¡Ya sabes que no me gusta que andes chupando los sábados, cuando hay tanto trabajo!

—¡Ya sé, patrón! ¡Váyase tranquilo no más, que yo y mi cumpa, ahora vamos a trabajar como animales que somos, ¿verdad cumpa? —lanzó una carcajada y se acercó a Ruiz diciéndole: —Déjeme a mí la vara y usted encárguese de los asientos.

Don Eustaquio prefirió no discutir. Sabía que Pedro, aunque estuviese borracho, trabajaba bien y si algo le pasaba a la máquina, lo arreglaría al instante. Dió una última mirada a Pedro, que en esos momentos se entregaba de lleno a su trabajo y se dirigió a la administración. Pedro siguió alegre por la chanza que le había gastado a la viuda de Bustamante, y de vez en cuando se empinaba la botella que trajera de la cantina. Esa botella lo derrotó finalmente tumbándolo al suelo. Ruiz tuvo que reemplazarlo en la vara y atender al público al mismo tiempo. Para mayor desgracia de Pedro, otra vez vino a vigilar el trabajo el corpulento dueño del parque y al verlo en la tierra, junto a la botella vacía, exclamó:

—¡Por la pucha! ¡Este, otra vez está durmiendo la borrachera!... Ruiz, llévatelo a su pieza.

Ruiz tomó a su compañero de los brazos y lo levantó. Pedro pestañeó. Los reflejos de las luces de colores de la rueda Chicago lo aturdían. Miró a su patrón y protestó:

—¡Escúche, Don Eustaquio!... ¿Qué se cree...?

—¡Llévatelo a dormir, te dije Ruiz, ¿no?

Pedro, ofendido, trató de zafarse de Ruiz y vociferó:

—¡Déjeme, cumpa, por su madre!

De un fuerte tirón logró quedar en libertad, pero, debido a su escasa resistencia, fué a dar de nuevo, de bruces, a la tierra. Mas no cedió y trató de pararse. Esta vez no pudo mover ni una pierna. Ruiz lo cargó en sus hombros y se lo llevó.

Horas después, Pedro despertaba más aliviado y sólo molestábase cierto dolor localizado en la garganta. Algo aturdido todavía, traspuso el umbral de su cuarto y a trastabillones por la oscuridad, caminó unos metros. El parque estaba silencioso y en penumbras. Sólo en el centro del establecimiento, una ampolleta de escasa potencia, servía de faro: era el puesto del sereno. Tendió su mirada por todo el parque y la detuvo en un lejano punto luminoso. Hacia allá dirigió su garganta quebrajosa. A medida que avanzaba iba reconociendo las voces de sus compañeros, que esa noche, como todas las noches, después de cerrar el London Park, dejaban su paga en la patria de Don Paolo. Cada segundo sus pasos eran más largos, acortando vertiginosamente el trecho que lo separaba de la meta, cuyo premio era una exquisita botella; traspuso la mampara y como loco llegó a la mesa de Ruiz, y, sin decir nada, saltó sobre una de ellas y se la empinó. No la soltó hasta que su garganta dejó de atormentarlo. Luego pegó una larga respirada y dijo:

—¿Y, qué hubo, cumpa Ruiz? Aquí estamos otra vez para seguirla...

Pedro fué recibido con alegría y las botellas siguieron su interminable desfile.

La viuda de Bustamante, a las dos de la mañana, bostezaba esperando a Pedro. Dió una última mirada a la plaza, luego cerró la ventana y abrió su ancha cama. Mientras ésta dormía a pierna suelta, el otro continuaba aferra-

do a las botellas. Eran las tres de la mañana y seguía bebiendo. Sus compañeros se habían retirado, sólo Ruiz lo acompañaba. Más allá tres obreros, veguinos de Santiago, dos de baja estatura y el tercero alto y fornido, que ostentaba en su rostro curtido un gran tajo en la mejilla derecha, eran los últimos parroquianos de Don Paolo. Estos obreros estaban celebrando la llegada a ese pueblo, al cual iban a embalar productos agrícolas de la región, especialmente cebollas para la exportación. Dicha celebración era rociada con largueza y coreada con canciones apropiadas.

Pedro, al principio, gustó de esas tonadas, pero después le hastiaron y comenzó a murmurar contra los cantores. Aquellos no le daban importancia y seguían voz en cuello. Pedro no soportó más en el momento en que el fornido caracortada, con voz de tarro, cantaba a todo pulmón:

Y María esa noche
y María esa noche
andaba sin calzones;
pidiendo que le dieran,
pidiendo que le dieran...

Pedro se paró, retiró su silla con estrépito y gritó rojo de rabia:

—¡Lo que pidiera esa tal María, vos no serías capaz de dárselo, tonto jetón! ¡Ya me tienes la cabeza como bombo con tu tal María!

El caracortada se calló y miró amenazante al que así lo apostrofaba. Pedro le contestó con la misma mirada. Toda la cantina quedó en suspenso ante esas miradas que parecían medir fuerzas antes del ataque. Pedro reventó:

—¡Qué miras tanto, desgraciado!

Todos los hombres apretaron sus puños y los acompañantes del caracortada cubrieron los flancos de éste. Pedro ahora fué más violento:

—¡Y ustedes, infelices! ¿De qué se las dan?

El fornido veguino se llevó un dedo a la mejilla marcada y preguntó fanfarronamente a su rival:

—Sabes enroscado ¿por qué tengo ésto?

—¡No te lo harían por vivo, pues, cara de rana!

El caracortada lanzó una botella con vino a la cabeza de Pedro, éste esquivó el proyectil con leve movimiento de cabeza y la pared recibió el impacto, pintándose de una gran mancha violácea. Pedro, rápido, cogió una silla y como un rayo, cubrió los escasos metros que lo separaban de su enemigo y mientras éste tomaba otra botella, le descargó un silletazo en la cabeza, dejándolo fuera de concurso. Los acompañantes del caído arremetieron con Pedro; Ruiz reforzó a su compañero. Las bofetadas llegaban y caían por todos lados; en las mandíbulas; por costillas y narices. Y cuando las bofetadas no satisficieron a los contrincantes, empezaron a volar las sillas, los vasos y las botellas. Uno de estos envases hizo añicos el único y apreciado espejo, orgullo de Don Paolo. Esto enfureció al comerciante y ordenó a los mozos, veteranos en estas batallas, parar la gresca.

Los veguinos cargaron al contuso, no sin antes amenazar de muerte a los compadres. Pedro se las devolvió y a no mediar la presencia de los mozos, que lo sostenían férreamente, la pelea habría recommenzado afuera del negocio.

Pocos minutos más tarde, cuando los veguinos se habían esfumado por las calles oscuras, los obreros del London Park fueron puestos en la calzada, culpándoseles de ser los promotores del incidente y únicos candidatos a pagar los daños causados. Pedro y Ruiz quedaron en la calle solitaria protestando su inocencia y dando patadas a la cortina metálica, que habían bajado bruscamente en sus propias narices. Pedro, con los ojos rojizos de ira, gritaba:

—¡Abran, gallinas! ¡Salgan para afuera, cobardes!... ¿Qué le parece, cumpa, como nos tratan estos despaturrados?... ¡Más que le echo abajo la cortina a patadas a este italiano guatón vaca!

—Ya está bueno de fiesta, compadre Pedro. Vamos mejor a dormir...

—¡No sea gallina, cumpa, por las canillas de mi abuela! ¡Cómo nos vamos a quedar así!

Ruiz, pacientemente soportó a su compadre y a viva fuerza logró alejarlo de la cantina. En la esquina, Pedro se aferró a un poste del alumbrado. Ruiz le aconsejó nuevamente:

—Vamos a la durma compadre Pedro, mire que pueden volver esos gallos, y esa gente ahora debe andar con cuchillos...

—¡Qué cuchillos ni turco pobre, señor! Esos gallos no me corren dos metros a mí.

—Tiene toda la razón, pero es mejor que nos vamos a la camita.

—¡No quiero dormir! Yo quiero seguir revolviéndola, ¡tengo sed!

—Los antejos suyos. ¿Dónde vamos a seguirla, si a estas horas está todo cerrado a machote?

—Eso no me importa a mí! Vamos a pedirle más trago al guatón Paolo.

—¡No nos va a abrir, por la madre!

Pedro reflexionó unos segundos, tragó saliva, se rascó un muslo y, por último, como para comunicarle una gran ocurrencia, apoyó su mano derecha en el hombro izquierdo de Ruiz y le dijo moviendo su cabeza hacia adelante por cada palabra que decía:

—Cumpa... Sígame... Tengo una idea... Sígame.

—¿Para dónde?

—Vamos para el puerto.

—¿A estas horas? ¡Para cuándo vamos a llegar a Valparaíso!

—Vamos. Yo quiero cambiar de aire, me lo recomendó el doctor hace un montón de años atrás.

—Pero, ¿qué aire vamos a cambiar, si estamos a pocos kilómetros de la costa?

—Vamos, no me discuta.

—Pero, ¿en qué diablos nos vamos al puerto?

—Ya veremos... ¡Chisst! No me discuta... Sigame.

Caminaron irregularmente unas dos cuadras hacia el norte. En una esquina mal alumbrada por un farol, se detuvieron. Pedro miró a su alrededor. Las calles bostezaban. Muy lejos se escuchaba el canto de algún gallo con insomnio; uno que otro perro ladraba furioso contestando los insultos de otros y el canturreo quebrado de uno que otro borracho; teniendo como constante fondo musical, la sinfonía de las ranas cantoras de las charcas, pantanos y canales del pueblo. Pedro dió vuelta en ciento ochenta grados su cuerpo, sin desprenderse del poste. Allá, en la otra esquina brillaba tenuemente una luz rojiza y cerca de ella, como siluetas mal dibujadas, una pareja de carabineros montados en sus nerviosos caballos, que bajo sus verdes mantas, husmeaban posibles candidatos a pagar multas vinosas de domingo al amanecer. Ruiz también los vió y dijo inquieto:

—Mejor es que nos vamos a dormir, compadre Pedro, mire que esos carabineros, si nos ven, nos dan cama dura para esta noche.

—Ya le dije, cumpa, ¡no sea gallina! Esos no tienen nada que hacer con nosotros.

—Los verdes son tan intrusos...

—Déjelos no más, conmigo no se la pueden.

Los policías montados divisaron a los compadres y se dirigieron a ellos, deteniendo sus bufantes caballos a escasos centímetros de los rostros de los trasnochados.

—¡No me eche el caballo encima mi Capitán, que somos gente honrada! —exclamó Ruiz, haciendo una cabriola bufa, para caer simpático.

—¡Ah! son ustedes, los del parque.

—Nosotros mismitos, pues, mi Capitán —dijo nuevamente Ruiz, sacándose el sombrero y saludando cortesmente.

—¡Sargento, no más, hombre! —dijo el carabinero mo-

lesto. El conocía la técnica de Ruiz, siempre que lo sorprendía borracho, éste lo ascendía para congraciarse.

—Sí, tiene razón, mi sargento... Pero, en mi modesto pensar y ver de las cosas, usted ya se tiene ganado hace mucho tiempo los galones de Capitán. Por eso yo lo llamo así. Los tontos de sus jefes no saben lo que se pierden... Son, como bien podía llamarse, injusticias del destino. La pura verdad mí... mí sargento.

El policía, mientras examinaba a los borrachos, pensaba si era o no conveniente llevarlos presos. Para él la cosa no se presentaba fácil. Porque si los detenía, cumpliendo con su deber, y les aplicaba la correspondiente multa, sus cinco hijos no podrían subir más a la rueda Chicago gratuitamente, como hasta ahora lo hacían, por ser amigos de Ruiz; por otro lado estaba el deber. ¡Grave cosa! Pero, ¿y las risas de sus hijos en la rueda, todos los días? ¿Qué era más importante en este caso? ¿Tal vez era prudente esperar una fecha más próxima a la partida del parque de ese pueblo? ¡Sí, eso era lo mejor! Así quedan contentos los jefes y los niños. Sin embargo, el carabinero luchaba con su conciencia, hecha a martillazos en el cuartel. ¡Primero el deber! ¡Siempre el deber! Sí, mi teniente, siempre cumplir con el deber. Sí, mi capitán, siempre el deber. ¡Sí, mi... deber! Papito, ¿me das permiso para subir a la rueda de Ruiz, el borrachito? Yo quiero. Yo también. ¡Siempre el deber! Papito, fíjate que desde lo alto de la rueda se ve todo el pueblo. Y los trenes mucho antes de llegar a la estación. ¡Deber! ¡Deber! DEBER! El hombre se mordió los labios, acarició la cerviz de su alazán y dijo irritado:

—Váyanse a la cama! Es muy tarde para que anden borrachos por las calles metiendo bochinche.

—Ya nos íbamos a la durma mí Capi... digo mí Sargento.

—¡Ya, partieron a la cama! —levantó la voz con firmeza el carabinero raso que acompañaba al Sargento.

—¡Y cuidadito con armar camorra! —Recalcó el Sargento, tratando de ser duro ante su subalterno, debido a

su flaqueza de no llevar presos a esos borrachos. Había que cuidar el puesto. Pero, ser padre de familia tiene sus bemoles. Había que cuidar el puesto. No pensaba volver al taller de carpintería. Con cinco hijos. Diez platos diarios de comida. Veinte panes. De vez en cuando un lance amoroso extra. Había que cuidar el puesto y ser duro ante su subalterno. Todos tienen ambición de ascenso. En los talleres muchas veces falta el trabajo. El esclavo debe poner duro el cuero. Miró a su ayudante y luego a los compadres y gritó: —¡Ya, partieron! —otra vez miró al carabinero y dijo autoritario— ¡Sígame, Saldías!

—Gracias Sargento, mande mañana sus cabros para que suban a la rueda! —gritó Ruiz al verlos alejarse.

—Menos mal que se fueron estos pacos fregados —refunfuñó Pedro, luego, dijo alegre—. Bueno... vamos a buscar algo en qué irnos al puerto.

—Recuerde compadre Pedro, que mañana es domingo y tenemos que estar temprano al pie del cañón.

—Qué se vaya a la punta del cerro el viejo Eustaquio y su maldito London. Yo quiero ir al puerto ahora mismo.

—¡Puchas, que es porfiado!

Pedro miró hacia la calle donde antes divisaran a los policías y exclamó jubiloso:

—Mire la suertecita que nos gastamos! Allí hay un camión. Pidámosle al chofer que nos lleve a Valparaíso.

—Parece que no es camión... parece que es carretela.

—No, cumpa, es camión.

—Es carretela.

—No cumpa, es un camión. ¿No vé la luz trasera?

—Es carretela, y esa luz es una vela encendida dentro de un farol. Las conozco bien, no ve que también he manejado carretelas. Desde aquí huelo los caballos.

—Cumpa, usted está más curado que yo. Manejé muchos camiones hasta que los pacos me quitaron los documentos. Desde aquí siento el olor a bencina.

—Es carretela.

—¡Puchas, que es cabeza de piedra!

—Es carretela, compadre Pedro.

—Bueno... vamos y salgamos de duda.

Los hombres, en un abrazo, aliados en resistencia contra la tierra que los atraía, se acercaron al motivo de sus discrepancias.

—¡Ve, compadre Pedro, que le falló la nariz.

—Y con caballos y todo. Me la ganó cumpa... pregunte al carretelero si nos lleva al puerto.

—Le está fallando la piojera! ¡Nos vamos en esta huifa y llegamos al puerto para el día del...!

Ruiz no terminó su frase, quedó un segundo en silencio y después bajó el brazo que había levantado para apoyar su expresión. Era lo lógico en él, porque siempre que Ruiz quería afirmar que algo nunca llegaría a suceder, exclamaba esa frase de "para el día del..." y luego quedaba con su mano derecha, que iba a remachar su afirmación, en alto. Y pasado unos segundos la dejaba caer con laxitud. Parecía que la mano se negara a terminar la célebre exclamación de Ruiz, o tal vez en esos momentos algo fallaba en su actitud, pero era el caso de que nunca salían de sus labios las palabras que pusieran término a esa expresión tan suya, que lo decía todo y al mismo tiempo no decía nada. Expresión que a lo mejor sería libidinosa o una bravata simplona. Pedro caminaba un par de años junto a Ruiz, y de tanto convivir con este borrachín, que lo seguía como su sombra, optó por hacerlo algo suyo. Y como no podía ser hermano, ni primo, ni tío, ni remotamente pariente lejano, decidió llamarlo "cumpa". Sólo que hasta ahora no se presentaba la oportunidad de concretar este compadrazgo, ya que ambos eran solterones empedernidos, y que ellos lo supieran, ni siquiera hijos ilegítimos tenían. Pedro le cerró un ojo y frunció los labios, estirándolos hacia afuera. Colocóse el índice de su mano derecha en sus labios blanquizcos de salivas aglutinadas, casi de la densidad de algodón de azúcar

y emitió el ruido característico de los borrachos cuando quieren acallar en voz baja:

—¡Chissst! ¡Chissst! No me discuta, cumpa Ruiz. Pregúntele al gallo de la carretela.

El carretero que estaba amarrando una cincha a uno de sus caballos, terminó su trabajo y subió al pescante. Una vez que estuvo bien sentado y huasca en mano, miró a Pedro y Ruiz, examinándolos cuidadosamente. El que estaba sentado al pescante era un cobardón de gran formato y muy amigo de contar y escuchar cuentos de aparecidos y cuatreros nocturnos. Y esa noche, para desgracia de él, andaba solo a esas horas, por esos caminos; caminos de cuatreros y aparecidos, según le habían contado. Por lo tanto, sin dejar de mirar a los recién llegados, empuñó fuertemente la huasca; desde lo alto era imbatible. Pedro lo enfocó, con esa mirada peligrosa, de ojos un tanto dislocados, que le daba la borrachera. El carretero tembló al sentir sobre él esos ojos y murmuró:

—¡Santo Dios! ¡Estos sí que son cuatreros, por la mierda! —y queriendo sacar fuerzas para defenderse de su propio pavor, preguntó con voz temblona— —¿En qué los puedo servir amiguitos?

—Mire amigo —le dijo Pedro— nosotros queremos ir a Valparaíso y deseábamos hablar con usted para que nos lleve.

—No puedo hacerles ese favorcito mis caballeros, porque yo parto ahora mismito para la chacra de Don José a buscar repollos.

Y dicho esto, el timorato fustigó los caballos. Los compadres quedaron con una protesta muda en los labios. Ruiz fué el primero en hablar:

—¿Y ahora qué hacemos?

—Paciencia cumpa Ruiz. Déjeme hacer trabajar la pensadora... ¡Ya está... Vamos para la estación.

—Pero, si a esta hora la estación no funciona.

Pedro lo hizo caminar.

—¡No me discuta... vamos allá!

A trastabillones se encaminaron a la estación de ferrocarriles distante unas pocas cuadras. Al saltar una zanja, Ruiz rodó por el suelo, arrastrando a Pedro en su caída.

—¡Pero, cumpa, afirme los fideos!

—¿Quién me bajó el piso?

—Parece que estamos en una acequia.

—Menos mal que no trae agua.

Unos diez minutos, por lo menos, les costó reanudar la marcha. Llegaron a la estación. La oscuridad y el silencio esperaban el expreso.

—¿No le dije compadre Pedro? ¡Aquí no hay ni lechuzas!... volvamos más mejor, ¿quiere?...

—¡Paciencia y tiza! Esta noche yo he de llegar al puerto, cueste lo que cueste. Y apenas lleguemos nos vamos a divertir de lo lindo en los siete espejos... las cabras deben estar esperándonos.

—Más que seguro... y sin calzones... ¿Sabe qué más? Tráigase unas barras de jabón, se las amarra a las suelas de los zapatos, yo me subo en sus hombros y se va patinando por los rieles. Antes que suspire una monja llegamos al mar.

—¡No me venga con cuentos de jabones ni la solterona pata de palo!... Esperemos un rato...

—¡Pero, qué vamos a esperar, por la cacha de la espada!

—Mire, cumpa, en la vida siempre hay que tener un principio. ¡Y ese principio, por ahora, es tener calma y tiza, como en el juego del billar! Eso quiere decir que no me moleste más con la huifa que no hay jabón ni la cacha de la espada.

Pedro se sentó en la vía férrea y miró hacia las paralelas de acero, puso una oreja en los durmientes y así se mantuvo por unos segundos.

—Oiga, compadre Pedro, no cree que...

—¡Chisst...!

—¿Qué pasa compadre? —le preguntó Ruiz yendo a sentarse junto a él.

—¡Chissst! ¡No meta bulla!

—¿Qué pasa?

—Estoy escuchando el ronquido de los durmientes.

—¿Y, qué tal lo hacen?

—Resoplan como solteronas!... ¡Chissst!... Les voy a cantar. —Pedro empezó un lánguido canto de cuna, dando de palmaditas a los maderos esclavos.

Ruiz sintió un leve movimiento en los rieles y a pesar de su ebriedad, comprendió el inminente peligro en que se encontraban. Todo su cuerpo se puso alerta.

—¡Levántese compadre, por la mona!

—¡Chissst...!

—¡Levántese compadre, por las reflautas, que viene un tren que se las pela!

Ruiz trataba inútilmente de levantar a Pedro y sacarlo de ese sitio tan peligroso, mientras un potente foco de luz se aproximaba, junto a un ruido atronador en los rieles, acompañado de furiosos pitazos. Ruiz, tras gran esfuerzo logró sacar, un metro escaso, de la vía férrea a Pedro. El tren pasó haciendo trepidar la tierra. En los ojos saltados de los hombres se reflejaban las luces de las ventanillas. En pocos segundos el tren fué tragado en la oscuridad, y sólo de él quedó por otros tantos segundos, un punto rojizo, que a cada instante era más ínfimo, hasta que desapareció por completo. Ruiz se secó la transpiración con un pañuelo y dijo entre risas nerviosas:

—¡Por un pelo no la entregamos, compadrito!

Pedro, que en el último momento había reaccionado ante el eminente peligro que avanzaba con furia sobre él, también dijo riendo nerviosamente; tratando de sobreponerse al terror que sufrió por primera vez en su vida, al encontrarse cara a cara con la muerte.

—¡Puchas! Casi llevo todo curado a presentarme donde mi tocayo San Pedro!

Largo rato estuvieron tirados sobre un montón de durmientes, sin saber que hacer ni decir. Ruiz, como siempre, fué el primero que reinició la conversación, estrujando en sus manos un pañuelo empapado en sudor.

—¡Y cómo se perdió el condenado!... Ese va para Santiago.

Después de unos minutos, contestó Pedro:

—Es el ruletero; venía del casino de Viña.

Quedaron en silencio otros tantos minutos, mientras los nervios reencontraban su centro. Allá, en el horizonte se hizo presente otro haz de luz. Pedro se levantó y exclamó alegremente:

—Ahí viene un tren, cumpa Ruiz. Ese sí que va para el puerto.

—Mire compadre, es mejor que nos volvamos a nuestras casuchas. Esto empezó mal.

—No se me eche para atrás, ahora, pues, cumpa. Total ya pasó lo peor y yo sigo con ganas de ir a revolverla al puerto. ¡Ahora más que nunca, para que se me quite el julepe!

El haz de luz fué tomando cuerpo cada vez más y en toda su potencia se detuvo en el patio de carga de la estación. Como por encanto, en un segundo, ese lugar cobró vida, coloreándose de luces blancas, rojas y verdes. Varios obreros empezaron a moverse rápidamente y una locomotora acopló un nuevo carro al tren de carga que recién había arribado.

—Vamos cumpa... esta es la nuestra... parece que ese tren ya está listo y se las envela para Pancho.

—¿Y si no va para el puerto, si no que a Quintero?

—¡No me porfíe, señor, y vamos!

—No entiendo qué apuro tiene por ir al puerto. Recuerde que en un mes más vamos a estar allá instalados con el London.

—¡No pienso esperar un mes, vamos!

Pedro inició una rápida carrera entre claros oscuros, evi-

tando pasar por fuertes manchones de lucēs. Ruiz lo imitó. Llegaron hasta uno de los carros del tren.

—Suba, cumpa, nos vamos sentaditos entre estas maderas.

—¿Y si este tren va para Quintero?

—!No sea jetón, cumpa! ¿Qué no vé que la máquina es eléctrica y para Quintero sólo van a carbón?

—De veras.

—Suba, entonces.

Muy poco tuvieron que esperar, pues pronto se puso en marcha el pesado tren de carga. Sólo en Quilpué tuvieron una larga espera, mientras acoplaban un vagón cargado de fideos. Por fin, al amanecer, arribaron a Valparaíso. Unas cuabras antes de la estación de Barón se bajaron sobre la marcha.

—Deben ser como las seis de la mañana, cumpa Ruiz.

—Por lo menos. ¡A estas horas ya debe estar cerrado a machote los siete espejos y las cabras deben estar roncando que da un gusto! ¡Y ese bruto del maquinista no quiso hacerme caso y renunca apuró los bueyes! —Dijo Ruiz en tono de gran señor enfadado. Pegó unos saltitos y se frotó los brazos— ¿Qué tal si nos vamos a tomar una taza de café bien calentito, acompañado de unas sopaipillas? Y luego volvemos a San Pedro en el primer tren ¿ah? ¿Qué tal?

Pedro respiró profundo, sentía una satisfacción enorme al comprobar que aspiraba aire salino. Miró a Ruiz que todavía continuaba con su convite, concentrado en sus ojillos vivaces. Se frotó las manos entumecidas y le dijo:

—¡Voto por la taza de café y las sopaipillas!

Doblaron una esquina y se encontraron con un menudo escándalo. Unas mujeres, desde la ventana de un segundo piso, gritaban a otra que estaba en la acera, forcejeando con un hombre, cerca de un auto de alquiler. El chofer, sin saber que hacer, miraba alternativamente a la pareja y a las gritonas del segundo piso, que por lo que se veía, debían estar completamente desnudas. Pedro y Ruiz, a unos doce metros,

más o menos, tomaron platea, divertidos. Una de las gritonas, subiendo el tono, casi en un alarido, se hizo escuchar con nitidez:

—¡No te vayas, Rosalía!

La que llamaban Rosalía, sin dejar de forcejear, le contestó:

—¡Seré lo que soy, pero no me gustan estas degeneraciones! —luego dijo al hombre que la detenía por un brazo— ¡Suéltame, infeliz!

—¡No pienso! ¡Sube!

—¡No subo, ni subo!

—¡Sube Rosalía y deja de hacerte la apretada! —le gritó una de arriba.

—¡Cállate vos, imbécil! ¡Y tú, suéltame de una vez!

—¡Váyase chofer! —ordenó el hombre.

—¡Espere! —replicó Rosalía y le enterró los dientes a la mano opresora.

El hombre chilló y con la mano desocupada le propinó un fuerte bofetón que la tiró de espalda contra el auto. Pedro se apresuró a socorrerla, pero no hizo falta su intervención, ya que la mujer, reponiéndose rápidamente, lanzó un puntapié a su verdugo. Este se agarró los testículos y quejándose se afirmó en la pared. Una mujer del segundo piso desapareció; otra injurió a Rosalía y una tercera, suplicó:

—¡Por favor, Rosalía, no digas a doña Rosa donde estamos!

Rosalía abrió la puerta del auto y antes de subir le contestó:

—¡No tengas miedo, no soy soplona!... Además, después de las cinco de la mañana somos libres.

Subió al coche y este partió veloz. La mujer que había desaparecido de la ventana, traspuso la puerta de calle. Se había colocado una bata a la carrera y traía una botella y le dió de beber al contuso. Después lo ayudó a caminar y entraron al edificio.

Ruiz se acercó a Pedro y le dijo:

—¡Lo dejaron pidiendo agua al guapo! ¡Brava la tonta!

¿No?

—¡Esa sí que es hembra, cumpa, por los cachos del toro!

—Pero debe costar recáro acostarse con ella, ya ve lo elegante que viste y a los jutrones que desprecia.

—¡Cuando hay plata se come bien!

—¡Con plata se compran huevos y no hueros, decía mi abuelo!

—¡Puchas la ñata buena!

—Rosalía se llama y es de la casa de doña Rosa.

—¿Conoce esa casa, cumpa?

—No. ¡Pero... aunque la conociera...!

Pedro miró a Ruiz y luego palmoteole la espalda y le dijo:

—Tiene razón, cumpa! —Luego, cambiando de tema, dijo alegre—. ¿Y qué pasó con ese café con sopaipillas?

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CAPITULO SEGUNDO

DESPUES del desayuno caminaron por las estrechas calles porteñas mirando todo, como si lo viesan por vez primera. Y, tal vez, era así, ya que a esa hora, por lo general, cuando trabajaban en ese puerto, estaban durmiendo. El sol empezó a dorar los cerros y luego iluminó toda la bahía. Los barcos, con sus sirenas, saludaban el despertar del puerto. Las grandes lanchas con pasajeros, levantaban espumas en la popa al moverse dentro de la poza y las gaviotas graznaban saludando a la escasa gente de mar que trabajaba ese domingo. Pedro y Ruiz se instalaron en el embarcadero Prat. Ruiz ensanchó su pecho para recibir la brisa marina y miraba nostálgico los barcos anclados.

—¡Puchas que hay barcos, cumpa Ruiz!

—¡Y de todas partes, fijese! —Ruiz lanzó un tenue suspiro y comentó— ¡Ah! ¡Chitas, que me gusta el mar! Yo debí ser marino ¡La pura! Estoy seguro que sería un buen managuá.

—Debe ser reencachado navegar... ¿ah?

—¿Usted no lo ha hecho nunca?

—No.

—Yo tampoco. Pero hace cinco años atrás estuve a punto de embarcarme en Antofagasta, rumbo a California.

—Eso no me lo había contado, cumpa.

—Estaba contratado de marino pintor a bordo.

—¿Y, qué pasó?

—Lo mismo de siempre, las polleras echan a perder todo. La noche anterior de embarcarme me hice de una cabra. ¡La tonta no me soltó en tres días!

—¡Puchas la mala suerte!

—¡Mala, pues!... Claro que la ñata era como azúcar para la cama!... Pero con todo estoy arrepentido de mi flaqueza. Porque si la dejo entonces, llorando, con las patas al aire, esta es la hora en que no se por qué mares ando navegando... ¡Puchas!... ¡Pensar que tuve la oportunidad de conocer todos esos lugares que se ven tan relindo en las películas en colores! ¡La pura!... ¡Me da una rabia cuando pienso en lo tonto que fui! Y me pasó por dárme las de caballero y no dejarla plantada con todas las ganas! —el hombre siguió maldiciéndose para su fuero interno, pero después sus ojos pícaros centellearon maliciosos y concluyó— ¡Claro que la cabra era de primera! Rubia, con ojitos importados y para la cosa ¡para qué le digo nada mejor!

—Las chasconas lo echan todo a perder, cumpa —dijo Pedro consolando a su amigo cuasi marino, y agregó —Yo también, hace tres años, trabajé como bruto, seis meses, en un mineral del norte y junté unos cuantos pesos para instalarme con un negocito en la capital. Pero cuando bajé del mineral me metí con una morena y sin darme cuenta se me fué la plata por entre los dedos. ¡Si parece maldición, cada vez que uno anda con los bolsillos rellenos de plata, ¡zás! que lo abraza una mujer y no lo suelta hasta que lo deja seco! Y después, si te he visto, no me acuerdo.

—¡La pura! —Sentenció fatalista, el frustrado navegante.

Largos minutos estuvieron mirando con ojos lánguidos esos barcos traídos por los cuatro vientos y soñando con las costas que ellos habían navegado. Ruiz reaccionó:

—Vamos compadre Pedro. ¡Me da una rabia mirar estos barcos de porquería!

Salieron del embarcadero cabeza gacha. Las penas pesaban en los talones de Ruiz. Ya cerca del monumento a Prat, Ruiz levantó la cabeza y miró en dirección a las diferentes calles que convergen a ese punto, y buscó algo, afanosamente, con sus ojos.

—¿Qué desea, cumpa?

—¡Un bar, quiero curar mis penas!

—Nada de trago por ahora...

—¿Y qué vamos a hacer mientras parte el tren?

—Mire... se me ha ocurrido una buena idea.

—Desembuche.

—¿Dónde estamos?

—¡Chí, las preguntas tuyas... En el puerto, pues!

—¿Y qué hay en el puerto?

—De todo lo que pida, hasta agua salada.

—Pero, algo que nos interesa a los dos. ¿Qué hay en Viña del Mar?

Ruiz miró desconcertado a Pedro. Este hizo un movimiento de manos indicando el manejo de las riendas.

—¡Pero, compadre, si vamos al Sporting Club llegamos a trabajar al London ¡para el día del...! Además, recuerde que hoy es domingo, tenemos que estar trabajando a las once de la mañana.

—¡Que se vaya a la punta del cerro Don Eustaquio y su maldito parque!

—¿Qué le parece la idea?

—Es que... las carreras son por la tarde.

—En la mañana dormimos en la playa. Después de almuerzo nos largamos para el Sporting. ¿Qué tal?... ¡Hay que darle de comer a los caballos también!

Ruiz reflexionó un instante y luego muy alegre exclamó:

—¡Ya está gallo! ¡Renunca hay que morirse mientras no se estiren las herraduras...!

Antes de jugar hicieron caja. Poco tenían, pero en esperanzas rebozaban en ganadores. La mitad del caudal se lo tragó una yegua negra de estampa majestuosa, pero de patas endebles.

—¡No digo yo, compadre Pedro, que todas las hembras nos tratan a patadas!

—Ahora viene nuestro desquite cumpa, echémosle el resto a Pancho Villa. Ese caballo tordillo que va a colocarse en el punto de partida.

—¿Todo lo que nos queda?

—¡Todo!

—¿Y si este otro es un burro, cómo volvemos a San Pedro?

—¡Como nos vinimos, pues! —fue la categórica respuesta de Pedro.

Ruiz lo miró. Pestañeó un segundo, y dijo alegre:

—¡Ya está! ¡No hay que morirse mientras no se tengan cuatro velas y coronas de papel...!

El tal Pancho Villa respondió en toda la línea y les dio un montón de billetes.

Ruiz no cabía en su pellejo al saberse copropietario de esa inmensa fortuna. Pedro tomaba el acontecimiento con calma. Siguieron jugando, es decir, Pedro jugaba, ya que Ruiz, si hubiera tenido derecho a voto, jamás hubiese aceptado juego tan violento, que con un tercio de las apuestas de Pedro, era más que exitante. ¡Pero tanto dinero en una sola carrera! ¿Quién tenía nervios para soportarlo? ¡Cosas de Pedro...! En fin, él mandaba. La suerte los acompañaba en una carrera y los abandonaba varias otras.

La última apuesta fuerte, en la cual iba todo lo que quedaba en caja, fue a parar a las herraduras del "Tuerto", en la última carrera. Ese "Tuerto" fue un rayo que cruzó la meta sin acompañante alguno y... les entregó una mon-

taña de oro al ganar por dos cuerpos sobre el rival más próximo.

—¡Tenemos pura plata, compadre Pedro!

—Partimos la naranja, pues. Mitad y mitad.

Ruiz caminaba a pasos cortitos y rápidos al lado de su compadre, mientras contaba los billetes. Sus manos temblaban de tal manera que le era imposible llevar la cuenta de sus billetes en orden numérico lógico. Los volvía a contar una y otra vez. Su cabeza bullía, el corazón le daba saltos y no dejaba de reír estúpidamente, mientras decía, casi llorando de alegría:

—¡Renunca había tenido tanta plata! Renunca, por la patria. Renunca había tenido tantos billetes de los grandes en mi mano.

Pedro le arrancó el dinero de sus manos temblonas y se los puso en el bolsillo interior de la chaqueta:

—Y ahora, a tener mucho cuidadito con estos billullos. No lo vayan a asaltar.

Salieron del Sporting Club cuando el sol pintaba de rojizo las últimas nubes sobre el horizonte marino.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Ruiz, como niño que teniendo al fin el juguete tan esperado, no sabía cómo manejarlo.

—Primero tomemos la cosa con calma y tiza. Jamás ha sido problema gastar la plata. Hagamos pensar el último piso... Bueno... para empezar le propongo que vayamos a comer al restaurant que nunca nos hemos atrevido a entrar. Esta noche quiero comer a lo Ministro y tomar vino de exportación.

Ruiz aceptaba todas las ideas de Pedro, ya que en esos momentos, él no podía pensar por su propia cuenta. Mas, reaccionó unos instantes, se miró sus ropas andrajosas y dijo temeroso que Pedro se enojara por su osadía:

—¡Estoy de acuerdo...! Pero, ¿le parece que andamos vestidos como para ir a meternos a uno de esos negocios

elegantosos? Me pongo un billete en cada parche de mi ropa y todavía faltan.

—Tiene razón. Entonces, primero que todo, vamos a trajearnos y enzapatarnos.

—Eso está mejor —dijo Ruiz, encontrando más serenidad al comprobar que su compadre tomaba en cuenta sus ponencias—. ¡Me voy a comprar unos zapatos blancos con punta café, estilo bailarín! ¡Pero, por la máquina, que tenemos mala pata!

—¿Por qué dice eso?

—¿No recuerda que hoy es domingo y que todos los negocios están cerrados?

Pedro se rascó la barba de tres días, miró para todos lados y luego exclamó jubiloso:

—¡Ya, la pillé! Vamos al cerro de los Siete Espejos.

—¿Y qué vamos a hacer en ese cerro donde sólo hay cabras para la payasada?

—Donde están esas, siempre hay contrabando.

—¡Chitas que tiene pensadora usted! ¿Entonces qué esperamos? Tomemos ese bus que está por partir.

—¡Un momento, cumpa! Deje los buses para los perdedores. Llame a ese taxi.

Ruiz obedeció como autómatas. El taxi estaba a unos diez metros de distancia y Ruiz inició una breve carrera para que nadie se lo ganara, gritando:

—¡Taxi! ¡Taxi!

Como iba obsesionado en tomar ese auto, no se fijó que un niño arrojó una cáscara de plátano unos metros delante de él y justo al llegar al coche la pisó y resbaló, cayendo de tracero en la calzada. Pedro lo levantó diciéndole:

—¡Ya le dije, cumpa, tómelo con agüita...! ¡Súbase!

Llegaron a Valparaíso cuando el puerto se engalanaba con sus luces de colores y los cerros titilaban con sus miles de ampollitas encendidas; antorchas en desfile al cielo. Bajaron del taxi en la Plaza Echaurren y caminaron cerro

arriba buscando un vendedor de contrabando. A poco de caminar, Ruiz dijo a Pedro:

—Mire, aquí hay un par de peluqueros que están trabajando. Aprovechemos y nos cortamos el pelo.

—Y la escofina —agregó Pedro, palpándose la barba.

Unos minutos más tarde Ruiz se miraba en el espejo. Estaba rapado y con el pelo cortado a su estilo: largo y engominado, y el único surco que quebraba la rigidez de sus cabellos (logrado a través de años de paciente ejercicio con el lomo del peine), lucía brillante con la parafina sin olor que le habían colocado, por un pequeño recargo sobre la tarifa. Se dio vuelta hacia Pedro, que en esos momentos luchaba por sacarse unos despuntes de pelos en las orejas, y exclamó juvenil:

—¡Chitas, que quedamos bonitos, compadre! ¡Estamos listos para la foto!

Salieron de la peluquería, entraron a un café que estaba en la misma acera y tomaron sendas tazas de café. Pagaban el consumo, cuando se les acercó un hombre calvo, con camiseta deportiva, que dijo en voz baja a Ruiz:

—¡Lucky Strike, barato el cartón!

—¿Qué ofrece, amigo? —preguntó Pedro.

—Cigarrillos americanos —contestó el comerciante, mostrando la mercancía.

—Venga con nosotros para acá afuerita —le dijo Pedro, tomándolo de un brazo. El hombre prestó resistencia, y Ruiz le dijo amistoso:

—No te asustes, gallo, que nosotros no somos de la poli.

—¡Ah! —suspiró el calvo de camiseta deportiva—. Dígan no más, ¿en qué puedo servirlos?

—Queremos comprar ropa. ¿Sabe usted dónde venden de contrabando? —preguntó Pedro.

—No pues, yo no sé...

—No tengas miedo, ñato, ya te dijimos que nosotros no somos de la pesca —le dijo Ruiz, tranquilizándolo—. Sólo que ganamos en las carreras y queremos comprar ropas.

¿Entiendes? Queremos paracer caballeros esta noche para ir a cenar.

El hombre los miró desconfiado de arriba abajo. Los andrajos que llevaban parecían estar de acuerdo con lo que decían, pero estaban muy afeitaditos; sólo les faltaba el sombrero. Ya se creía en una trampa policial. Ruiz comprendió la sospecha del hombre; le tendió una mano cayo-sa. El calvo después de examinarla, dijo misteriosamente, mirando para todos lados:

—Vengan conmigo... Yo no tengo ropas, pero el turco Elías sí, vengan...

El calvo cicerone los llevó por estrechas callejuelas y vericuetos, cerro arriba. En un rincón mal oliente, que ostentaba un letrero que decía: "Sólo para perros", se detuvo. Golpeó tres veces y después dos más, una angosta puerta con sus nudillos. Desde adentro una voz preguntó:

—¿Quién es, mijo?

El calvo de camiseta deportiva apegó sus labios a la chapa y respondió confidente:

—¡Soy yo!

—¿Quién es yo? —volvió a preguntar la desconfiada voz.

—¡Yo pues, Vicente, don Elías!

La puerta se entreabrió unos escasos centímetros, quedando en descubierto unos gruesos eslabones de cadena, que la protegían, además de la tranca. Por entre el espacio que permitía la cadena, asomó una gran nariz, unos ojos saltones, unos bigotazos super poblados y unos labios morados y gruesos; ese era Elías. Preguntó:

—¿Qué desea, mijo?

—Estos amigos quieren comprarle algunas cositas.

—¿Tienen plata, mijo?

—¡De lo contrario no estaríamos aquí, pues, su turco desconfiado! —dijo Pedro, amostazado.

La puerta se abrió franca y los hombres entraron, apenas traspasaron el umbral, el comerciante árabe trancó la puerta y la aseguró con la gruesa cadena. Subió la palan-

quita del interruptor de la luz e indicó a los recién llegados a seguirlo a una pieza continua, diciéndoles:

—¿Qué desean comprar? Elías vende bueno, bonito y barato. Árabe Elías, y no turco, recién llegado al Chile y querer hacer amigos. Elías no tener parientes ricos en el Chile.

—¡Pare, pare, pare! No nos dé tanta lata y muéstrenos los ternos que tiene —dijo Pedro.

—Vengan por aquí.

El árabe, sin parientes ricos en Chile y que no le gustaba que lo llamaran turco, los llevó hasta la pieza continua, recargada de ropas colgadas y miles de baratijas. El comerciante se colocó detrás de un pequeño mostrador y extendió varios ternos, sin quitarles la vista de encima, por considerarlos sospechosos.

—¿Son buenos estos ternos? —preguntó Ruiz, con cierto aire de hombre importante.

—Son americanos. ¡Lacrón! Es lo mejor que se vende en los Estados Unidos.

—¡Ya está! Deme ese azulino —exclamó Ruiz.

—¡A mí me da ese café! —dijo Pedro.

—¿Tiene zapatos blancos con punta café?

El árabe trajinó tras su mostrador y de una caja de cartón sacó los famosos zapatos blancos con punta café que afiebraban a Ruiz. Este abrió tamaños ojos al verlos balancearse de una mano de Elías, que al igual que mago morisco, traía a esta tierra cuanto le pidieran.

—¿Le gustan éstos? Me los traje ayer no más un marinerito yanqui, si no son del número suyo, tengo otros más...

Ruiz los arrebató y se los puso. Luego exclamó jubiloso:

—¡Son de mi medida... justo!— Ruiz acarició tiernamente los zapatos tan deseados y después preguntó, algo compungido: —¿Tiene calzoncillos?

—Elías tiene de todo. ¿Le gustan éstos...? Son de nylon. ¡Nada mejor, mijo!

—¡Córtala pues, ñato Elías! Los nylon son para las mujeres.

—No, mijo, es la última moda de los caballeros yanquis.

—Prefiero los chilenos de tocuyo, no más.

—Sólo tengo de nylon.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Andaremos a la yanqui, porque los que ando trayendo...

Ahí mismo se cambiaron los ternos, los zapatos, calzoncillos, camisas y calcetines, traídos por los marineros norteamericanos que arribaban a Valparaíso, o por marineros de otros países que visitaban Estados Unidos y dejaban sus ropas en ese puerto, para pagar un amor furtivo o una borrachera de esas de quedar tendidos en las calles.

—¡Le dejamos estas tiras de regalo! Déselas a algún necesitado —dijo Ruiz, pateando despectivamente sus pobres ropas que había amontonado en el suelo a medida que se cambiaba las nuevas. Después miróse en un espejo y dijo en tono profético: —¡Qué poco tenía yo que conseguir para ser un caballero!

—Tengo unos relojes muy buenos y baratos.

No más que decir eso el tal Elías y los compadres pagaron en el acto unos relojes pulseras. Los pagaron caros, pero era una joya que deseaban tener desde mucho tiempo.

—Tengo unas billeteras argentinas.

—No. Ya está bueno. No compremos más, cumpa. Así estamos como Senadores.

—¡Espérese! —exclamó Ruiz, tomando unas gruesas antiparras—. ¡Estos anteojos para el sol, me gustan de fren-tón!— Se los colocó y otra vez fue al espejo.

—¡Son italianos, y muy baratos, mijo!

—¡Estos van de llapa! ¡Miren qué bien se ve el tonto! Terno nuevo y todo nuevecito y hasta anteojos para el sol. ¡Chí...! ¿Sabe, compadre...? Así parezco un artista de cine.

—¡Igualito, cumpa! Pero, no se mire tanto en el espejo y vamos a comer.

—Le quedan muy bien, mijo. Y su precio un regalo —se

apresuró a decir el comerciante.

—¡No valen ni cobre, señor! Esta es la llapa.

—¡Pero, mijos!

—¡No diga nada, señor! —exclamó Pedro—. ¡Nosotros le hemos comprado hartos y no le hemos pedido rebaja!

—¡Se los cambio por nuestras tiras! —propuso Ruiz, pitancero.

—Pague el costo, siquiera... —dijo timorato el árabe.

—¡No sea judío, su árabe del diablo! —explotó Pedro y continuó en el mismo tono: —¡Abralos la puerta de una vez!

—¡Ya pues, viejo Elías, ábrelos la puerta, mira que nos están esperando dos damas en el mejor restaurant de este famoso puerto! —dijo Ruiz, pretenciosamente, apoyando la actitud de Pedro.

El comerciante, ante el magnífico negocio realizado, no insistió más; muy atento les abrió la puerta y los despidió lleno de sonrisas, aconsejándoles, que siempre que necesitaran algo, pasaran a verlo, pues él estaba a la disposición de los señores.

Caminando con mucho cuidado con esos zapatos de suela resbaladiza, bajaron sorteando grandes charcos, cortejados de convites de exiladas, que veían en esos hombres un raro resplandor y una confianza en sí mismo, que contagiaba. Ruiz dijo al llegar al plan:

—¡No digo yo, las mujeres desde lejos huelen el oro!

Entraron a un encoquetado restaurant y comieron opíparamente, rociando con abundante y generoso vino. Ruiz se fijaba detenidamente en todos los parroquianos asistentes; estaba maravillado por la atención servil de los mozos y del maitre, que hasta les encendieron los cigarrillos americanos que les había vendido el hombre calvo de camiseta deportiva. Más fue el asombro de Ruiz cuando se le dio vuelta una copa llena de vino, un mozo, solícito, cambió vaso y mantel, sin decir palabra y casi disculpándose por la torpeza de éste. Al término de la comida se escarbó los

dientes con un fósforo (como lo hacía en las cocinerías y estaba extrañado que en ese recinto nadie lo imitara); una vez terminada esta operación se quedó con el palo entre los dientes y después de comentar las exquisiteces de las blandas, y tras beber el décimo vaso de vino, chasqueó la lengua lanzando un sonoro ¡ah! Su paladar daba las gracias por tan excelente vino. Miró unos instantes a Pedro, preguntando con los ojos, ¿qué hacemos? Como éste no contestara, lo hizo de viva voz:

—Y ahora que hemos comido como Presidente de la República, ¿qué hacemos?

—Pidamos dos cinzanos más y pensemos un poco.

Ruiz, después de beber, miró otra vez a Pedro, esta vez con cara de hombre importante y refinado. Se llevó el índice de la mano derecha al cuello y se lo pasó por entre la camisa y la piel, terminando en el nudo de la corbata, el cual lo ajustó y apretó por vigésima vez. Este era un gesto elegante que había aprendido de más de algún mayordomo de parque de entreteniciones o tal vez de su primo Raúl, chofer particular de un latifundista, y que creía conveniente imitarlo en esos momentos. Dio otra ojeada altanera a su alrededor y de nuevo posó su mirada de gran señor en su compañero. Como éste no abriera la boca, creyó llegada la hora de lanzar una de sus luminosas ocurrencias:

—¡Tengo una idea genial! ¡Sencillamente genial! —Se relamió los labios. Otro gesto elegante, recién robado a un hombre que, sentado a una mesa cercana, comía acompañado de una enjoyada jaibona de tez color porcelana, porcelana blanca, moldeada con pésimo gusto. Terminado el relamido de labios continuó: —¿Qué tal si nos instalamos con un negocito de frutas, aquí en el puerto?

—No es mala idea. Pero, yo prefiero un depósito de vinos en Santiago. Eso da más plata.

—Claro que da más... pero en cambio, nos tomaríamos las ganancias y el capital; en dos meses el negocio se lo llevaría el viento.

—Claro que también tiene ese peligro.

—En cambio, las naranjas son buenas para la salud. Yo siempre he tenido ganas de ser dueño de un negocito de frutas, aquí en el puerto. Ya que no he logrado ser marino, al menos me gustaría trabajar cerca del mar. ¿Que le parece?

—Bien, cumpa Ruiz, mañana mismo buscaremos un local.

Ruiz, al ver aprobada su idea, empezó a hacer planes:

—Nos compraremos una carretelita, de esas de mano, para ir a buscar la fruta al mercado y entre los dos la vendemos. Las cabras nos van a pelear con tal que les fiemos. ¡Vamos a pasar la vida del oso en el Zoológico, compadre Pedro, por la mona!

—¡Bien! Todo eso haremos, cumpa, pero, ¿no le parece que como mañana mismo empezaremos a trabajar como chinos, debemos esta noche divertirnos de lo lindo?

—Eso es cierto también. Hay que darle de vez en cuando regocijo al cuerpo. ¡Esta noche me gustaría pasarlo rebién!

—Bueno, entonces, levantémonos de la mesa y, en marcha.

—¿Y adónde vamos?

—Donde lo pasemos en forma, pues.

—¡Ah! Ya caigo, Ud. quiere buscar a la ñata esa que vimos en la mañana! Rosalía se llama. Cuándo hay plata se come bien, ¿verdad, compadre Pedro?

—El asunto es saber dónde está esa casa, de doña Rosa.

—Eso es muy fácil.

—Lo cree usted, cumpa Ruiz?

—Basta tomar un auto de alquiler y decir al chofer: —a la casa de la Rosa, usted sabe... esa que tiene una casa de chiquillas—. Y listo.

—Tiene toda la razón. Vamos... ¡Ah, pero nada de contar lo que vimos esta mañana! Eso la puede perjudicar.

—¡No se preocupe! ¡Callado el loro comiendo nueces!

CAPITULO TERCERO

EFECTIVAMENTE, como habia dicho Ruiz, los choferes de taxi conocían la casa de doña Rosa. Pero no quisieron parar el auto en la misma puerta del prostíbulo, sino que se bajaron media cuadra antes. Era una de esas callejas inclinadas, toda plagada de lenocinios. Frondosas acacias manchaban de sombra y claros oscuros el pavimento, la acera y las fachadas de las casas. Los compadres, sabiendo el número exacto, subieron calmadamente. Cada diez pasos sentían las voces del amor que se arrienda:

—¡Pasen a casarse, mijitos. ¡Vengan, pues, pichitos!

La calle ardía en tangos, boleros y besos tirados a los transeúntes; en convites y obscenidades. Y todo lo inundaba un fuerte olor a perfume barato y semen mezclado con humedad. Los machos desfilaban de arriba abajo eligiendo sus hembras. Ruiz y Pedro miraban desdeñosos a esas meretrices que asomadas a las ventanas y puertas, mostraban ostensibles escotes y ajustadas faldas. Otras salían a la acera a atajarlos, abrazándolos, entrecruzándoles sus pier-

nas. En medio de la calle había una mujer joven, borracha, en enaguas, injuriando a una dueña de prostíbulo. Unos reían y otros la azuzaban. Más arriba, dos hombres reñían y tres mujeres chillaban. Un borracho se acercó a Pedro, venía sin corbata y refunfuñando maldiciones:

—¡Qué le parece amigo! Me han vaciado los bolsillos y no me dejaron acostarme con la negra Ester. Querían que pagara por el rato. ¿Y con qué, si me lo gastaron todo en trago? ¡Esas tontas tienen hocico de alcantarilla! Dígame, amigo, ¿está bien que le hagan eso a uno? ¡Estas siempre serán iguales, no cambiarán nunca...! ¿Quiere un consejo, amigo? ¡No se fie nunca de una puta!

Pedro lo apartó y siguió caminando hasta que llegaron a la dirección buscada. Allí se detuvieron un poco mirando en dirección a las casas de enfrente. No querían entregarse espontáneamente, por eso no llegaron en auto hasta allí. Era la mejor técnica. Así no les pasaría lo mismo que al que recién les había aconsejado. Una morena, entrada en carnes e insinuantes caderas, agarró por la solapa a Ruiz y le solicitó melosa un cigarrillo. Ruiz hizo ademán de sacar la cajetilla y ella le dijo:

—¡No, mejor me das este que tienes en los labios!— y se lo sacó antes que éste pestañeara y lo chupó. Después de gustarlo, buscó la marca del cigarrillo, arriscó la nariz graciosamente y dijo admirada: —¡Andas con Luckys! ¿Eres marinero?

—No, mi hijita.

—¿Pero vienes del extranjero y...?

—Tampoco, no he salido nunca de Chile.

La morena se desencantó un poco, pero volvió a sonreír:

—¡Me gustan más los chilenos! —dijo, tomándole la barbilla.

Otra morena, con pelo platinado, pestañeó a Pedro, y colgándose de un brazo solicitó otro cigarrillo. Al encenderlo entrecruzó sus piernas a las de Pedro. Después le lanzó

una bocanada de humo al rostro, y dijo coqueta:

—¿Vamos a bailar al salón?

Una tercera llegó hasta Pedro, al saber que fumaba cigarrillos importados y pidió uno. Ruiz pasó su cajetilla. La mujer sacó uno y ofreció a sus otras compañeras que estaban en la ventana y luego devolvió el paquete en completa falencia. Doña Rosa, que desde el saloncito a la calle, vigilaba el trabajo de sus muchachas, al ver que Juanita había atrapado a Ruiz, salió a la puerta y dijo a Pedro:

—Pase, joven. Juanita, invita a tu amigo a pasar al salón, pues chiquilla—. Y dicho esto, doña Rosa, panzuda como un tonel, tomó de un brazo a Pedro y lo obligó a entrar. Pedro resistió un poco y se detuvo para preguntarle:

—Dígame, ¿usted es la señora Rosa?

—Yo misma, pues!— Doña Rosa miró extrañada a ese hombre que averiguaba su nombre, pero al no encontrar resistencia al saber como la llamaban, lo empujó alegre al salón.

La gorda capataz de vendedoras de caricias no soltó su presa hasta depositarlo frente a un pequeño bar en el gran hall, donde bailaban un tango, tocado por un solo de piano, tres parejas. Pedro pidió unos tragos. Miró con detenimiento a los bailarines, el salón, los cuadros que colgaban de las paredes, los cortinajes, las diferentes puertas que comunicaban a una media docena de dormitorios y volvió sus ojos a los bailarines. Hasta ahora no se veía la deseada Rosalía. Volvió a mirar los cuadros, paisajes diurnos y nocturnos con cisnes y mujeres desnudas o cisnes solos y mujeres deseosas de ser poseídas. Dijo a doña Rosa:

—¡Bien elegante su casa! Eso sí que no me gustan mucho sus cabras, pero de todos modos la invito a tomar un trago.

Ruiz, dándose de importante ante su morena, que le brindaba sus mejores pestañadas, dijo:

—¡Póngale no más, doña Rosa, mire que andamos he-

diondos a plata! ¡Fuimos a las carreras con mi compadre Pedro y nos trajimos un saco de billetes!

Pedro dio una mirada fiera a Ruiz, pero éste no se dio cuenta por estar enredado en los ojos de su morena. Esta dijo mimosa:

—¡Ay, qué suerte, mereces un beso!— Ruiz trató de prolongarlo bastante y la morena reclamó gatuna: ¡Pero, amorcito, no me mates, deja algo para la cama!

Pedro rabiaba por dar con Rosalía y dijo:

—¿Sabe, señora? Sus cabras son repitucas. Pero no veo ninguna que sea encachada en forma, dejando a un lado a esta morenita que ya le echó el ojo a mi cumpa. Eso sí que todas son reelegantes. ¡A lo mejor las condenadas hasta usan calzones de nylon!

—¡Y de todos colores! —confirmó la gorda.

—Yo llevo unos verdes con florecitas rojas —dijo la morena a Ruiz y se levantó las polleras para que Ruiz los viera—. ¿Verdad que son lindos?

—¡Relindos que son los muy...! —exclamó Ruiz exitado. Luego desabrochó su marrueco y sacó una punta de los suyos y dijo: —Yo también ando con nylones! ¡Los míos son blancos y sin flores! ¿Qué tal si los echamos a pelear?

—¡Cuando usted quiera, amorcito!

—¡A mí no me gustan las chiquillas con calzones! —exclamó Pedro riendo.

La vieja panzuda cerró un ojo a Pedro y le dijo maliciosa, dándole una palmada en el hombro:

—Para eso está usted, para que se los saque, pues amigo.

—¡A tirones me gusta sacarlos! —concluyó Pedro y ofreció un beso a doña Rosa.

Otra vez atacó el piano que había descansado breves momentos y las parejas siguieron bailando. Ruiz miró hacia el pianista y codeó a Pedro, diciéndole:

—¡Eh, compadre, échese una miradita para donde el pianero!

Pedro miró al hombre que estaba sentado al piano y no pudo contener la risa. El músico era un muchacho flaco, vestía una alba blusa femenina y pantalón muy ajustado, que le permitía mostrar los accidentes de su trasero. Calzaba unas chalas coquetonas que exhibían sin pudor unas uñas pintadas al rojo violento. Su frente estaba coronada de una caída de rizos a lo bailarín español, las pestañas con cosméticos y, por fin, dando término a su tocado, un gran lunar negro en la mejilla derecha. Sus dedos ensortijados, saltaban de tecla en tecla, como piernas musculosas de vieja bailarina. Ruiz preguntó:

—¿Dígame, señora, ¿ése también usa calzones de nylon con florcitas?

—¡Ay! No me trate mal a Cototo, señor, que es un joven de muy buena familia y sólo viene a tocar aquí, porque es muy amigo mío!

Ruiz propuso tomar otro trago. Se levantaron los vasos. Ruiz detuvo el suyo antes de llegar a los labios. Rosalía hacía su entrada al salón del brazo de un hombre bastante ebrio y comenzó a bailar. Ruiz codeó nuevamente a Pedro y le dijo:

—¡Oiga, compadre, échese una miradita para donde esa ñata que está bailando con ese curado. Esa de vestido negro ajustado!

Pedro sonrió al ubicarla por fin y dijo:

—¡Buenas piernas tiene la tonta!

—Esa está buena por dónde se la mire, señor! —dijo Ruiz dando su veredicto de docto en la materia.

—Es la Rosalía —informó ufana la gorda— ¡Lo mejor que tengo! ¡Claro que mi casa es también la mejor de la cuadra, pues!

Pedro miró a fondo a Rosalía. Su situación había cambiado mucho desde la mañana y ahora podía poseerla. Sintió un profundo placer y bebió pausadamente, sin quitarle la vista. Terminó la pieza que tocaba Cototo y Rosalía, sin percatarse de esa mirada, (tampoco pudo fijarse en él en

la madrugada, debido a su excitación) y fué a sentarse en un sofá, arrastrando a su cliente. Después se paró y fué a una bandeja, tomó dos vasos y volvió a su asiento. Pedro al verla desplazarse en libertad, pudo apreciar en su total valor la hembra que era Rosalía. Sobre los altos tacos de sus zapatos de fantasía, no alcanzaba al metro sesenta, relativamente baja para él, que llegaba al metro setenta y ocho centímetros; tez morena, ojos de un tenue color verde; amplias caderas y estrecha cintura; piernas bien formadas, algo musculosas; pechos grandes; cara más bien redonda que ovalada; nariz semi chata, pero de hermosa cabellera negra azabachada; era un cuerpo en su totalidad formado por líneas curvas, parecía la materialización de una escultura, esculpida en semicírculos voluptuosos; y a su andar imprimía una sinfonía ondulante de pie a cabeza. Era la reina de ese mercado. Muchos decían "una noche con Rosalía, la de la casa de Doña Rosa, vale por doce noches junto a otra mujer, que no sea la Rosalía".

Cototo, el puntilloso ejecutante del teclado, punto negro de una enriquecida familia de comerciantes, que llegaron a Chile de alpargatas, acometió otra vez contra el piano. Rosalía, con cara de velorio, soportó un nuevo baile con su borrachito. Pedro se acercó y la miró de cerca y dijo a Ruiz:

—¡Tiene razón, cumpa! ¡La cabra vale su peso en diamantes! —exclamó Pedro y le dió una palmada suave en el trasero a Rosalía. Ella le contestó con una mirada fiera y se alejó bailando. Pedro se encaminó al bar y sin despegar la vista de Rosalía, preguntó a Ruiz:

—¿Oiga, cumpa, usted ya tiene su cabra, no es así?

—¡Clarito, pues! —La morena le sonrió maliciosa y comprometedora.

—¡Lo felicito! ¡Yo me quedo con esa hembra!

—¡Rosalía está ocupada! —saltó Doña Rosa.

—¡Estaba, señora! —díjole Pedro y se encaminó a donde bailaba la deseada. La risueña vendedora de meretrices

frunció el entrecejo y agarró a Pedro de una solapa.

—¡Oiga, amigo, no moleste a Rosalía, que está ocupada!

—¡Y a mí qué! —exclamó Pedro zafándose de un tirón.

La panzuda interpuso el paso con sus tremendos pechos.

—¡Pare, amigo! ¡Mire que aquí duran muy poco los matones!

Pedro la apartó violentamente, tomó de un brazo a Rosalía y le dijo sobrado:

—¡Deje a este pobre gallo, mi hijita, y véngase conmigo!

—¡Suélteme su porquería! —gritó Rosalía.

—¡Qué le pasa, señor! ¡Rosalía está bailando conmigo! —exclamó el borracho.

—¡Estaba! —le contestó Pedro, tomándolo de la corbata y depositándolo en los brazos de otra mujer, a quien dijo:

—Mi hijita, entreténgame a este amigo.

La que así, tan de improviso le llegaba pareja, para atajar el principio de tormenta que se veía venir, abrazó al borracho y, maquinalmente, sin dejar de mirar a Doña Rosa, comenzó a bailar.

Pedro le dijo a Rosalía:

—¡Ya, pues, mi linda, déjate de tonterías y ballemos!

—¡Yo no bailo con matones!

—¡Ya, pues, mi hijita, no se me siga encachando, mire que esta noche tiene que ser mía y le voy a pagar lo que pida! —enseguida gritó a Cototo:

—¡Toca más fuerte ese tarro "María Luisa"! que voy a bailar con esta cabra; ¡la más linda y olorocita que he tenido en mis brazos!

Cototo, que había dejado de tocar, por observar el incidente, se paró y gritó encolerizado:

—¡Pero, señora Rosa, mire como me trata este roto! ¡Qué se ha creído este patán! ¡No toco, ni toco! ¡No faltaba más!

Ruiz agarró por el cuello a Cototo y en vilo lo sentó al piano, diciéndole:

—¡Ya “cabrita” toca algo bien romántico para que baile mi compadre con la señorita Rosalía

Doña Rosa levantó su vozarrón atronante contra Pedro:

—¡Mire su atrevido, sepa que se está propasando! ¡Sepa que el caballero que usted sacó de los brazos de Rosalía, es un cliente muy rico!

—Yo también voy a pagar lo que me pidan.

—Déjame tranquila “magnate” —exclamó Rosalía y pretendió zafarse de Pedro, pero el hombre ni se movió. Pedro le acarició el cabello diciéndole con pasión:

—Vamos a tu pieza... tengo mucha plata y mucho amor para tí.

—Te digo que no duermo contigo.

—¡Y quien, habla de dormir!

Doña Rosa intentó nuevamente separarlos, ahora con dientes y uñas. Pedro le dió un fuerte empujón que la hizo caer en un sofá, parando las piernas al aire.

—¡Cototo!

Llamó la gorda panzuda, con un grito de laucha cazada. El pianista, ágil como pantera, saltó sobre los hombros de Pedro. Este, tras un breve forcejeo y ayudado por Ruiz, logró colocar un fortísimo bofetón en el plexo del invertido, que lo lanzó sobre su tapavicios. Doña Rosa se lamentaba y Cototo compungido, hacía esfuerzos inauditos para levantar esa mole, mientras Pedro seguía acosando su presa. Las demás mujeres alborotadas pedían auxilio. Los hombres que estaban bailando se mostraban felices con este espectáculo gratis. Otras lanzaban vasos y puntapiés a los compadres. Ruiz, con una silla, a guisa de escudo, mantenía a raya a las mujeres y los proyectiles. Pedro estaba furioso al máximo con esa situación.

—¡Y, bueno, vamos o no!

—¡Te digo que no!

—¡Te doy lo que pidas! ¡Por mi madre que renuncia he ofrecido eso por una mujer! ¡Ya, ¿dónde está tu pieza?

Pedro la arrastró hasta una de las puertas que comunicaban con el salón. Una gritó:

—¡Esa es la mía! La de enfrente es de ella.

Pedro la arrastró hasta la pieza indicada, abrió la puerta, se introdujo con Rosalía y cerró con llave tras sí. Ruiz, siempre escudándose con la silla, estuvo unos segundos de guardia. Rosalía, con ira, apretó el botón de la lamparita del velador y un espectro de colores reflejó dramáticamente su rostro contrariado y la excitación de Pedro. Ruiz, cuando creyó pasada la tormenta, llamó a su morena entrada en carnes e insinuantes caderas y le dijo:

—¡Ve mi hijita, como era más la bulla! Tráigase una botella del mejor vino y vamos a su pieza, que quiero ver si tiene todo eso que demuestra tener. No se preocupe por éstos, que mi compadre Pedro sabe vencer muy bien a las mujeres en el ring de cuatro perillas! ¡Y ustedes, sigan bailando, que aquí no ha pasado nada!

Adentro en la pieza de la mujer, no volaba una mosca. La mujer estaba sentada en la cama y Pedro se reponía del esfuerzo. Este rompió la calma:

—¡Ya pues ricura, váyase sacando la ropa o venimos aquí a mirarnos las caras!

Rosalía no se movió. Pedro se sacó la chaqueta y la tiró al suelo, lo mismo hizo con el resto de sus ropas. Cuando estuvo completamente desnudo exclamó:

—¡Ya, pues, desnúdate! —Como viera que Rosalía no le hiciera caso, fué a donde había tirado sus pantalones y de uno de sus bolsillos extrajo un montón de billetes y los depositó a los pies de la cama— ¡Desnúdate!... ¡Te digo que te saques la ropa, porquería!

Rosalía, viendo a ese hombre furioso, desnudo, bramando, en todo su poder de macho, sintió por primera vez un temor muy especial al encontrarse frente a un hombre de ese tipo. Ella se había acostado con muchos hombres; unos pedían por favor; otros eran groseros; aquellos gustaban de conversar; los más eran callados. Casi todos preferían con

la luz de la lámpara encendida; unos pocos a oscuras; los menos ponían revistas a la lamparita. La gran mayoría la prefería desnuda; algunos le besaban el cuerpo; pocos eran los que la poseían en enaguas. Ella se adaptaba a todos los gustos. Siempre era admirada por los maniáticos, cuerdos y paranoicos, que lloraban; que cantaban; que contaban historias inverosímiles; hombres que arrancaban de fantasmas. Y hasta el adolescente que llegaba virgen. Buenas propinas le daban por sus caricias los casados con viejas ricas, con mujeres infieles, con neuróticas; los impotentes que sólo se conformaban con ver su cuerpo; algunos encontraron en ella la imagen soñada. Pero ese hombre bramando y que exigía violenta correspondencia de parte de ella, muy en el fondo de su ser gustaba de esa situación, era un terrible placer; algo así como una entrega cavernaria. Empezó lenta y estudiadamente a desnudarse. Sabía lo que estaba logrando; hostilizaba; martirizaba. Ahora venía su desquite, su rival entraría en ebullición. Las luces rojas, azules y verdes que irradiaba la lamparita del velador, daban claros oscuros en arco iris sobre las carnes de Rosalía. Cada prenda que se sacaba la mujer; el vestido, la combinación, los zapatos, las medias, el portaliqas, el sostén, el calzón, lo hacía dándose maña, cuando estuvo completamente desnuda y, para no demostrar que la situación era de su agrado, se lanzó en un movimiento rápido sobre los billetes. Pedro la ganó y los retuvo sin quitarle esa mirada de animal en celo. Felina, se tendió en la cama. Pedro, bufando, como toro hostigado por sangrientos banderines; tenso, como un arco listo para disparar, posóse sobre ella. Rosalía demoraba la entrega. Los ojos luchaban en resistencia, clavados, con las pupilas concentradas. Las bocas entreabiertas, iban lentamente acercándose. De súbito, ella lo abrazó fuertemente, desesperadamente.

CAPITULO IV

AUSANZA de aquellos legendarios salitreros del norte, que cuando bajaban a Iquique o Antofagasta con toda su paga, entrában a los prostíbulos y allí estaban en fiestas continuas hasta gastar el último céntimo, y sólo entonces se retiraban a las salitreras, sin un centavo y con el recuerdo palpitante en sus cuerpos del roce femenino; así estuvieron dos días con sus noches, Pedro y Ruiz en el lenocinio de Doña Rosa. Ellos que empezaron tan mal en esa casa, ahora eran los amos. Pedro con Rosalía y Ruiz con Juanita, la morena entrada en carnes y voluptuosas caderas. Doña Rosa había olvidado la primera noche y soportaba a esos tenorios, porque dejaban dinero a manos llenas. Por lo demás, Ruiz, con sus chistes y graciosas salidas, se había robado el afecto de la gorda y hasta Cototo habíase contagiado, olvidando los insultos y bofetadas, y se prestaba feliz para ir a comprar cigarrillos yanquis, para los platudos compadres. Al tercer día, Pedro propuso a Ruiz, mientras almorzaban:

—¡Cumpa, estas chiquillas nos atienden como dioses, pero hace tres días que estamos encerrados aquí! ¿Qué tal si las invitamos a estirar las piernas un poco?

Las dos parejas caminaron lánguidos por la costanera de Viña del Mar. Durmieron en la playa Caleta Abarca y al caer la tarde visitaron el centro comercial. Después de asistir a una función de cine, cargados de paquetes, volvieron al prostíbulo. Así, esas dos parejas vivieron una semana de extraña luna de miel. Pedro y Ruiz, enredados en sus furiosos amoríos, olvidaron el proyectado negocio de frutas y el dinero se esfumó. Un día, al alba, Pedro, en mangas de camisa, miraba por la ventana hacia el mar. Rosalía dormitaba somnolienta. Abrió los ojos y lo llamó perezosa:

—Ven, amor. ¿Qué haces tan temprano en pie?

Pedro giró la cabeza. Le gustaba verla en esa laxitud. Él siempre había esperado vivir ese sueño, que ya duraba una semana. Pronto reaccionó, apretó las mandíbulas y volvió a contemplar el mar.

—¿Qué pasa, amor? —preguntó Rosalía levantando la cabeza y apoyando los codos en la cama.

—No tengo plata chiquilla —respondió en tono semi-curo.

—¿Quién está hablando de dinero, amor?... ¡Ven...! —le tendió los brazos amorosa. Él se acercó y le besó, apasionado, la boca, los ojos, la nariz, el cuello y los pechos, diciéndole vehementemente:

—Rosalía... Yo te quiero... yo te adoro.

Se besaron largo y apasionado. Más, de pronto, Pedro tornó a la realidad y volvió a la ventana, quedando en su actitud anterior. Rosalía preguntó preocupada:

—¡Pero, amor, qué pasa?

—¡Ya te dije, estoy seco!

—¿Qué importa.

—¡No comprendes, si no tengo plata no podré continuar a tu lado! ¡Y, eso no me gusta! Ya te lo dije endenantes, me gustas como diablo... ¡Yo te amo, entiendes!... —después

rehuyó la mirada de Rosalía, giró la cabeza contra la ventana y perdiendo la vista en el horizonte marino, agregó un tanto avergonzado —¡Y... créeme... esto no se lo había dicho nunca a ninguna...!

Rosalía fué sacudida por esta declaración y la espina dorsal registró el sismo. Se levantó, lo estrechó por la espalda y besándole una oreja, le dijo con profunda dulzura:

—¡Amor, yo siempre estaré esperándote. Siempre te recibiré. Aunque no tengas dinero y andes sin afeitarte.

—No me gusta ese negocio.

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué no quiero que te acuestes con ningún otro hombre! ¡Deseo que seas mía solamente!

—¡Gracias, amor!

—No me lo agradezcas, porque eso no te conviene. Yo gano apenas para la comida y tú estás acostumbrada a vivir bien... ¿no es cierto?

—Por eso trabajo en esto —se defendió.

—¡Ves...!

Rosalía se despegó de Pedro y fué a tenderse en la cama boca abajo. Quedaron en silencio, inmóviles, por unos segundos, clavados en sus sitios. Rosalía volvió a donde Pedro, antes de llegar a él se detuvo un instante, luego lo abrazó fuertemente y le dijo quejumbrosa:

—Pedro, no quiero que me dejes —vaciló un momento y luego entre precipitada y vergonzosa— Yo gano bastante y...

—¡No me gusta eso!

—¡Pero, es que yo te quiero!

—¡Ya te dije, no sirvo para eso!

—Pedro, escúchame... Después de conocerte; ya no deseo acostarme con nadie más que tú.

Pedro lanzó la frase que maduraba desde hacía dos días:

—¡Entonces, vente conmigo al London!

Rosalía, al escuchar el nombre del parque, rechazó ins-

tintivamente a Pedro y fué a sentarse en un sillón, cerca de la lamparita del velador. Jugó con sus dedos en los cristales de la lamparita y dijo dificultosamente:

—Pero, amorcito, quiero que me comprendas... Yo te quiero más de lo que te imaginas... pero...

—Pero... no te atreves a vivir con lo que yo gano ¿verdad? ¡No te atreves a dormir en un cuartucho de madera, tener que lavar, zurcir y planchar! ¡No te atreves a dejar tu linda pieza para vivir en piso de tierra y cocinar a leña!... ¡Ya lo sabía...! Por eso te digo; ¡no tengo plata!

Pedro tomó su americana del respaldo de una silla y salió de esa habitación, con cuadros de mujeres desnudas, donde había soñado tantos días. Al cerrar la puerta sintió que ella gimoteaba. Apretó los dientes y maldijo. Anduvo unos pasos y golpeó la puerta de Juanita, que dormía en los brazos de Ruiz. Golpeó tres veces y luego llamó en voz baja:

—¡Cumpa Ruiz, cumpa Ruiz! Asómese un momentito...

Ruiz entreabrió la puerta restregándose los ojos y preguntó extrañado:

—¿Qué pasa, compadre, que está en ple a estas horas?

—Me voy.

—¿Peleó con la Rosalía?

—¡No, se me acabó la plata!

—A mí también.

—Por lo tanto hay que largarse.

—¡Se acabó la buena vida! —dijo triste pelando los dientes contra el labio inferior.

—Así es no más. Hasta la vista, cumpa, ya nos veremos por ahí...

—¡Y cómo me va a dejar aquí compadre, por la mona! Al mal tiempo un paragua... Espéreme en el salón y nos vamos juntos. Voy a despedirme de la Juanita.

Pedro fumaba nervioso su último cigarrillo norteamericano, hundido en un sofá, cuando entró Ruiz colocándose las gafas italianas.

—Ya, compadre, estamos listos para la retirada.

—Vamos —ordenó Pedro dirigiéndose a la calle.

Rosalía salló a la puerta de su cuarto, cubierta con el salto de cama y gritó ahogada:

—¡Pedro!

Pedro detuvo su marcha y miró hacia atrás. Rosalía lo llamaba llorosa y con los brazos abiertos. El hombre le respondió con la misma angustia:

—¡Váyase a su cama, mi hijita! ¡No hay remedio, no tengo plata!

—Ven a mi pieza, quiero hablar contigo! —dijo avanzando hasta Pedro.

—¡La cosa no tiene remedio!

—¡Ven, amor, no seas porfiado!

Rosalía arrastró a Pedro hasta su cuarto y lo tendió en la cama sin soltarlo de sus brazos desesperados.

—¡No me dejes Pedro! ¡Yo quiero vivir a tu lado!

—Entonces, ven conmigo al London.

—Pero...

—¡Para qué me llamaste si no estás decidida! —Pedro trató de pararse, ella se lo impidió balbuceando anhelante:

—¡Conozco la vida que me ofreces!... ¡Yo salí del conventillo hediondo, flaca y hambrienta, perseguida por imbéciles! ¡Me aburrí de ser explotada por mi madre y vine a trabajar a esta casa! ¡No tenía otra salida, entiendes!... Yo te quiero, pero...

—¿Pero, qué...?

—Dime, Pedro... ¿tú me quieres acaso, porque me ves bien vestida y duermo en este cuarto con piso encerado; rodeada de este lujo, que nunca antes tuve y que a lo mejor tú tampoco has tenido; estas comodidades, que aunque me repugnan, es mejor que vivir hambrienta y plagada de piojos?... Dime, ¿es por eso que me quieres?

—¡Cómo se le ocurre, mi hijita!

—Pero... ¿Si me hubieses conocido en una de esas casuchas donde tú vives, te hubieras enamorado de mí? ¿Si

yo vistiese como las mujeres del parque me habrías elegido?

—¡En una de esas casuchas que tanto desprecias, serás sólo mía y nadie tratará de comprar tus caricias! Serás mi mujer, y mis compañeros te respetarán. ¡Mientras que ahora eres una...! —Rosalía recibió ese “una” como bofetada en pleno rostro y se recogió dolorosa—... Perdóname, amor, no quise ofenderte...

—¡No te preocupes, ya estoy acostumbrada...!

Pedro la beso apasionado pidiendo disculpas. Rosalía lo miró intensamente, escrutando la verdad en los ojos del hombre y, después, preguntó:

—¡Ya sé que no tratas de ofenderme, pero dime sinceramente, ¿al verme pobre y mal vestida...? —Pedro trató de protestar— Espera... déjame terminar. ¡Bien sabes que no tengo quince años y quiero estar segura, no quiero fracasar!... Dime, ¿cuándo no me sientas perfumada como ahora y que el hollín de las ollas, y el pelar papas me hayan roto las manos, no me despreciarás?

—¡Cómo se te ocurre!

Pero, ¡si alguna vez, al desearme, me encuentras con olor a cebollas! ¿No huirás de mí?

—Siempre que estés a mi lado y como te encuentres, yo te desearé y seré muy feliz de dormir contigo.

—¿Me lo juras? ¡Mira que yo he consolado a muchos hombres cuyas mujeres criando chiquillos y cocinando... ¡No quiero que pase eso conmigo, no quiero que vuelvas a un prostíbulo a buscar lo que yo perdí!...

—¡Ya te lo dije...!

—¿Me lo juras?

—¡Lo juro!

—Gracias, amor... ahora podemos ir donde tú digas.

Segunda Parte

CAPITULO V

ACONTUMELIAS recibió Don Eustaquio a los desertores; pero volvió a darles trabajo, ya que los consideraba indispensables en el London Park, y por eso les pagaba los mejores sueldos. Pronto advirtió el patrón que hizo un buen negocio al contratar de nuevo a Pedro. El antiguo obrero, borracho y pendenciero, habíase trocado, de la noche a la mañana, en alegre y juicioso, asegurando así la buena marcha de la máquina que manejaba. Pedro ahora se levantaba temprano a arreglar las eternas fallas de la rueda Chicago, dejándola en su punto para trabajar por las noches. Jamás estaba en la cantina de Don Paolo más allá de diez minutos, y eso, a reiteradas insistencias de sus compañeros. Todos los obreros del parque, con el patrón a la cabeza, viendo este cambio, del cual era culpable Rosalia, admirábanse y gastaban bromas a Pedro. Pero quien más estaba al tanto de ese cambio era la mujer del

electricista del parque. Ella, la señora María, fué la primera persona que dió la bienvenida a Rosalía.

Lavaba esa tarde calurosa, cuando Rosalía, Pedro y Ruiz hicieron su entrada en el patio de los obreros. Pedro se acercó a ella y le dijo sonriente:

—¿Cómo está señora María?... Le presento a Rosalía.

María, acusandó en su cara un leve rubor, efecto muy notorio en ella siempre que la presentaban o debía hablar con personas bien vestidas, secó sus manos en el delantal y tímidamente le estiró la diestra. Rosalía le estrechó la mano fuertemente entre las suyas y dijo cordial:

—¡Espero que seamos amigas!

El patio estaba silencioso esa tarde, huérfano de niños y perros, sólo rompía la quietud el llanto entrecortado de un niño de pecho que chupaba y rechupaba su biberón vacío, adentro del cajón que le servía de cuna.

Ruiz se dirigió a su cuarto, lo abrió de una patada y al contemplarlo hizo una mueca de desagrado.

Pedro, con las maletas de Rosalía, se dirigió a la suya y de igual forma la abrió, levantando una nube de polvo. Rosalía miró el interior, vió una cama paupérrima, varios tarros; de velador un cajón inmundo y sobre él, metida en un vaso, una vela plomiza. Los rayos del sol, que entraban por las rendijas de las tablas, dibujaban listones de moléculas de polvo en movimiento.

—Esta es mi pleza —dijo Pedro avergonzado. Nunca, hasta ahora, había comprendido en la forma en que vivía.

—No te aflijas, amor, yo me las arreglaré. Dijo ella abrazándolo.

La señora María no había perdido de vista a los enamorados y suspirando, se dijo: ¡Pobre muchacha, a dónde se vino a meter!

El primer día, después de descansar un poco, Rosalía enfrentó la batalla escoba en mano. Al siguiente estaba temprano en pie. Pedro compró unas bolsas de papel de cemento y con ellas empapeló las paredes del cuarto. Ese papel,

con su color neutro, tuvo la virtud de convertir, en un dos por tres, ese apestoso aposento, en algo acogedor. Terminado esto, Rosalía tomó una maleta y en ella echó algunos de sus ricos vestidos y del brazo de Pedro se dirigió a la estación ferroviaria. Tomaron un tren local y fueron a Valparaíso a venderlos. También quedaron en esa ciudad algunas joyas, con la protesta indignada de Pedro. Más, ella sonriendo le explicó:

—Cuando tú puedas, me las devuelves, amor.

Con el dinero que obtuvieron de esa transacción, Rosalía compró un sommier con patas, un colchón, una almohada, cuatro sábanas y una pequeña mesa de centro, destronada ya bastante tiempo de algún hall de clase media. También compró un lavatorio enlozado, una batería completa de cocina y un regalo especial para Pedro, una taza gigante, con letras doradas, que decía: "Feliz cumpleaños". No era el aniversario de Pedro precisamente, pero todas esas tazas grandes venían así. La desterrada mesita de centro, en este nuevo hogar, hacia las veces de comedor. Un marquito de alpaca, reliquia de soltera, ostentaba una foto; fecha memorable: una instantánea en el hall del prostíbulo, tomada al día siguiente de conocerse. Pedro fabricó de unas tablas un velador y allí fué a parar el marquito, junto a un florero color verde botella, que todos los días recibía nuevas flores. Varios frasquitos de ricos perfumes contribuyeron al adorno del improvisado velador, cubierto, por su parte delantera, con una floreada cortinilla. Ese día reinó la actividad entre esas cuatro paredes de madera terciada. Rosalía no paró hasta dejar colgada la ropa, para lo cual clavó un sinnúmero de clavos en las paredes y de ellos colgó las vestimentas de ambos, tapándolas, por último, con papeles de diarios para protegerlas del polvo, bastante profuso en ese lugar. Luego dió colocación, en una esquina, sobre un cajón, al lavatorio, y, en otro rincón, a las maletas, esperando los eternos viajes del London Park. Pedro, por su parte, no quedaba atrás en trabajar. En el rincón que

quedaba libre, a un metro de altura, clavó una tabla a guisa de consola, y en ella enfiló varios tarros de diferentes portes, los cuales iba pintando con restos de pintura del parque, tocándole a cada uno el color que el azar dispuso y más de alguno terminó en bicolor. Estos tarros servirían para guardar azúcar, arroz, porotos y demás alimentos. Debajo de esa misma consola, pendía la batería de cocina. Faltaba algo más aún y Pedro lo consiguió en la cantina de Don Paolo, una botella de Rhum, que sirvió de aceitera. Ruiz también aportó su grano de arena. Construyó tres taburetes y los colocó rodeando la mesita. Fabricó tres pensando que él sería convidado, de vez en cuando, a comer.

Desde el primer momento, Rosalía fué el principal motivo de comentarios, de toda índole, de parte de las mujeres y trabajadores del parque. Para comenzar, chocó la elegancia de la recién llegada con los andrajos de las que allí vivían. Las esposas de los compañeros de Pedro, conseguían de sus maridos, cada dieciocho de Septiembre un vestido de percal. Los hombres quedaban embobados cuando pasaba cerca de ellos, dejando tras sí, una estela perfumada. Los apetitos brillaban en los ojos de esos hombres que jamás habían tenido en sus camas una hembra de ese tipo. Otro que sucumbió, desde el primer día, fué Don Eustaquio y, por cierto, que concibió hacerla suya. Por lo tanto, siempre que la veía, la saludaba sacándose cortemente el sombrero y arreglándose insinuante los gruesos mostachos con sus dedos. Ella, gran conocedora del elemento masculino, los caló a fondo, pero trataba de no entrar en una situación tirante y reía amable al patrón de su marido, sabía, por lo demás, como mantenerlo a distancia.

Pedro, la primera noche, la presentó a cada uno de sus compañeros y hasta al gordo Don Paolo. La viuda de Bustamante fué la única despechada que apenas se dignó tenderle la mano.

Los personajes que más interesaron a Rosalía, fueron sin duda: Manuelito, el niño santiaguino que había ido a

trabajar para Don Eustaquio, huyendo de los malos tratos de su padre; Luis, el lotero, alegre muchacho que sólo pensaba en bailar mambos, coleccionar corbatas extravagantes y conquistar muchachas ligeras. También trabó amistad con los titiriteros; le maravilló que una muchacha con la preparación de Perla, estuviera haciendo títeres y vagabundeando entre esas gentes procaces. Ella nunca comprendió el motivo por el cual Perla, Antonio y Claudio, anduvieran con sus muñecos a cuestas sufriendo las adversidades a que estaban sometidos los trabajadores del bullicioso London Park. Otro personaje muy grabado en ella fué, sin duda, la figura trágica de Don Ricardo. Nunca supo nada de él, eso se debía a que el misterioso viejo jamás quiso contarle a ella ni a nadie su vida pasada; y siempre que se trataba de recuerdos, don Ricardo guardaba un silencio sepulcral. Sin embargo adivinaba en él un hombre de espléndido pretérito y ante el mutismo de éste, no le incomodaba, como lo hacían los otros. Por eso el viejo la había convertido en su regalona.

Las mujeres del London Park se reunían todas las tardes en el patio formado por las casuchas de madera, donde tomaban el mate y allí corría, de boca en boca, como la bombilla, la vida privada de todos los conocidos y muy en especial la de que, por motivos de fuerza mayor, se retiraba del círculo materil. Ahora el tema favorito era Pedro y su amante. La Nariz de Coliflor, mujer amargada, no sólo por las palizas que le propinaba su hombre, el carpintero y pintor del parque, era la que más veneno derramaba en sus chismes; y Estercita, hija de ésta, la única que la defendía con todas sus débiles energías. La señora María, esposa del electricista, quizó defenderla una vez, pero la Nariz de Coliflor, que capitaneaba las mujeres la acalló, y no era cosa de protestar cuando ella imponía silencio.

—¡Lo que yo me pregunto —decía la Nariz de Coliflor, con el tono característico que le daba su escasa dentadura— es ¿cómo ese borrachín de Pedro se conquistó a esa mujer? —se frotó su roja y protuberante nariz, de donde le provenía

el apodo y continuó— ¡A mí no me la pegan, aquí hay gato encerrado!... Porque si no, miren ustedes, que si yo fuera la Rosalía, con esas piernas, esas tetas y ese poto, renunca me iba a fijar en Pedro.

—Así es de raro el amor, pues, señora —advirtió la señora María.

—¡Qué amor ni niño tuerto! ¡La Rosalía debe andar arrancando de algo feo que ha hecho!

—¡Eso no es cierto, mamita! —protestó indignada Estercita—. Ella es muy buena y yo la quiero reharto!

—Vos te callas, chiquilla de moledera! ¡Tú no sabes nada de estas cosas de grandes!

—¡Usted dice eso de pura habladora que es, mamita, no más!

—Miren la laya de hija que yo me gasto! —exclamó la chismosa y dió un fuerte golpe con sus nudillos en la cabeza de la niña, diciéndole— ¡Ya! ¡Te mandaste cambiar de aquí! ¡Para esto cría hijos una!

Estercita se retiró llorando. Unos diez metros más allá le sacó la lengua y le gritó:

—¡Vieja abusadora!

La Nariz de Coliflor le arrojó una piedra. Estercita le hizo el quite y otra vez sacó la lengua y tomó las de Villa Diego.

Así empezó la guerra Nariz de Coliflor contra Rosalía.

Dos días después, Don Eustaquio levantó el London Park de San Pedro y a punta de denuestos, como era su tradicional forma de trabajar, lo trasladó a Valparaíso. Las maletas de Rosalía fueron a dar a un camión. Luis, el lotero, fué el último en embarcarse, con la eterna alegría que anidaba su despreocupado ser, y durante el viaje cantó, a todo pulmón, su mambo preferido.

Llegaron a Valparaíso un 23 de Diciembre y sobre la marcha levantaron el parque, para abrirlo, pintado íntegro de nuevo, reparado y todo reluciente, el 1º de Enero, a las tres de la tarde.

La noche de Año Nuevo encontró a Pedro con muy poco dinero. Don Eustaquio y su familia estaban en Santiago y sólo había dejado un pequeño anticipo para sus trabajadores, pagaría el sueldo semanal cuando llegara al día siguiente. Pero este hecho, que maltraía a todos los obreros, no afectaba tanto a Pedro y Rosalía; que ellos suplían aquello con la enorme alegría de estar juntos. Pedro se puso su terno recién planchado; Rosalía su mejor vestido y profusamente perfumada, colgóse del brazo de su hombre; y así se dirigieron, al anochecer, a gozar con la alegría callejera. Esa noche toda la población porteña inundaba las plazas y paseos, esperando con regocijo la llegada del nuevo año para abrazarse, celebrando la hazaña de pasar de un año a otro. Restando pocos minutos para las veinticuatro horas, las emisoras de todo el país entraron en cadena para transmitir el mensaje de saludo de las autoridades.

—¡El próximo año, que ya se nos viene encima, el Gobierno logrará grandes conquistas para su amado pueblo! —decía con énfasis un engolado locutor pagado por el Estado, al leer un boletín oficial.

Otro funcionario dió a conocer otras tantas dádivas que se esperaban dar al pueblo. Por último, se escucharon los primeros compases de la Canción Nacional, y todos, o casi todos, de pie, se mantuvieron en silencio. Al terminar la Canción Nacional, habló el Presidente de la República, quén, como siempre acostumbraba, descargó sus culpas sobre los políticos contrarios. Su voz era emocionada y muchos creyeron, sinceramente, que el Presidente lloraba. Para cerrar su discurso de fin de año, pidió al pueblo cooperación y sacrificios para lograr el engrandecimiento de las industrias, agricultura, comercio y relaciones internacionales, en bien de la patria, por ende, de ellos.

Al término del Mensaje Presidencial, el pueblo, como es tradición, se mofó un tanto de las palabras de su Excelencia el "Manda Más", y de ellos mismos por haberlo elegido. Luego se entregaron al jolgorio sin restricciones. El vino, su-

per producción nacional, dió el primer impulso de alegría a nuestro pueblo tan falto de ella, bebido en el jugo del hambre sin horizontes. Nuestro pueblo, con esa fe tan cándida, ya pronto a derrumbarse, brindaba por el occiso que casi acabó con ellos.

Pedro y Rosalía caminaban por las calles pintarrajeadas de luces, contagiados con la algazara. No tenían dinero, pero en amor eran millonarios. Ella había comido poco esa noche y ésto hacía años que no le sucedía, más, con todo, caminaba vaporosa del brazo de su hombre esa noche tibia.

Los pitos de las fábricas, las campanas de las iglesias y las sirenas de los barcos, remolcadores y lanchas surtos en la bahía, anunciaron largos segundos el arribo a esas playas del nuevo año. Las gentes se abrazaban felices, con la eterna esperanza de días más prósperos pintada en sus rostros. Días, que para la gran masa, no pasarían más allá de una leve ilusión, que con el tiempo iban a quedar colgadas al viento, haciéndose hilachas en la cuerda de las postergaciones.

Los perros ladraban entusiasmados, juntos a sus amos, con los nervios tensos por la insistencia de los pitos y sirenas; por las luces que reventaban en el cielo estrellado y las explosiones de bombas encerradas en tarros que reventaban en las calles adoquinadas de los cerros. Todo el pueblo, a excepción de los que estaban de luto, presos, hospitalizados o en desgracia, danzaban al compás de estos ruidos. Los bulliciosos petardos y las escandalosas viejas, hacían chillar a las muchachas cuando chisporroteaban cerca de sus piernas, con medias recién estrenadas. Ellos, los amantes del London Park, seguían vagando por entre la gente que reía y caminaba sin detenerse en un punto fijo más de unos segundos. Varias veces fueron abrazados por los transeuntes. Cuando ya habían escapado de las calles bullangueras, enfrentaron un restaurante, en cuyas vitrinas estaban expuestos ricos perniles, fiambres surtidos y apetitosas gallinas. Salivaron ante los alimentos y siguieron delante sin

decir palabra. Pero, de pronto, saltó el gracioso que se escondía en Pedro, para reirse de los momentos difíciles y dijo imitando a un mozo de tercera clase:

—¡Qué se va a servir doña Rosalía de Retamales?... Tenemos un rico pollo con arroz. No crea que se va a romper los dientes; son criados con leche... ¿Y usted don Pedro Retamales, qué se va a servir? —Pedro descompuso el ademán de mozo, puso cara de importancia, se arregló la corbata y contestó, en tono engolado: —¡Mire mozo...! ¡Ejemm! A mí me trae, antes que todo, un botellón, pero que sea de exportación. Luego una cazuela de ave, papas fritas con un bistec del porte del plato y por último una taza de café; de esas chiquititas, que toman los jutres. ¡Ah!... Y frutas, por supuesto, pero por favor no traiga muchos melones...

Rosalía reía de buenas ganas ante la parodia de Pedro, cuando llegó hasta ellos un enorme gordo; les cruzó el camino y dijo rebosante de alegría:

—¡Me permite, amigo, darle un abrazo de año nuevo a su esposa, y otro a usted también! —y sin mayor trámite la abrazó deseándole felicidades, acto seguido continuó con Pedro, expresando su contento: —Esta noche estoy feliz. En la mañana hice un negocio que me dejó una ganancia grandota. Pero, en estos momentos, me estoy aburriendo en mi casa y ando buscando amigos para celebrar este lindo año nuevo... Vengan a mi casa... ¿Sabem...? Ustedes parecen una pareja feliz. ¡No hay como la juventud! Cuando yo era cabro no tenía un cinco, pero era más feliz que un perro con pulgas... Mi casa es aquella. Allí donde están gritando esos cabros. —Pedro y Rosalía, tomados así tan de sorpresa por este pintoresco sujeto, no atinaban a cortarle el discurso y el gordo desconocido seguía explayándose— Yo los conozco a ustedes, por supuesto. ¿Usted, amigo, no estaba anteayer armando esa rueda tremenda, en ese parque que está instalándose en la Avenida Argentina? ¡Claro que es usted! Yo lo reconocí inmediatamente... Pero, vengan. Aquí está la puerta de mi casa. Entren, les aseguro que no se van a

aburrir conmigo. Ya ven, han andado unos cuantos metros y no están bostezando que digamos ¡para que vean! —El parlero quitó bruscamente un niño que jugaba con su perro en la puerta y continuó— Pasen no más! ¡Panchito deja pasar a mis amigos! ¡Pasen no más... pasen!

Pedro, por fin pudo decir algo cuando al gordo se le acabó la cuerda:

—Gracias, amigo, no se moleste por nosotros...

—Pero, si no es ninguna molestia. A mí me gusta tener en mi casa gente alegre como ustedes. ¡Los artistas son tan alegres! Pasen no más... Y por favorcito, no vaya a creer que yo soy un fresco, porque he abrazado a su señora. ¡No hay tal! Lo que pasa es que yo soy hombre de campo. De Colchagua soy, pues. Y me gustan las cosas pan, pan; vino, vino. Además que en este puerto, como en mi tierra, es costumbre abrazar a medio mundo en esta noche. Los cabros salen en patotas a recorrer los cerros y el centro, abrazando a cuanta chiquilla encuentran y nadie se enoja... ¡Es la costumbre! Las señoras mamás no se enojan tampoco, porque ellas saben que así encontrarán maridos sus hijas, pues son muchazos los casorios que se arman en esta fecha... Pero, háganme el favor de pasar.

Pedro estaba cansado de escucharlo y dijo algo cortante:

—¡No se preocupe por nosotros, señor!

—No diga eso, amigo, es un agrado inmenso para mí. Fíjese que estoy solo con mi familia. Y eso no me gusta nada, porque son hartito aburridos, por la gracia de Dios. Yo había invitado a mi compadre Rebolledo, con su familia, pero no llegan. Y el trago y la comida se está perdiendo que da un miedo. Pasen no más... Miren, se toman unos traguitos y se comen un trutito de gallina, o una entera, de acuerdo a como quieran honrarme, y luego se van. Yo tengo un negocio de gallinas a dos cuadras de aquí, y hoy he trabajado como caballo. Necesito pasarlo bien esta noche, con gentes alegres, como ustedes. ¡Pasen, no sean tan rogados!

Y había tal ánimo de desolación en ese gordo y su ofrecimiento era tan sincero y magnánimo, que Pedro y Rosalía cruzaron miradas de inteligencia, mientras el hombre seguía rogándoles con los ojos. Rosalía tomó ahora la iniciativa:

—Pero, señor, nosotros no conocemos a su esposa y a lo mejor a ella no le gusta nuestra presencia...

—¿Quién se va a enojar? ¿La Berta?... No, no diga eso señora, por favor, que la pobre será aburrida y los chiquillos han salido a ella y su parentela, es verdad, pero después de todo, es una buena mujer y hace lo que le mando. ¡Y si no, a patadas la hago entender, pues!

El obeso comerciante en aves, al ver a la pareja indecisa, los tomó por los brazos y entró con ellos. Pedro y Rosalía, ante tan inesperada forma de entrar a esa casa, no tuvieron más remedio que atacar a las gallinas, asados al palo y bebidas, que ostentaba la abundante mesa. El mantecoso anfitrión comía al unísono con sus invitados y le daba duro al tinto. Lanzaba fuertes carcajadas y dejaba caer sus manazas en las espaldas de Pedro. Su roja lengua, tras cada empinada de codo, hacía un recorrido completo de limpieza alrededor de los grandes mostachos luego emitía un chasquido de gusto. Toda la noche estuvo el magnífico hospitalario con su cantinela de ¡cómanse un trutito de gallina y un vaso de vino; y luego se van. También el dueño de casa tocaba la guitarra y Pedro debió acompañarlo a cantar viejas tonadas y cuecas.

Cuando el sol anunciaba su llegada, el gordo se quedó dormido en un sillón, sin soltar la guitarra. Sólo entonces Pedro y Rosalía lograron retirarse de esa casa donde habían comido y reído con las ocurrencias del que ahora resoplaba.

CAPITULO VI

-¡C OMPADRE Pedroooo!... ¡Levántese...! ¡hooo...!
Pedro salió lentamente de la modorra, se estregó párpados y preguntó hacia el exterior:

—¿Qué hay?

—El patrón lo espera en el parque!...

—¡Ya voy!

Se despabiló moviendo rápidamente la cabeza y frunciendo los párpados. Tapó las carnes de su hembra y sujetándose los pantalones con la mano derecha entreabrió la puerta. El sol que achicharraba las tres de la tarde le abofeteó los ojos. Pedro se los protegió con la mano desocupada.

—¿Qué pasa, cumpa Ruiz?

—El patrón que lo espera en la administración. ¡Está que echa chispas!

—Dile que estaré allá antes de un cuarto de hora.

Por entre cajones de galletas y tarros de duraznos levantó la cabeza Don Eustaquio cuando lo vió llegar.

—¿Qué pasa, hombre, que a las tres de la tarde estás todavía durmiendo?

—No me dijeron que iban a abrir tan temprano.

—¿Acaso no es día de fiesta hoy? Y tú durmiendo como un santo lirón.

—Voy a buscar las herramientas. —Dijo Pedro y se retiró.

Don Eustaquio, con todo su metro noventa y sus ciento y tantos kilos, estaba furioso, esa primera tarde del año. Sus obreros andaban trasnochados y con la borrachera viva. Dijo miles de ignominias en contra de ellos, mientras les entregaba los premios para los stands que se iban preparando:

—¡Por qué no aprenden de mí, bueyes del diantre, que estoy tempranito al pie del cañón y eso que vengo de Santiago para la inauguración! ¡Y estoy a la hora! ¡Flojos de mierda! ¡Tropa de curados inconscientés!

La señora de Don Eustaquio, doña Petronila, a la cual los trabajadores llamaban doña Petro, lo secundaba en denuestos, en tanto los cinco hijos del parquero, que en edad escalonada de diez a cinco años, andaban esa tarde, dándose de pistoletazos por entre las piernas de sus progenitores. Uno de ellos fué a refugiarse entre las piernas de Don Eustaquio y desde allí cambió furioso y gran tiroteo con su hermano mayor. Este pistolero pagó los platos rotos. Quedó la llantería y las protestas de doña Petronila. Don Eustaquio furibundo se alejó de la administración y fué a inspeccionar los trabajos para la apertura del London Park. Recorrió todos los stands contumelioso:

—¡Renunca serán nada ustedes, gallos flojos ¡Aprendanme a mí que empecé barriendo en el parque Centenario y, poco a poco, con el sudor de mi frente he formado el London, que ya tiene treinta stands, sillas voladoras, tres loterías, y la rueda Chicago! ¡Y todo es mío y no le debo un centavo a nadie! ¡Y ustedes trabajan a pasos de bueyes, a la qué te importa! ¡Cómo se ve que no tienen idea de lo que vale este parque, de lo que me ha costado formarlo! ¡Pero, no los voy a soportar más, al primero que me falle lo voy

a despedir! ¡Y si algún aniñado se me encacha le voy a moler el potó a patadas!

Se sentó en un gran cajón. Su corazón le daba fuertes martillazos y sus sienas las sentía estallar.

—¡Estas rabias me van a matar, por Diosito!

Se lamentabá tomándose el pecho angustiado. Creyó más oportuno recostarse un momento. Se fué al hotel, pero hasta en sueños seguía peleando. ¡Por qué no le aprendían a él!... En cuanto a laborioso se entiende, porque como hombre de empresa no deseaba que continuaran su senda, era peligroso para sus bienes. Claro que estaba seguro que ninguno de esos borrachines podría realizar su hazaña, menos en su parque. Indudablemente que estaba seguro que sus progresos como negociante eran una verdadera proeza, muy difícil de volver a repetir. Sin embargo, dormía inquieto. Los malos momentos que habia pasado en la tarde y la comparación con sus obreros, bullían cerebro adentro y poco a poco, dificultosamente, se fué durmiendo, recordando su vida, su extraordinario pasado.

Había llegado unos veinte años atrás hasta donde Don Ramón, dueño del parque de entreteniciones llamado Cente-Ramón, dueño del parque de entretenimientos llamado Cente-acercó al escritorio y, con estudiada timidez, dijo haciendo una reverencia campesina:

—Buenas tardes mi caballero... venía a hablar con usted, para ver si tenía un trabajito para mí. Yo acabo de llegar del sur y estoy sin trabajo... Yo puedo hacer de todo. Barrer, atender el asunto de los rifles... puedo hacer lo que usted me mande patroncito...

Don Ramón, viejo en el oficio, lo miró de arriba abajo y vió en ese alto y flaco campesino, un buen trabajador, que se dejaría explotar y pensó: —Estos huasos están acostumbrados a trabajar por la comida. Este aceptará la mitad del sueldo que le pago al actual cuidador. Mato dos pájaros de un solo tiro, porque el otro se está poniendo subversivo. Así fue como Eustaquio, que por entonces no usaba

el "don", entró de mozo al servicio de Don Ramón. Y empezó, ipso facto, por barrer el establecimiento. Al cerrar el parque, pasada la medianoche, el mayordomo le dijo:

—Vos eres el nuevo mozo del parque, ¿no?

—Sí, mi caballero —contestó con otra venia, soltando la escoba que empuñaba desde que llegó.

—¿Tienes dónde dormir aquí en Santiago?

—No, mi caballero... No tengo donde dormir... yo acabo de llegar del sur.

—Sígueme, entonces.

El mayordomo lo llevó a un rincón del parque. Allí habían varias casuchas de madera, desperdicios de antiguos stands del Centenario, donde dormían los trabajadores y le dijo:

—En esta casucha puedes dormir, tiene un fardo de paja fresca.

—Gracias, mi caballero. Hasta mañana —y tiró sus huesos en la paja, como lo hacía en las parvas, allá en Pi-trufquén, su pueblo natal.

Eustaquio, por entonces recién pisaba los 19 años y se encontraba en la capital huyendo de la miseria campesina. Además traía la firme decisión de hacerse rico, para luego volver a su tierra y casarse con la dulce Lastenia, que había dejado llorando en el estrecho andén, con un pañuelito blanco entre sus deditos morenos.

A la semana de trabajar en el Centenario, le pareció que un parque de juegos era formidable negocio. Todas las noches antes de dormirse, peleando con las briznas de paja que se le metían por boca, nariz y oídos, le afiebraba la idea de llegar a ser dueño de uno de esos fantásticos establecimientos.

Acostumbrado a vivir sin dinero en sus campos, de la noche a la mañana vióse inmensamente rico, al ganar el pequeño sueldo que percibía. De esa fortuna, gastaba la mitad en su alimentación y el resto lo guardaba celosamente en un tarro conservero, a guisa de alcancía, que escondía.

entre las pajas de su cama. Pasaron algunos meses y debido a la mansedumbre campesina y sus buenos hábitos de esclavo, ganó la confianza del patrón. En uno de esos tantos cambios de pueblo en pueblo, el Centenario quedó sin cantor de lotería. Por supuesto que Don Ramón colocó allí a Eustaquio, pasando a ser, ante los ojos de todos, el favorito del viejo parquero, ya que ese puesto era uno de los más codiciados. En breve tiempo aprendió todos los resortes del oficio y llamaba a los clientes dando grandes gritos y palmadas:

—¡Pasar a jugar a la lotería! ¡A la lotería que ya va a comenzar! ¡Tres grandes premios! ¡Tres! ¡El primero en llenar el cartón va a llevar: una rica botella de Cinzano... o una muñeca... o una caja de galletas frescas. El cuarto, va a llevar: una rica barra de chocolate; y el terno: un rico paquete de pastillas de menta! ¡Aquí están los premios señores, miren a su regalado gusto! ¡Tres grandes premios, lotería, cuarto y terno! ¡Pasen, señoritas y caballeros, que aquí está la suerte con el Huaso Eustaquio!

Estaba feliz con su nuevo puesto. Ahora ganaba el diez por ciento de la entrada bruta del stand y de eso pagaba un ínfimo sueldo al muchacho que le ayudaba en la venta de cartones y reparto de maíz para la anotación de los jugadores. En su afán de juntar dinero seguía sin desviación la ruta fijada, gastando el mínimo en alimentación y el resto eran economías que iba acumulando en el tarro. Cuando tuvo bastante, debió hacer un sacrificio, para evitar las continuas pullas de sus compañeros: compró una cama. Para rehacer su cartera de lata, que había sufrido tan gran asalto, trabajó muchísimo más, siendo el primero en cantar la primera lotería y el último en la última de la noche. Trataba por todos los medios de caer simpático al público. A las muchachas les decía piropos campesinos, ingenuos, con olor a albahaca y toronjil. Hasta cantaba cuecas y tonadas alusivas, con bastante gracia. Gracia que con el tiempo se le hizo hiel en la boca.

Por su manera alegre ganaba todas las voluntades.

Varias muchachas le habían echado el ojo pero después, al darse cuenta que era tacaño de siete suelas, lo abandonaban. Esto no hacía mella en él y seguía acérrimo juntando centavo sobre centavo. Con todo no era feliz, ambicionaba un puesto que, por el momento le era de difícil acceso: mayordomo. Ese es el lugar estratégico para hacerse rico a corto plazo, pensaba. Seguía atento los pasos de Gallardo, el antiguo mayordomo del Centenario, esperando un desliz para darle el golpe de gracia. Eso aconteció cuando Gallardo, por enfermedad, fué a parar tres semanas a un hospital.

Don Ramón, como se temía, entregó el mando del Centenario a su preferido. Eustaquio trabajó tesorero, sin hacer chanchullos, pues sospechaba que Gallardo lo hacía y en grande.

El resultado fué inmediato. Don Ramón al ver que aumentaban sus entradas, que su bodega estaba equipada y abundante; y, por añadidura, el parque relucía como un espejo con este nuevo mayordomo, destituyó al enfermo sin mayor trámite y sin ninguna bonificación por años de trabajo.

Cuando Gallardo mejoró fué a tomar posesión de su cargo, pero, al saber que había sido destituido y sin indemnización, puso el grito en la estratósfera. En esos momentos Eustaquio le demostró gráficamente la potencia de sus puños; con lo cual el hombre olvidó hasta la demanda con que había amenazado...

Don Ramón dormía tranquilo. Su parque era comandado por un hombre de confianza, al cual empezaba a querer como a un hijo.

En cambio, las noches de Eustaquio, eran afiebradas; terribles. Ya estaba en el puesto que tanto había ansiado y era muy difícil que alguien lo sacara de allí. Ahora era menester pensar en la forma, sin peligro alguno, de estafar a su confiado protector. El negocio se presentaba duro. Sus estudios no llegaban más allá de las primeras letras y las

cuatro operaciones. Su aguda inteligencia de cazurro le ordenaba no iniciarse con cuentas muy adulteradas. Había, pues, que esperar la oportunidad servida en bandeja. Pasaron los días, los meses, y el momento no se vislumbraba, y las noches en vela, infernales.

Gran parte de los hombres creen en la suerte. Eustaquio no confiaba en ella y sólo creía en lo que él, por propio esfuerzo, podía realizar. Sin embargo, ese algo misterioso, impalpable, que más fué un incidente, le brindó la oportunidad que tanto esperaba. Se aferró a ella con actitud y respaldado con todas sus aptitudes, estrujándola al máximo. Y fue que Don Ramón, estaba muy viejo, y en treinta años de casado no logró conseguir un hijo de su cónyuge, que lo reemplazara en su negocio. Cada vez eran más duros, para él, esos interminables viajes de pueblo en pueblo. Desde su lecho de enfermo, le entregó el mando absoluto del Centenario a Eustaquio, que partía en una larga jira al sediento Norte salitrero. Con lágrimas de coqueta traidora agradeció el gesto del anciano y juró mantenerlo al día en la marcha del parque y mandar regularmente las ganancias a Santiago. Desmontó el Centenario y lo trasladó a Ovalle en una flota de camiones. Cuando iba sentado en la cabina del camión que encabezaba la caravana, saboreaba infantilmente su éxito, relamiéndose los labios de gusto y nerviosidad, al encontrarse, por fin, frente a su destino.

Los primeros meses recibió Don Ramón las cuentas exactas de la marcha de su negocio. Estos informes traían, de vez en cuando, la noticia del despido de uno o varios antiguos obreros. Don Ramón no comprendía cómo esos trabajadores hubiesen cambiado tanto, en tan poco tiempo, para merecer ese trato. Pero la excesiva confianza depositada en Eustaquio, lo llevaban a la conclusión de que si su mayordomo había tomado tales medidas, razones muy valaderas lo exigían. Con todo, barruntaba que algo andaba mal. En cuatro meses Eustaquio renovó todo el personal. Más de alguno escribió protestando por las medidas arbitrarias del

nuevo jefe. Sus sospechas iban tomando cuerpo a medida que el Centenario se internaba en la pampa. Los giros eran cada día más exiguos y distantes. Nunca llegaban los informes financieros. Hasta el punto que a los diez meses de la partida del parque, el dueño no sabía, a ciencia cierta, dónde se encontraba su Centenario y su mayordomo de confianza.

Don Ramón, agotado por la vejez, con los nervios destrozados por la constante lucha con los hombres para hacer sus ganancias; decidió cambiar de residencia y se fué a vivir con los que ya no tienen apetitos de poder.

La viuda, faltando pocos días para seguir el rumbo de Don Ramón, logró quitarle el Centenario. Pero nada pudo hacer contra ese huaso ladino que, ayudado por un hábil leguleyo y secundado por sus obreros de confianza, como testigos directos del parque (ya que no estaban los antiguos que juraran lo contrario); entregó a las autoridades libros de entradas y salidas en perfecto orden; donde quedaba demostrado fehacientemente que la jira al Norte fué un fracaso, y que, por el mismo motivo, no pudo regresar al Sur ni mucho menos girar ganancias.

Después de esta aventura, Eustaquio instaló su parque propio y colocó a su padre, al cual no le veía ni la nariz durante años, como socio visible. Lo bautizó, con gran olfato, de acuerdo con la moda reinante (moda que en pocos años invadiría todo el país en esto de nombres y marcas comerciales); su marca comercial fue: ¡London Park!

El London Park era, en un principio, cuatro palos parados y unas sillas voladoras que impulsaba un motor del año treinta, más dos loterías. ¡Eso sí, dos loterías! Sabía que allí estaba el oro; y los primeros palos que compró fueron para construir las loterías. Debido al trabajo agotador de él y el hambre que pasaron allí, hombres, mujeres y niños, era en estos momentos uno de los más importantes del país.

Y esos malditos borrachos y vagabundos, que no comprendían sus noches de desvelos, sus días de hambre y an-

gustias, para juntar centavo sobre centavo, no les importa que London Park se lo llevara el viento. ¡Pero eso no lo permitiría! Estaba dispuesto a todo por defender su negocio.

Don Eustaquio se revolvía en la cama peleando con sus obreros, en su tortuoso sueño. Por fin la borrasca pasó y el hombre pudo dormir tranquilo durante una hora. Sin embargo despertó gritando:

—¡Apaguen el incendio, apaguen el incendio! ¡No le hagan caso a Don Ramón! ¡Qué se quedan con los brazos cruzados mientras se quema mi London Park! ¡Después sacan de ese hoyo a Don Ramón!

Se sorprendió al encontrarse solo en medio de la pieza gritando y arrastrándose por el piso. Se palpó el rostro y movió repetidas veces la cabeza en línea horizontal. Se acercó a la ventana y miró hacia la calle. Allí estaba su London Park, profusamente iluminado. La rueda Chicago lanzaba al espacio los gritos de niños y muchachas. Se apoyó en la ventana rehaciéndose de la pesadilla. Después tomó su chaqueta y se dirigió a la calle.

Pedro y Ruiz trabajaban a disgusto por las reprimendas de su amatonado patrón; pero cuando llegó hasta ellos Rosalía, con su sonrisa de fuerte y blanca dentadura, coronada por gruesos labios rojos, como flor exuberante, cambiaron de ánimo. Pedro la abrazó por el talle y la subió a uno de los asientos de la rueda Chicago y ascendieron al cielo.

Allá arriba quedaron detenidos un momento los enamorados, en la cúspide, dichosos de gozar con el espectáculo nocturno de la bella bahía. Los barcos reflejaban sus luces en el mar.

CAPITULO VII

ROSALIA, en brazos de Pedro, bajó de la rueda Chicago y se fué a preparar la comida. Camina zigzagueante por entre la gente, cuando a lo lejos siente una vozcita que la llama apremiante. Se detiene y pregunta a la niña que llega hasta ella gritando:

—¿Qué pasa Estercita?

—¡Mi mamá, qué anda buscándome con un palo, para pegarme!

—¿Qué maldad hiciste?

—¡No he hecho nada!

—¿Estás segura?

La niña bajó los ojos al suelo y con el dedo gordo del pie derecho hizo un círculo en la tierra. Rosalía le pregunta amable y confidente: —¿Qué le hiciste?

—Le robé para comprar chocolates.

—Estereita, eso es muy feo. Eso no lo hace una niña bonita.

—¡No soy bonita! ¡Y renunca me dan para dulces!

—No vuelvas a hacer eso. Cuando quieras chocolates dí-melo y yo te compraré.

—Gracias, Rosalía, tú eres muy buena conmigo... —la

niña se abrazó a las piernas de la mujer mirándola hacia arriba, y le pregunta muy seria: —¿Quieres ser mi mamá?... Yo te quiero más que a la Nariz de Coliflor.

—Estercita, no llares así a tu mamá, ella te quiere.

—¡Sí, cómo no! ¡Qué me va a querer esa vieja borracha con Nariz de Coliflor!

—Ya te dije que no llares así a tu madre.

—¡Pero, si todos la llaman así! Y es verdad que tiene Nariz de Coliflor... Además, es mala conmigo, me pega todos los días.

Rosalía la abrazó y le besó la carita. La niña lloriqueaba angustiada ante el recuerdo de pasadas palizas y la próxima que se le venía encima. Rosalía la mima:

—¿Tienes miedo preciosa?

—La Nariz de Coliflor, dijo que me iba a matar y me anda buscando con un tremendo palo.

—No seas tontita, ella no puede hacer eso.

La apretó contra su pecho para consolarla. La niña se puso rígida y comenzó a transpirar copiosamente. Lanzó un chillido agudo y aferróse a Rosalía. La mujer con más ahinco le acarició los cabellos, los brazos y las piernas. Las manos de Rosalía quedaron empapadas con un líquido tibio. La miró a los ojillos negros vivaces, cuyas pupilas se concentraban de terror. Dió vuelta la cabeza hacia donde estaba clavada esa mirada de espanto; blandiendo un palo por el aire, venía la odiada madre. La tomó de un brazo y fueron a esconderse detrás del parapeto de uno de los stands de patos. Los balines pasaban invisibles por sus cabezas y algunos al pegar contra la pared de latón, donde giraban los impasibles patos de madera, llegaban de rebote, con fuerza, a estrellarse en las piernas de ellas, haciendo chillar a la niña. La Nariz de Coliflor, que las presentía cerca, preguntó por ellas a los que atendían los stands. Cuando llegó a donde estaban, Rosalía tuvo que tapar la boca de la niña, para que ésta no delatara su presencia, tanto por los dolores que

le reportan los balines como el terror de la cercanía de su aborrecida madre.

—¿Oiga, no ha visto por aquí a la jetona de la Ester?

La muchacha que atendía ese puesto miró hacia abajo. Entre fusiles que apuntan y disparan con furia insana a la cadena infinita de patos vió a Rosalía, que, con un dedo en la boca le suplicaba silencio. La empleada le cerró un ojo cómplice y dijo:

—No, señora. No ha andado por aquí.

—¡Dónde se habrá metido esa...! Andaba reciencito con la tonta de la Rosalía! Pero, que yo las pille no más, a las dos les voy a dar con este palo!

Cuando se hubo retirado la borracha, Rosalía y Estercita salieron de su escondite y riéndose de las bravatas de la mal hablada, se dirigieron a una grúa repleta de dulces. Rosalía puso una moneda en la máquina y entregó el mando a la niña. Esta ponía todos sus sentidos en sacar una gran porción de golosinas, cerrando un ojo y relamiéndose los labios con su pálida lengua; gozando con anticipación del néctar forrado en papel celofán.

Don Eustaquio atravesó la calle y traspuso su establecimiento. Al ver el parque repleto de público que se divertía, esa primera noche del año, calculó sus ganancias sonriendo satisfecho. Allí estaba el London Park de sus desvelos, produciendo más de lo esperado. Esta vez no había puesto las rejas de madera pintadas de rojo, amarillo y azul, que cerraban completamente el parque, por tenerlo en plena calle comercial. Pero, de todos modos, había levantado el grueso portón que ostentaba el título del negocio. Entrando por esa arcada se enfrentaba inmediatamente una larga hilera de quince mesas de fútbol mecánico. Estos famosos "taca tac" recién hacían su entrada triunfal en los parques de entreteniciones, barriendo con todos los demás juegos, acaparando la preferencia de niños, muchachitas, señoras flacas y gordas y hombres de todos portes y edades. A la derecha del portón, la destartalada sala de títeres que animaban Perla,

Antonio y Claudio; más una gran caja repleta de muñecos de papel y engrudo seco, con rostros alegres, otros agrios y bellas princesas, junto a brujas y demonios. Se trataba de la Compañía de Títeres Rapuncel, formada por esos tres muchachos soñadores, que como modernos juglares, recorrían los pueblos, llevando las eternas fábulas del lobo malo, las princesas cándidas y los príncipes aventureros. Don Eustaquio no entendía ni gustaba de este viejo arte y, en general, no entendía ninguno que tuviera cierto vuelo, (su entretención favorita eran las películas de pistoleros) pero los soporta, no por las ganancias que dejaran, sino porque esta Compañía rebaja los impuestos a todo su establecimiento. Contiguo al teatro de títeres había una larga fila de stands; allí reinaban los rifles, los gatos porfiados y toda clase de ingeniosos entretenimientos, creados especialmente para esquilmar al público. Al término de esta pared, formada por los stands, estaba la oficina de canje y la administración. La bodega, junto a la administración, cerrando el paso, marca la frontera del parque. Al otro lado, dejando de por medio a los bulliciosos "taca tac", había otra cantidad de juegos mecánicos. Ametralladoras antiaéreas, sillas voladoras, autos locos, el punch, siempre zarandeado por matones de pacotilla; tómbolas, con sus grandes ruletas iluminadas y sus botellas de vinos y licores. La ruleta, con fichas de chocolate; los palitroques y billares chinos. Las tres loterías, el gran negocio de Don Eustaquio y recuerdo romántico de su iniciación como parquero, eran las tres vedetes del más alto desvelo del patrón. El punto más alto de luz lo ocupaba la rueda Chicago, que manejan Pedro y Ruiz. Guiándose por el cordón de ampollitas de todos colores que rodeaban el parque, Don Eustaquio cubrió toda su posesión. Ese era el luminoso London Park, que tanto le costó formar y para el cual reclama de sus obreros el mismo celo de él. También había otra parte del London Park, la cual no le interesaba a Don Eustaquio; esta era el rancharío de los obreros, formado por desperdicios de viejos

stands. Por ahora no podía exponer la pobreza de sus trabajadores en la central Avenida Argentina; por ese motivo, esas casuchas malolientes las tenía en un sitio eriazos, a pocas cuadras de allí. Sólo Perla, Antonio y Claudio, duermen en el teatro. Manuelito era el otro que dormía en su stand, ya que no hay casucha para él. Cuando cerrábase el parque, el niño se tendía sobre la mesa de los palitroques y se tapaba con unas viejas frazadas.

Don Eustaquio terminó su contemplación y alegre se fué caminando a la administración. Al pasar junto a la grúa descubrió a Rosalía y Estercita. Se acercó a ellas. La niña estaba entristecida, no había sacado ni un dulce. Don Eustaquio, retorciéndose el agresivo bigote, dijo amable, clavando su mirada en los desafiantes pechos de la mujer:

—¿Cómo está señora Rosalía?

Sintió el peso de esa mirada libidinosa; volvió la cara a otro punto y dijo monótonamente:

—Muy bien... gracias, Don Eustaquio.

—Llámeme Eustaquio a secas no más... en sus labios el "Don" más parece una mofa. Además, recuerde que me debe el abrazo de año nuevo.

Ella no contestó y siguió mirando hacia el mismo sitio. Estercita, a pesar de sus escasos años, barruntaba muchas cosas de los mayores y adivinó la acechanza del patrón y la reticencia de su amiga. Comprendiendo que algo podía ganar, dijo con cara de gran inocencia:

—Fijese, Don Eustaquio, que esta porquería de grúa suya me llevó toda mi plata y no saqué ni un dulce.

—¿Es verdad, eso? —Preguntó el hombre, entendiendo el juego de la niña.

—¡Sí! Claro que si yo tuviera una de esas tarjetas que usted dá a los chiquillos de los regidores... —Allí se calló y lo miró pestañeando.

—Toma, aquí tienes una para que juegues toda la noche, donde te guste. —Ofreció otra a la mujer, diciéndole: —Para usted, Rosalía.

Ella no le hizo caso. Estercita tomó sorpresivamente la tarjeta que daba el hombre, luego agarró de una mano a Rosalía y la obligó a caminar rumbo a las loterías. Don Eustaquio detuvo por un brazo a Rosalía, diciéndole:

—¡No se porte así conmigo, linda, podríamos pasarlo muy bien los dos!

Rosalía no dijo nada y de un tirón brusco se zafó, empujando una veloz carrera empujada por la niña, que reía alegre ante la perspectiva de jugar todo lo que quisiese y gratis.

Don Eustaquio se golpeó fuertemente una pierna con una de sus manos, mientras las veía desaparecer por entre ese bosque humano. Algo había en esa mujer que le recordaba su primer amor campesino; la Lastenia, de largas trenzas, ojos negros y gruesas cejas, que lo despidió en aquel estrecho andén de Pitrufquén, cuando se vino al centro del país en busca de fortuna. Siempre que la encontrara venían a sus recuerdos, un río cantarín, el sabor a ricas sandías, el olor a albahaca y el suave y cálido roce de unos labios gruesos, que lo besaban bajo los boldos a orillas del Río Toltén. Siempre que veía a Rosalía por las noches, recordaba otra sombra apegada a su cuerpo, reflejada por la luna llena de Pitrufquén; que baña tenuemente, las calles, los techos, la Plaza de Armas, los cerros, el río y todo el valle; más el puente de diez arcos por donde pasa el tren, rumbo al Norte, rumbo a la capital. A la capital que lo tragó con su bullicio, sus luces y sus vanidades.

Después de dar el zarpazo a Don Ramón y cuando tuvo una cantidad apreciable de dinero, volvió a su pueblo en busca de su amante Lastenia. Mas, la muy ingrata, se había casado con el hijo del administrador del fundo y encontró a su primer amor, con un hijo a cuestas y otro por llegar.

Con la angustia que le roía las fibras de su ser, fue al sitio de sus amoríos, tendióse en el pasto corto y duro, bajo la sombra de un lingue y gimló largo rato. Sólo el rumor del río parecía ayudarlo en su pena. Después secó sus lá-

grimas. Desde lo alto de una pequeña colina, sus ojos húmedos miraron toda la verdosa tierra. Hacia la cordillera venían los pescadores, como siempre, con los abundantes peces que tan generosamente entregaba el anchuroso Toltén. Hacia el mar, el majestuoso puente de diez arcos que a esa hora se reflejaba en las azules aguas. Hacia el Sur el pueblo, con sus calles diagonales que desembocan en la Plaza de Armas. Las carretas cargadas de leña eran arrastradas por cansinos bueyes. En los potreros, alfombrados por blancas manzanillas silvestres, volaban confiados los jotes de riguroso luto. En la estación ferroviaria se juntan los pocos viajeros de siempre, que llevaban sus mercaderías, pleitos y necesidades a Temuco. Todo estaba igual como él lo dejó. Todo, menos sus sentimientos. Ya nada lo retenía en esos campos que lo vieron nacer y amar. Era un extranjero entre sus amigos de juegos infantiles. Se había transformado en el temido y fascinante capitalino, o nortino como llaman a los del centro del país. Temido, porque ya no cree en supersticiones y no practica sus costumbres; fascinante, por su soltura y bolsillos siempre abundantes en dinero. Ya no lo conocía el Toltén, ni los boldos, ni los lingues, avellanos y manzanillas, cómplices de sus primeros besos. Ellos no aman a ese hombre que calza zapato de ciudad. El antiguo Eustaquio que se bañaba desnudo en el Toltén, calzaba hojota y tenía olor a boldo, había muerto en la fabulosa capital.

Como sonámbulo subió al ferrocarril y no volvió nunca más a Pitrufrquén. Desde entonces odia ese lugar, el puente de diez arcos sobre el río Toltén y su gran balsa, que las aguas, remolnantes y salvajes del invierno, se la llevaban río abajo, con animales, carretas y hombres. No retornó jamás a donde unos negros ojos no supieron esperarlo.

Desesperado por su soledad, se casó con Petronila, idiota coneja que lo martiriza con sus celos de mujer nacida sólo para la prolongación de la especie, y que ahora más le sirve de mayordomo del parque, que como la compañera aman-

te que él buscaba, cuando la llevó al Civil, para mitigar sus penas de amor.

Se retorció su grueso bigote, echó una última mirada por el sitio en que se perdiera Rosalía, lanzando un tenue suspiro de hombre derrotado en lides amorosas, dióse media vuelta y se fue a la administración.

Doña Petronila luchaba con cuentas y trabajadores. Eustaquio llegó disgustado por los recientes recuerdos. Se instaló en su escritorio. Su mujer no se dignó darle una mirada de bienvenida, por su comportamiento grosero que tuvo antes de marcharse esa tarde. Don Eustaquio miró con profundo desprecio todo lo que había a su alrededor y dijo agrio, a un viejo que estaba sentado en un cajón, frente a un micrófono:

—¡Ya pues, Don Ricardo, le estoy pagando para que se duerma o para que haga funcionar ese cacharro!

El viejo, chico, flaco, desdentado, le contestó con una mirada de ojos muertos. Colocó un disco en el platillo del pick up y lo hizo funcionar. Don Eustaquio se revolvió inquieto en su asiento. Otra vez gritó:

—¡Por la pucha, nadie me entiende esta noche! Oiga, viejo, está bueno de música, hágale propaganda a las loterías y a esa porquería de títeres. A ver si alguien se le ocurre meterse al teatro.

Don Ricardo, resignado, cortó el volumen del disco, tomando el micrófono y con difunta voz trató de animar su locución silbante:

—¡Ya en breves instantes más, empezaremos la segunda función de títeres de esta noche de debut, aquí en el hermoso puerto de Valparaíso!... ¡Títeres!... Un espectáculo que ha sobrevivido a las innovaciones del arte durante siglos... ¡Títeres, un espectáculo diferente para los niños! Títeres, por la Compañía Rapuncel... Esta vez presentando el hermosísimo cuento en tres actos, titulado... ¡“Blancanieves y los siete enanitos”!

Don Ricardo cansado después de su locución, cerró el mi-

crófono y puso otro disco. Don Eustaquio seguía luchando con su pasado y todo le molestaba. Por tercera vez en ese breve lapso de tiempo don Ricardo fue la piedra de tope:

—¡No le digo, viejo jetón, que la corte con los discos y le haga más propaganda a las loterías!

El anciano apretó las encías y empezó de nuevo con su débil voz:

—¡Pasen, señores! ¡Pasen, señoritas! Pasen caballeros a divertirse en el London Park, el parque de entretenimientos más completo del país. Tenemos tres lindos stands de juegos a la lotería. ¡Pasen a jugar, señores! ¡Tres grandes premios! Pruebe su suerte, se puede llevar una muñeca dormilona de gran valor. ¡Pasen, señores, que aquí está su suerte!

A Don Eustaquio se le hizo insoportable ese ambiente y se mandó mudar. Salió a la calle y anduvo lento. En una plaza solitaria, se sentó en un banco de madera, apoyando la cabeza en el respaldo. Se restregó los ojos en un movimiento suave, bajó lentamente los dedos hasta la nariz y allí los detuvo, quedando las palmas de las manos en la barbilla; estiró las piernas y se relajó.

Don Ricardo, al sentirse libre de su fastidioso patrón, dejó correr el pick up por su cuenta y se sentó en un oscuro rincón. Tomóse la cabeza con ambas manos, tapándose los oídos para no escuchar el disco grabado por cómicos en desacuerdo con la pauta musical. Sus ojos se llenaron de lágrimas, rebasaron sus párpados y fueron cayendo una a una al piso. Cada lágrima que se sumaba a las otras parecía gemir, y al aumentarse resplandecer y emitir voces de protesta contra el viejo. Eran voces que venían desde muy adentro del hombre, estaban reprimidas, encarceladas, y esas lágrimas las traían, martirizando al anciano.

“¿Cómo es posible, Ricardo, que permitas que ese huaso grosero te insulte así? ¿No recuerdas quién eres?”

—¡Estoy derrotado y él lo sabe! ¡El no conoce la piedad y yo...!

“¡Cómo es posible que te trate así... a tí... que eres

uno de los más famosos empresarios de América del Sur!"

—¡Lo fui! Ahora no soy más que un viejo harapiento.

"¿Acaso no le has contado a ese campesino ignorante, que tú eres el hombre más aplaudido de los escenarios de este continente?"

—¡No! ¡No quiero hablar con nadie de mi vida pasada! ¡Aquí no saben nada de mí! Aquí dan trabajo sin preguntar de dónde se viene, ni a dónde se piensa ir.

"Debes decir quién eres, te respetarán".

—¡No! No quiero. No deseo hablar con nadie. Soy una basura y como tal me tratan. ¡Una basura que se lo comen los piojos! No quiero confesarme con nadie. ¡Con nadie!

Gritó el viejo pateando sus lágrimas y acalló sus voces, levantando a todo volumen el pick up.

CAPITULO VIII

ROSALIA y Estercita dejaron de jugar a las loterías y se dirigieron a los títeres; por esos momentos estaba por empezar la función que anunciara don Ricardo. Estercita tuvo suerte y ganó una muñeca dormilona. Una treintena de niños, acompañados por unos veinte adultos, gritaban por doscientos, para que comenzara la función. Se apagaron las luces y se abrieron las pequeñas cortinas rojas del escenario. Los niños aplaudieron a rabiar la escenografía: un pequeño telón de fondo pintado que representaba un salón de palacio medieval.

Perla, al otro lado del escenario, con los brazos en alto y en cada mano un títere: en la derecha a Blancanieves y en la izquierda a la pérfida reina. Sacó al escenario a la infame madrastra que se miraba en un espejito coquetamente y empezó a preguntarle lo que todos los niños sabían. Las rechiflas no dejaban escuchar los parlamentos; desde afuera del teatro también venían burlas lanzadas por niños que miraban a través de rendijas u hoyos que habían hecho especialmente para ver gratis la función. Mientras los niños gozan con las tonterías y los chistes de un soldado llamado Perico, que ayuda a Blancanieves, cantan con los enani-

tos y se burlaban y sufrían con las argucias de la malvada reina; Perla, Antonio y Claudio no descansan un segundo, cambiándose muñecos, modificando los tonos de sus voces, de acuerdo a los personajes que interpretan, dando y apagando luces, sacando y poniendo nuevos decorados, colocando y cambiando discos. Eran tres cuartos de hora agotadores, que dejaban el cuerpo empapado en transpiración y los brazos adormecidos, pero ellos, en esos instantes, eran felices, porque ése era su arte, y su paga, el hacer reír; que se burlaran del mal y desearan ayudar a los que sufrían injusticias. Al finalizar la obra, todos terminaron cantando una ronda infantil. Se prendieron las luces de la sala y los niños salieron en tropel, dando chillidos por las pisotadas recibidas y llamándose a gritos los que se habían perdido de vista. Rosalía y Estercita se dirigieron al stand que atendía Irma, tomaron sendos rifles y disputaron una reñida puntería al tiro al blanco con balines de flechas, donde caer dentro de los últimos anillos de la fama, era una gran victoria.

Claudio apagó la luz de la sala, luego se sacó sus títeres que todavía tenía enfundados en sus manos y los arrojó a la caja de los muñecos, exclamando:

—¡Yo no aguanto más! Mañana mismo regreso a Santiago—. Perla y Antonio se quitaron lentamente sus títeres y nada dijeron. Claudio protestó nuevamente: —¡Cincuenta entradas! De las cuales diez eran gratuita. ¡Total, una porquería! Hay que darle el cincuenta por ciento a ese explotador. Pagar las deudas, comprar discos nuevos y tela para pintar decorados. ¡Y hoy es día de debut!... ¡No aguanto más, mañana mismo me largo!

Antonio pacientemente guardó los títeres, cuidando que los trajes no se arrugaran, ni las pelucas se despegaran. Después preguntó calmado:

—¿Qué vas a hacer en Santiago y en esta fecha? Las compañías no se forman hasta marzo y cada día son más escasas las posibilidades de hacer teatro.

—¡No pienso podirme en este parque!

—No seas niño —dijo Perla, maternalmente—, ten paciencia, en dos meses más estaremos en Santiago. Ese es el próximo destino del parque. Estos dos meses comerás poco tal vez, pero tendrás sesenta días de sol y playa. Luego, cuando lleguemos allá, podrás con calma, conseguir un buen contrato en teatro o en radio, hasta es posible que por entonces filmen esa película que... Paciencia, Claudio, espera, a lo mejor se compone esta temporada cuando lleguen los veraneantes.

—¿Y si nos va mal, como siempre nos ha ido en este maldito London Park?

—Ya te lo dije —contestó la muchacha, tratando de calmarlo—. En dos meses más estaremos en Santiago.

—¡Al diablo! —exclamó Claudio, saliendo furioso del teatro.

Perla ya estaba acostumbrada a estas explosiones temperamentales de Claudio y no movió un dedo por detenerlo. Sabía que ese muchacho no era titiritero, sino actor, que por ahora no había demostrado capacidad en las tablas, pero ese era su arte y no el de los muñecos. Necesitaba el aplauso recibido en el escenario, inclinando la cabeza ante el respetable público, y no sentirlos detrás de un muro. Quería ser él aplaudido y no los muñecos. Perla comprendía la angustia de ese artista, pero también sabía que Claudio ya había fracasado en compañías donde conseguir un clavo para colgar la ropa en el camarín, era una gran victoria. Fracasar en esas compañías que recorren su miseria por los pueblos, es el último escalón a que llega el actor, después de eso ya no queda nada. La muchacha puso un disco en el pick up y se sentó en un rincón a zurcir un traje del Príncipe Azul; por otra parte, estaba segura que dentro de media hora a lo más, Claudio volvería arrepentido.

La música de ese disco era reproducida por un pequeño parlante afuera del teatro, que sólo podía competir con el gigante del parque, unos diez metros más allá de su fron-

tera. Claudio, al salir furibundo habíase detenido un instante y apoyado en un árbol a pasos del teatro. Al escuchar el disco que colocara su compañera apretó las mandíbulas y golpeó el cráneo contra la corteza del tronco. El pequeño altoparlante seguía emitiendo los alegres compases de un vals vienés. Ya no podía soportar más ese ritmo, eran meses que tenía que escucharlos, varias veces al día. Habría dado cualquier cosa, por que esos discos se rompieran, se extraviaran o se los robaran; pero no había dinero para renovar la discoteca de la compañía. Al escuchar por décima vez ese Danubio Azul, huyó buscando un lugar tranquilo, cerca del mar, que trajera calma a su alterado sistema nervioso.

Pero, esos compases de majestuosa alegría que tanto irritan a Claudio, gustaban mucho a Irma, la muchacha del stand de tiro al blanco, donde juegan Rosalía y Estercita. Este stand ubicado a menos de dos metros del teatro permitía a Irma embelesarse con esos vales. Entregaba los rifles, los balines con colas de crín e inmediatamente iba al rincón más cercano a la sala para escucharlos. Los recuerda y los asocia a las imágenes vistas en el cine. En la pantalla le parecía la música más dulce que había escuchado. En el ecran de la ilusión lindas parejas vestidas de oro y púrpura danzaban al compás de esa música hecha para el amor. En esas películas la vida no era más que eso; un eterno danzar, donde todo era limpio, brillante, donde no había barro, sino que todo era adornado por hermosas flores que ayudaban con sus perfumes y colores al embrujo de los enamorados. Allí no aparecían por ningún lado los ranchos, sucios como el que ella habitaba, a orillas de un río...

También gustaba mucho esa música a Manuellito, él no sabía porqué esas notas alegres y suaves, donde los músicos parecen estar siempre muy lejanos o escondidos tras cortinajes o en un bosque, le recuerdan las caricias de su madre. Mientras los niños que venían a divertirse le dan duro a los aporreados palitroques, él lleva el compás con su pie descalzo, añorando a su madre. Empero, cuando no

los sentía, volvía a ser el muchacho alegre y despreocupado. Mas, por las noches, al acostarse, siempre extraña a su madre, que lo tapaba besándolo cuando se dormía entre los jergones de su cama. Las primeras noches de Manuelito en el parque fueron de sueños agitados. En ellos veía a su madre defendiéndolo débilmente de las groserías y castigos de su padre alcoholizado. Soñaba la noche que escapó aterrizado de la furia de esa bestia que llamó papá. Las primeras noches que durmió bajo los puentes del Mapocho. El tren que lo trajo al puerto. Los días de hambre que pasantes de encontrarse con Doña Petronila, debido a cuyo amor maternal lo socorrió. Ahora, pasados unos meses, no tenía esas pesadillas, sólo le quedaba un odio concentrado contra su progenitor. Estaba decidido a no regresar a su casa (su padre tampoco lo obligaría a lo contrario), hasta ser un hombre fuerte y ganara mucho dinero, para así enfrentarlo, tanto en el terreno varonil como en el económico. Sin embargo, por las noches cuando dormía entre los palitroques, buscaba el regazo de su madre y se besa los brazos, creyéndolos de ella. No lloraba, se lo impedía el odio que le había envenenado sus entrañas, pero gemía, cuando el rostro ajado de su madre lo visita en sueños.

En cambio a Luis, el lotero, sin dejar de gustar de esos vales, sus ritmos preferidos eran los centroamericanos y muy en especial el mambo. Cómo se deleitaba moviendo todo su cuerpo en contorsiones eróticas, al ritmo de esos endemoniados tambores selváticos. Prefería a las mujeres bajas de estatura y de pronunciadas caderas como compañeras de baile. Mientras el ritmo lo envolvía todo, inicia un convite de ojos que muy pocas veces le fallaba. Después de zamarrearse un par de horas, termina por seguir los mismos movimientos con su pareja, en una destartalada cama de hotelucho, o simplemente en un sitio eriazó. Estos lugares que da gratis la naturaleza, los denomina "hoteles verdes", y son sus preferidos. Hombre vital era Luis, casi animal en todos sus placeres y estos "hoteles verdes" con

sus tejados de estrellas y la luna, suave claraboya le hacían sentirse más macho y más alegre de pisar estas tierras. Por eso era feliz con su empleo vagabundo. No sentía codicia alguna por el dinero y toda esa larga lista de bienes terrenales, que hacen a los hombres vender sus principios más caros. Dos años y meses llevaba trabajando en el London Park y qué felices habían transcurrido esos días y esas noches. Con entusiasmo infantil ayuda a desarmar el parque cuando había traslado. Y canta a todo pulmón sobre la carga de los enormes camiones en marcha, atravesando campos y ciudades, hasta llegar al nuevo destino. Allí conocería nuevas muchachas y pasados unos dos meses, otra vez, sobre la carga de un camión, cantando su felicidad de macho joven y libre. Por eso al dar a conocer, a los nerviosos jugadores, los números que salían por entre sus dedos de la caja de cartón, lo hacía al ritmo de los mambos que dejaba escuchar el poderoso altoparlante de la administración.

Esos ritmos, por lo demás, eran del agrado de todos los obreros del parque y de gran parte de los asistentes.

Pero la Nariz de Coliflor, no los soportaba y no por refinamiento musical; sencillamente no vibra con música alguna... Esas notas agudas de clarinetes y los irritantes "tan-tan" de los tambores, sonaban destemplados para ella y más bien la mortifican terriblemente, llevándola a cúspides de crisis nerviosas.

Otro damnificadó con estos ritmos centroamericanos era Don Ricardo. Siempre que puede escapa de la administración y sus discos e iba a sentarse cerca del teatro de títeres, en algún sitio oscuro. Esos momentos eran impagables para el viejo. Los ondulantes compases lo trasladan suavemente a sus años brillantes. Al escenario de su vida. Una ola de aplausos resuenan a sus oídos. Otra ola de pitos de trenes y sirenas de vapores que partían y llegaban a estaciones y puertos lejanos, eran el ritmo de su activa vida de representante de los más afamados espectáculos de

la América hispana. Las sirenas, los pitos y los aplausos lo llevan de Buenos Aires a Santiago de Chile; de Lima a Ciudad de Méjico; de Caracas a La Habana. Los maitres de los grandes hoteles con reverencias anotaban sus pedidos. Los mozos servían las ricas viandas con sonrisas acordes a las dadivosas propinas. El champagne danzaba la danza de las burbujas en los recuerdos del anciano. Después todo se esfuma y don Ricardo caía en negro hoyo profundo; destrozándose las manos al tratar de aferrarse a las paredes resbaladizas y agrestes de ese pozo. Con todas sus fuerzas trataba de parar esa caída, no llegar al fondo; es inútil, don Ricardo llega hasta lo más profundo y se pierde en el oscuro cieno.

Esta noche, aprovechando que no se encuentra Don Eustaquio en la administración, huye a su lugar preferido y se sienta en el suelo, en la penumbra, solitario, a escuchar la música de los titiriteros.

Perla miró a través de un pequeño orificio del escenario hacia la sala. Su boca se frunció de disgusto. Eran las once de la noche y no había un espectador para hacer la última función. Resignada fue a la discorola y colocó una selección de operetas, que los espectáculos modernos de Sudamérica habían arrumbado en el cuarto de los trastos viejos del favor del público.

—¡Operetas!... ¡Operetas! —gimió don Ricardo.

Los compases alegres de un trozo de La Princesa del Dólar se fue entrando en su atormentado ser. Para él esos compases no eran alegres; lo martirizaban. Lloró tirándose los canosos cabellos, mientras el pick up seguía dando vueltas, indiferente ante el sufrimiento que causa. Esa música nacida en la estirada Viena, de largos y delgados faroles, como galgos en posición vertical, le martillan las sienes, mordiendo la llaga del pasado.

—¡El Conde de Luxemburgo!... ¡El Conde de Luxemburgo! ¡No quiero escucharlo! ¡Detengan esa máquina!... ¡Deténganla...!

Nadie lo escucha y el disco seguía girando. El lento y dramático vals de la escena del falso matrimonio del Conde de Luxemburgo, lo apabullaba.

—¡No quiero escucharlo! ¡No quiero...!

La melodía trajo a su memoria, esos versos que no quería recordar:

“Es la felicidad
 “que hoy pasó junto a mí.
 “Es que el amor que en vano busqué
 “tan cerca está de mí.
 “Es la felicidad
 “y el placer de alcanzar
 “con la mano a ella extender.
 “Y la dejo marchar
 “y nunca más volver”.

Su ánimo se relajó. Ahora sus recuerdos eran nítidos y se dejó llevar hacia el pasado, por ese puente que forma la música y los versos cantados...

“Es la felicidad
 “que hoy pasó junto a mí”.

Don Ricardo, entre bastidores, nervioso estrujaba su rico sombrero de copa. Todo esta a oscuras y sólo de el centro del escenario una tenue luz refleja su rostro angustiado. A escasos metros de él canta María de los Angeles, la escena del falso matrimonio del Conde de Luxemburgo. Un gran cuadro la separaba del cantante que hacía el Conde. Las luces del escenario se mantenían apagadas y sólo un potente reflector de arco iluminaba a la pareja, que cantaba al centro del escenario ese lento y dramático vals:

“Es la felicidad
 “que hoy pasó junto a mí”.

El público estaba hechizado de la música, de la belleza de la cantante y del lujo de la presentación. Al término de ese dúo el público argentino aplaudieron frenéticos a la pareja; de pie exigían un bis. Cincos veces debieron cantar ese tro-

zo, antes de continuar con la trama. Don Ricardo agudiza nervioso sus delgados bigotes. Sus ojos brillan con ferocidad. El éxito era aplastante. Eso lo necesitaba urgente don Ricardo, porque él desoyendo las opiniones de todos los elementos de la compañía, de la cual era empresario, había dado ese difícil rol a María de los Angeles, bella novicia que lo tenía embrujado. Nunca comprendió los consejos de sus amigos más fieles, pues vivía esclavo de los grandes ojos azules de esa muchacha. Don Ricardo al término de la función fue llevado al escenario, (como él siempre exigía de la primera figura, en las grandes noches de éxito) para recibir el aplauso del público, por ser el promotor de esta nueva reina de las operetas. Los demás integrantes de la compañía felicitaron teatralmente a María de los Angeles y a don Ricardo. Ahora cada uno se adelanta para decir que él desde el primer ensayo, creyó que la novicia iba a tener el éxito alcanzado. Los más reacios declaraban que María de los Angeles, tenía ese algo misterioso, que para muchos, más que estudiar concienzudamente su carrera, en las tablas es todo; es decir, ella poseía: "ángel"; en otras palabras, gusta al público por simpatía personal, más que por verdadero talento. Don Ricardo hombre muy andado entre cantantes y actores, sabía lo que pasaba. En teatro todo lo justifica el éxito ante el espectador. Todo lo demás; los escándalos; las maneras ilícitas de llegar al escenario; la avaricia, cosa asombrosa entre artistas, pero muy corriente entre gente de espectáculos; la ignorancia y la educación, son de segundo orden. Se puede ser muy culto y poseer gran belleza, pero si no atrae al que paga en boletería, si no se tiene ese "ángel" nadie lo contratará, nadie lo felicitará y es mejor que se dedique a sembrar papas; este era uno de los consejos que daba don Ricardo cuando debía despedir a un cantante o actor, que no reunía esas cualidades. Era duro decirlo, pero él vendía artistas.

Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Río de Janeiro, Caracas y Ciudad de Méjico, fueron testigos de los éxitos de

María de los Angeles y del amor en toda su plenitud que se brindan la bella cantante y el famoso empresario. Don Ricardo pasaba los mejores diez meses de sus cincuenta años, en la bella capital federal azteca, cuando la borrasca ensombreció su horizonte. María de los Angeles ambicionaba llegar a la más alta cumbre de su arte y ya don Ricardo parecía un lastre en su vertiginosa carrera ascendente. Exigía una temporada en Viena y su amante había fracasado en complacerla. Llegó hasta ella otro representante mucho más poderoso y le ofreció los escenarios de Europa a sus pies. No vaciló en firmar un largo y substancioso contrato que la desligó totalmente del hombre que la hizo famosa.

Don Ricardo enajenó y cinco tiros de pistola acallaron para siempre la envidiada voz de María de los Angeles. Don Ricardo cayó en tenebrosa celda durante quince años y ahora como basura humana, cadáver viviente, va arrastrándose sobre guijarros, con la obsesionante imagen sangrienta de la hermosa María de los Angeles y la melodía, que lo martiriza, pero no lo mata definitivamente, de ese lento y dramático vals:

“Es la felicidad”

“que hoy pasó junto a mí”.

• CAPITULO IX

ROSALIA, en ese patio del London Park, sufrió un viraje de ciento ochenta grados. Parecía haber retornado a su infancia en el conventillo. De nuevo volvía a recordar a la perfección cómo se cocina a fuego de leña y cómo se limpian las ollas con cenizas. Lidiaba con la leña al partir-la y el ollín, siempre afanosa, sonriente. Entre los compañeros de Pedro era admirada, tanto como envidiada por algunas mujeres y muy en especial por la contumeliosa Nariz de Coliflor. Esta le seguía todos los pasos para encontrar en ella una debilidad, que le permitiera incluirla en sus pe-lambres a la hora del mate. Sus pesquisas pronto dieron buenos informes.

Cototo, el puntilloso pianista del prostíbulo de doña Rosa, había dado con el paradero de Rosalía y la visitaba periódicamente. La Nariz de Coliflor lo caló desde el primer día y en la redondela materil le dedicó sus buenos momentos. Cuando lanzó su bombástica noticia todas las chupadas se suspendieron. María, la mujer del electricista, preguntó incrédula:

—¿Cree usted que ese joven tan elegante sea un...?

—¡Por supuesto, pues, señora María, si basta verlo andar!

Ni yo movía tanto el trasero a los diez y siete años y eso que me gastaba uno gordo. Lo que yo quisiera saber es ¿dónde conocieron, Ruiz, Pedro y la Rosalía, a ese ...? Me tinca que la tonta esa va a llevar por muy mal camino al pobre Pedro. ¡Ya ven... los amiguitos que ahora se gasta! Yo seré muy pobre, pero por nada del mundo tendría amigos maricas.

Rosalía barruntó que el cariño que le profesaba Cototo, especialmente desde que vivía don Pedro, iban a acarrearle momentos desagradables, más no podía evitarlo. Temía que ese hombre denunciara su antigua profesión. Estaba segura que si por casualidad esto llega a saberse en el London Park, pierde su tranquilidad. Pero, a pesar de sus desvelos, llegó el momento que tanto temía:

Una mañana, la Nariz de Coliflor, entró al patio llamando a gritos varias mujeres y mostrándoles feliz un diario:

—¡Miren...! ¡Miren, mataron al colipato del Cototo...!

Rosalía palideció. Dejó temblorosa la tetera que tenía entre sus manos mirando adonde gritaba su enemiga. Las mujeres seguían saliendo de sus casuchas, algunas con críos desnudos a cuestas, y se apretujaban alrededor del diario que leía la informante a grandes gritos, deletreando con dificultad:

—¡Cri... crimen... pa-sio-nal... entre... ho-mo-se-xuales...!

La Nariz de Coliflor dirigía su boca hacia donde estaba Rosalía, para que no hubiera la menor duda, para quién leía la noticia principalmente.

Rosalía se dirigió a su rancho y lo despertó. El hombre preguntó preocupado al ver el rostro descompuesto de su mujer:

—¿Qué pasa, mi hijita?

—La Nariz de Coliflor está leyendo una noticia que trae un diario de esta mañana, ¡es espantoso!

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?

—Parece que mataron a Cototo...

—¡Puchas!

—Levántate y anda a la esquina a comprar el diario... es uno chico, de esos escandalosos... debe traer la noticia en la primera página.

Pedro se vistió rápido. Volvió con el matutino en sus manos y el rostro pálido. Ella le arrebató el periódico y leyó:

—Este era el famoso "Cototo", pianista del prostíbulo de doña Rosa. Su muerte enluta a rica familia. Amplias informaciones en las páginas centrales.

Ruiz, llegó hasta ellos con otro ejemplar. Los tres quedaron mirándose sin saber qué decir. Es verdad que Cototo los fastidiaba con sus visitas, pero la muerte de ese degenerado los acongojaba. Rosalía dijo que la noche anterior la tomó por confidente y que le había contado que las relaciones con Adolfo andaban mal. Este acontecimiento tenía a Cototo muy triste. El desayuno de esa mañana en casa de Pedro fue amargo. En cambio la Nariz de Coliflor estaba dichosa.

El asunto se complicó mucho más, porque días atrás Cototo, había obligado a Rosalía, Pedro y Ruiz a fotografiarse con él. Cototo recién estrenaba una cámara fotográfica automática, con lente 1,5. Aquella fotografía se encontró entre las ropas de la víctima y esos rostros alegres, eran por ahora, la única pista de ese crimen. Al prefecto Rojas y sus ayudantes se les asignó descifrar ese caso. El prefecto Rojas, empezó a trabajar desganado, ya en su cartera guardaba otro hecho de sangre acontecido en Valparaíso, varios años atrás, entre homosexuales y todavía no logra atrapar a los asesinos; la cofradía de invertidos guarda muy bien sus secretos. Sus primeros pasos los dirigió al prostíbulo donde tocara el piano la víctima. Reunió a todas las mujeres en el salón y las interrogó una por una. Lo único que supieron decir fue, que como todas las noches, Cototo estuvo a tocar el piano, la víspera del crimen. Luego el prefecto lanzó su otra carta. Mostró la foto a una mujer,

ésta no hizo un sólo gesto, pero se la pasó inmediatamente a Juanita. La morena palideció un poco, pero se rehizo inmediatamente. El prefecto notó en el acto la reacción y brúscamente dijo a Juanita:

—¿Conoce usted a los que acompañan a la víctima?

—No.

—¡A mí me parece que sí!

—¡Le digo que no!

Doña Rosa miró por sobre el hombro del prefecto el grabado exclamando con vengativo placer:

—¡Pero si es la jetona de la Rosalía! —Doña Rosa nunca pudo perdonar a Pedro que le hubiera robado el mejor exponente de su mercado.

—¿Quién es esa tal Rosalía? —Volvió a inquirir el prefecto.

Una de mis niñas que se largó con un fulano— contestó nuevamente doña Rosa.

—¿Y esta señorita, —mostró con un dedo a Juana —la conoce?

—¡Por supuesto, si son muy amigas!

—¿Por qué la negó? —preguntó cortante el prefecto a Juana.

—No la reconocí a primera vista... eso es todo,...

—¡Está segura!

—¿De lo contrario, por qué iba a negarla?

—¿Sabe su paradero...?

—No.

—¡Cómo no vas a saberlo, cuándo el pobre Cototo, que en paz descansa, te traía siempre saludos de ella! —exclamó la gorda en tono de falsa ingenuidad.

—¡Está segura que no sabe dónde vive esta mujer!

—Vive con un obrero de un parque de entreteniciones, eso es todo lo que yo sé.

—¿Cómo se llama ese obrero?

—Pedro Retamales... o algo así... de lo que estoy segura es que se llama Pedro...

—¿Sabe en qué parque trabaja?

—No. —Juanita titubeó ante la mirada penetrante del policía y volvió a musitar— ¡No!

—Usted me hace muy difícil mi trabajo. Le aseguro que no me queda otra alternativa que proceder con energía ante su actitud. Estoy seguro que sabe dónde se encuentra esa mujer. ¿Se decide a cooperar, o tendré que arrestarla?

—Es que...

—¿Qué...?

—Es que... ella es muy feliz con ese hombre, por algo se retiró de aquí... ¡A qué molestarla!

—¡Pero si el fulano sabe lo que era antes, cómo que la sacó de aquí! —exclamó doña Rosa.

El prefecto Rojas miró a Juanita y esbozó una suave sonrisa de premio, le palmoteó la espalda a lo compadre y le dijo:

—Tenga confianza en mí, Juanita, seré discreto... ¿y bien?

—En el London Park.

—¿Ese que hace poco se instaló en la Avenida Argentina? Juanita confirmó con la cabeza. El prefecto le agradeció tomándole cariñosamente la barbilla y salió rápido con su gente. Subió al coche y ordenó:

—¡Rápido, al London Park!

Brusca fue la frenada de la camioneta. Nadie había a esa hora. Sólo el cuidador luchaba con unos niños vagos que jugaban con piedrecitas en los taca tac. El cuidador informó que Pedro y su mujer a esa hora almorzaban donde está ubicado el patio de los obreros.

La Nariz de Coliflor, fue la primera en ver la camioneta de la policía y bajar de ella al Prefecto y sus ayudantes. El prefecto abarcó con la vista el pequeño rancharío. Detuvo su mirada en la borracha. La mujer le sonreía amable. Su oficio le indicó que esa comadrona lo llevaría a su dormitorio. La Nariz de Coliflor, que ya conocía sobradamente

la camioneta de los policías por su característico color verde opaco, se adelantó siempre sonriente y le preguntó:

—¿Vienen a buscar a la Rosalía, por el lío del Cototo?

El prefecto escrutó a la vieja borracha y comprendió el motivo que la guiaba. Disgustábale esa ralea de chismosas, pero de vez en cuando eran muy útiles. Le sonrió forzosamente y dijo:

—¿Conoció usted al asesinado, señora?

—Todos los días venía a ver a la Rosalía, pero yo no era amiga del finadito y nada tengo que ver con su muerte... Esa es la pieza... ahora están almorzando.

El prefecto Rojas avanzó en la dirección indicada por la Nariz de Coliflor. Esta siguió sus pasos. Los obreros y sus mujeres e hijos, se alborotaron ante la presencia de la policía y rodearon a los detectives. La matera informó entusiasmada:

—¡Vienen a tomar presa a la Rosalía, por el asesinato del Cototo!

El prefecto ordenó a sus ayudantes dispersar a la gente y que nadie se acercase al rancho de Pedro. Enfrentó la puerta abierta en los momentos que Pedro, se levantaba para averiguar el motivo de tal revuelo. Rojas saludó cortesmente:

—Buenas tardes—. Los miró unos instantes—. ¿Es usted la señora Rosalía?

—Sí, señor. ¿Qué desea?

Mostró su placa y entró al cuarto cerrando tras sí la puerta.

Todos los habitantes de ese rancherío ansiaban saber hasta dónde estaría complicada esa pareja en dicho crimen. La Nariz de Coliflor aprovechando un descuido de los policías, entró al cuarto vecino de Pedro y apegó un oído a las tablas.

En esos momentos ellos estaban pendientes de los labios del prefecto Rojas que los examina cuidadosamente, después dijo calmado:

—Soy el prefecto Rojas... Tengo entendido que usted señora, era muy amiga de un muchacho anormal que llamaban Cototo, y que anoche han asesinado.

—¡No conozco a ningún hombre llamado así...!

—¡No empecemos mal señora Rosalía! Le prevengo que recién estuve en el prostíbulo de doña Rosa, donde hasta hace poco usted era una de sus exiladas.

—¡Ella no tiene nada que ver con esa gente, ahora señor! Rosalía vive conmigo y yo soy un hombre honrado y no consiento que la metan en este caso. No tiene nada que ver con la muerte de ese...

—¡Yo no la acuso!... Sólo deseo que me diga la verdad... Que me ayude a encontrar al asesino—. El prefecto Rojas cambió de tono y dijo amistoso: —Comprendo que ustedes no quieren saber nada con el lenocinio de doña Rosa. La felicito señora. Sin embargo, este suceso desgraciado, me hace imprescindible interrogarla. Le doy garantía de que, no se publicará nada de su pasado y presente.

—Está bien —respondió sumisa—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—¿Cuándo se tomaron esta fotografía?

—Hará una semana— respondió Pedro.

—¿Quién es este otro hombre que los acompaña?

—Es Ruiz —volvió a informar Pedro—. Un compañero de trabajo.

—¿Qué tal hombre es?

—Bueno para el trago, pero honrado a carta cabal.

—Señora, ¿cuándo fue la última vez que vio a Cototo?

—Anoche, como a eso de las diez.

—¿Notó algo raro en él?

Rosalía titubeó un tanto y luego consultó con la vista a Pedro, éste la autorizó.

—Cototo andaba triste anoche... me dijo que estaba disgustado con Adolfo.

—¿Quién es Adolfo?

—Adolfo es... bueno... usted me entiende...

—¿Conoce a ese tal Adolfo? —Rosalia confirmó con movimiento de cabeza—. ¿Qué clase de hombre es?

—Es un vago... vive de lo que le daba Cototo. Pero parece que Adolfo encontró otro, con más dinero y...

—Entiendo... ¿Cómo es... físicamente?

—Alto, rubio... debe tener unos veinte y cuatro años, pelo liso, ojos pardos... sí, pardos...

—¿Tiene usted una idea dónde se le puede ubicar?

—Tal vez esté o sepan de él, adonde fue a buscarlo anoche Cototo, después que partió de aquí.

—¿El le dijo que iba a buscarlo?

—Sí. Ya le dije, Cototo estaba triste y quería una reconciliación.

—¿Y dónde estaba tan seguro de encontrarlo?

—En el garito del huaso Martínez, en el Cerro Playa Ancha.

Rosalía hizo un croquis de la ubicación de dicho garito en el Cerro Playa Ancha y continuó informando.

—El mal entendido entre ellos, también se debía principalmente a las eternas pérdidas de Adolfo en ese garito. Cototo sospechaba que esas pérdidas no eran grandes y continuas, si no que una manera de sacarle dinero, y que atestiguaba el Huaso Martínez.

—Gracias señora Rosalía. Por hoy no la molesto más. Espero encontrarla aquí si es necesario un nuevo interrogatorio. Perdone si he tenido que sondear en su vida. En todo caso, créame que estoy de su parte.

—Señor prefecto... dígame... ¿Cómo fue asesinado Cototo? —preguntó Rosalía, cuando el prefecto se retiraba. Este contestó lacónico:

—¡Con un martillo!

CAPITULO X

POR la tarde, a la hora del consabido mate, todas las mujeres se preguntaban, cómo y cuándo llegaron los policías y qué relación tendría Rosalía con la muerte de Cototo. Y cómo conocieron Pedro, Ruiz y Rosalía a ese pianista de lonocinio. Cada una hacía conjeturas audaces. Más de una creyó que Rosalía era hermana del difunto, o pariente lejana. En todo caso están de acuerdo en que la hipótesis de la Nariz de Coliflor, de que la Rosalía arrancaba de algo feo, parecía tener visos de realidad. Ya habían tomado más de un mate y ni luces de la jefe. Se miraban indagantes. ¿Por qué no llega? ¿Sabría algo? ¿Andaría tras una pista segura?

La Nariz de Coliflor, demoró su entrada a la rueda matera con el propósito de darle mayor realce. Todas suspendieron las chupadas y miraron con ansiedad al correo de la chismografía cuando esta se dignó aparecer. Las hizo sufrir unos segundos aún, cebando parsimoniosamente un mate. Después, ante los ojos interrogantes, abrió la boca:

—¿No les decía yo que esa tal Rosalía era una buena hija de su madre?

Chupó la bombilla, le echó otro poco de agua y miró al cielo gozando con la espectación que provocaba. La más anciana, sin poderse contener, exclamó:

—¡Bueno, pues, señora, cuente de una vez!

—¿Saben, ustedes, qué era la tonta de la Rosalía, antes de vivir con Pedro?

—¡No, pues, cómo lo vamos a saber si usted no dice nada! —protestó nuevamente la anciana, colocándose un pucho de cigarrillo en un párpado que le lagrimea más allá de lo soportable.

—¡Putá!

—¡No!...

—¡Putá, pues, señora! Putá, de esas de casas elegantes. Putá del mismo negocio donde tocaba piano el Cototo.

—¡No puede ser!

—¡Se lo juro! ¡Y, recontra puta!

Los mates soplaron fuertes ante tan violenta noticia.

El prefecto Rojas, sin pérdida de tiempo, apostó varios hombres en la calle del garito y lo allanó. El Huaso Martínez, tras breve interrogatorio y para congraciarse con la policía, para que ésta paliara el rigor por su casa de juego clandestino, delató el escondite de Adolfo. Lo encontraron en una caleta de pescadores cercana al puerto de Valparaíso.

Después de unas siete horas de fatigosos interrogatorios y carreras en automóviles, ya tenía el Prefecto Rojas una confesión firmada por el criminal. Había sido un día estu-pendo para la hoja de servicios de Rojas y sus ayudantes: un criminal y un garito menos, con su agregado de venta de drogas y cartilleros.

De la vida de Rosalía no se enteraron los periodistas, pero sí su enemiga, que con esto ganaba una arma mortife-ra. En pocas horas todo el parque lo sabía con pelos y seña-les, más el aumento imprescindible que significa el relato de boca en boca.

La primera reacción de Pedro, fué buscar trabajo en su antigua profesión. Mas, sobran manos para los tornos en

actividad y tuvo que seguir esclavo de la rueda Chicago, bajo esas miradas burlonas y misericordiosas.

El London Park, en la primera semana de Marzo, junto con los últimos veraneantes, se trasladó a Santiago. Dos meses estuvo en la capital. Los resultados económicos fueron favorables para el dueño. Otro beneficiado era Luis, el lotero, en Santiago la lotería tenía muchos adeptos, pero no pasó lo mismo con los títeres.

Antonio volvió a su aborrecida oficina de seguros; Perla se empleó en una tienda, y Claudio marchó a Lima para tentar suerte en la radiotelefonía. En una maleta, arrumbada en un altillo en casa de Antonio, quedaron durmiendo las brujas, los príncipes, los villanos, las hadas y el diablo. Y así los niños perdieron otra compañía de ese viejo y maravilloso arte.

London Park siguió rodando de pueblo en pueblo, sin esperar el retorno de los artistas y como gitano continuó devorando caminos, con su carga de tristezas y pocas alegrías.

En Llay-Llay estaba unos meses después soportando fuertes vientos y lluvias. Los más afectados con el aguacero, que tanto gusta a los campesinos del lugar, eran los obreros del parque. Hacía seis días que estaban con las manos hundidas en los bolsillos, sin un centavo y ya el cantinero les había cerrado el crédito. Y sin vino los ánimos son insoportables. Don Eustaquio optó, a regañadientes, levantar su establecimiento y marchar al norte. Hombres, mujeres, niños, perros y gatos, con alegría, rara en ellos, desarmaron los ranchos donde vivían, cuyo piso era un infecto barrizal y partieron con la esperanza de días mejores y llenarse de sol, en el reseco Norte salitrero.

La rueda Chicago deslumbró de nuevo a los niños del hermoso Ovalle; de la colonial ciudad de La Serena, de La Serena que cae al mar por la Avenida De Aguirre, de la orgullosa La Serena erizada de cerros y campanarios; de Vallenar, la ciudad de hermosas y coquetas muchachas mo-

renas; del bravo Copiapó, donde hicieron revoluciones con balas de plata, del Copiapó que recibía en el pasado Compañías de Opera venidas directamente de Italia, del Copiapó de hermosa Plaza de Armas, cuyos pimientos aspiran levantarse sobre los cerros y mirar la sedienta pampa, y las arenas del desierto que la amenaza; de Antofagasta, perla del norte, punto de llegada de los bolivianos, tierra de grandes poetas y románticos; de Tocopilla, puerto cristalino como pequeño diamante, donde desembocan los salitreros y el albo granulado fruto de la pampa; de María Elena y Pedro de Valdivia, campamentos salitreros, donde las mujeres dejan de beber agua para alimentar famélicos pimientos, el heroico verde pimiento, cuyo color añoran los sureños, hijos de los grandes ríos, que extraen el fertilizante; María Elena y Pedro de Valdivia, siempre envueltos en una nube de finísima tierra, que exhalan los hornos que purifican el salitre, polvo que se mete en las casas y entre los besos de los enamorados en las plazas, polvo que los salitreros sacan de sus gargantas bebiendo millones de botellas de cerveza; de Calama, el oasis que apuna; de Chuquicamata, el príncipe del cobre, donde la altura hiela las narices a los forasteros; e Iquique, el famoso puerto salitrero del norte, desolación del presente. Iquique, reliquia histórica. ¡Ay, Iquique, ríos de oro en el pretérito! ¡Ay, Iquique, pordiosero de hoy! ¡Ay, Iquique, símbolo trágico de nuestra imprevisora idiosincracia!

Para Don Eustaquio ese paseo al norte del país, era parte de su vida. Lo hacía año por medio, recordando pueblo a pueblo; cómo engañó a su difunto patrón, hasta que una orden judicial le arrancó de sus manos el Centenario.

Para Rosalía esos viajes eran una novedad. Novedad las riquezas y las miserias del Norte. Novedad esa tremenda ansiedad de ver plantas y verdes pastos. Grande fué su impresión al encontrarse con la pampa salitrera. Con esa pampa interminable, donde se pierde la vista y no se vislumbra un arbusto, ni un río, ni una casa; sólo cerros y

tierra arenosa, con bosques de torres metálicas transportadoras de gruesos cables eléctricos. Miles de torres en incansable monotonía. Las huellas pavimentadas del camino perdiéndose en el infinito y reapareciendo entre espejismos. Aprendió a gustar del té, bebida introducida a los salitreros por los ingleses y la despectiva frase de "Olga, Mister", que dicen los rudos hombres de esas tierras inhóspitas, cuando se enojan con su interlocutor.

Esa gira al norte fue un verdadero viaje de bodas para los amantes. Pero un día en Iquique, cambiando impresiones sobre el Norte y sus habitantes, que cumplen una epopeya diaria para vivir en esas áridas regiones, Pedro dijo una broma a Rosalía, que, al finalizar, más pareció una amenaza:

—¡El Norte, mi hijita, es bravo como su gente. Aquí las mujeres aman sin doblez. Pero se cansan luego del mismo amor. Son frenéticas y despiadadas como el desierto. Los nortinos, acostumbrados al peligro son muy violentos. Más de un hombre se ha abrazado a la hembra que lo dejaba por otro, colocándose dos cartuchos de dinamita en los dientes, ha encendido en su cigarrillo las mechas de los explosivos y, en un segundo, los cuerpos de ambos han saltado por el aire, hechos añicos. ¡Así se quiere por estos lados! ¡Ya sabe, mi amor, cuando Ud. quiera largarse con otro, me compro dos cartuchos de dinamita y ¡cataplún! volamos por los aires!

—¡No digas eso Pedro! —exclamó Rosalía horrorizada por tal narración.

—No temá, mi hijita, eso no pasará, porque tú no me dejarás nunca. ¡No me dejarás nunca! ¿Verdad?

—¡Nunca, amor! —musitó, estrechándolo fuertemente.

Rosalía, al ceñirse contra el cuerpo de su amante en tan fervoroso abrazo, sintió una extraña corriente pasar por todo su cuerpo. Algo parecía presagiarle un futuro borrascoso. Miró a los ojos de Pedro; había en ellos un raro resplandor; un mareador convite a lo desconocido. Sus venas se ensancharon para recibir los fuertes bombazos de su corazón. Ins-

tintivamente se apartó. Fué un movimiento de protección, de autoconservación. Esos ojos la hacían sentirse como arrastrada por el viento implacable del desierto.

Pedro no supo comprenderla y creyó ver en esa actitud, una posible traición o huida. Se apartó unos pasos. Ella estaba muda. El hombre prendió un cigarrillo, se revolvió en su sitio, martirizando el tabaco entre sus dedos, después dió media vuelta y se alejó.

Rosalía hizo un leve movimiento para detenerlo, pero lo dejó marchar. Estaba segura de no encontrar las palabras precisas para explicarse y la situación se agravaría mucho más. La sospecha de Pedro era evidente, pero como probarle que su reacción no se basaba en lo que él imaginó, sino en el terrible pavor que la dominaba al escuchar ese relato, y, sobre todo, lo que vislumbró en los ojos de él. Pero, cómo explicar eso que había en sus pupilas, cuando sólo se presente algo terrible; y no se conocen o no existen las palabras o conceptos, para hacerlo comprender nítidamente a los demás, a él. Prefirió callar y esperar; esperar que con el tiempo se diera cuenta que jamás lo abandonaría por otro.

Pedro fué en busca de Ruiz y lo invitó a tomar un refresco. Quería conversar con él. Charlar de cualquier cosa, para olvidar su reciente duda que lo apostrofaba, pero no pudo hacer ni una ni otra cosa.

Sentados a una mesa roja, con sillas verdes, revolvía entre sus manos un vaso de naranjada. Ruiz, en la otra punta de la mesa, tomaba, a sorbos lentos, una cerveza. Pedro miró con ojos vagos a la gente que transita por la calle. Ruiz largaba grandes bocanadas de humo al cielo, pelando los dientes en el labio inferior. Pidió la segunda cerveza, se ajustó las antiparras italianas, único recuerdo de esos días de fortuna en el puerto de Valparaíso, y dijo algo inquieto, revolviéndose en su sitio:

—¿Y, compadre Pedro?... Lo noto raro esta tarde. —Pedro trató de hablar, pero las sílabas se quedaron enredadas en

el paladar. Ruiz lanzó otra bocanada de humo al cielo raso, luego sacó un tanto la lengua, emitió un sonido apenas perceptible y comentó casi para él —¡No digo yo que está raro! Siempre usted me contó todo lo que le pasaba... y ahora... —Pedro negó con una mano el reproche de su amigo, y después se rascó la cabeza. Ruiz apuró la cerveza y dijo, levantándose: —¡Bueno, usted, sabrá!... Yo tengo que ir a ver una morena que me dió, para esta hora, una entrevista sobre el colchón.

Pedro lo tomó de un brazo y le dijo:

—¡Siéntese, cumpa!

Ruiz obedeció. Pedro no habló inmediatamente, sino que hizo una larga pausa y después dijo con dificultad:

—¡Sabe, cumpa, creo que... que la Rosalía me va a dejar! —Ruiz levantó una ceja interrogante —¡No me diga nada! Yo sé que me quiere... pero ella no está acostumbrada, o mejor dicho, no es para vivir esta vida... Usted comprende... al principio, debido al entusiasmo, todo se aguanta, pero... ¿y después...? ¡No me diga nada! ¡Déjeme hablar a mí! ¡Déjeme desahogarme! —sus palabras eran vehementes y sus ademanes los recalca con duros movimientos de manos, que golpeaban reciamente la mesa. Ruiz negó con movimientos de cabeza tales aseveraciones y trata de hablar, pero Pedro no le deja meter baza—. ¡No me diga nada, cumpa! Yo sé que ella es buena, pero ¿no cree qué ya debe estar cansada de vivir conmigo?... ¿De esta vida de gitano?... Comprenda, cumpa Ruiz, ella usaba buenos perfumes... ¡Y, ahora!... ¿Cree usted que ella puede ser feliz, viviendo arriba de un camión que nunca se detiene? ¡Porque esa es nuestra vida... siempre andar arriba de un camión, corriendo por los caminos, como bola huacha, igual que esas yerbas secas que arrastra el viento por los cerros!

—Esa ha sido siempre nuestra suerte, compadre.

—¡Esa es la porquería de vida que llevamos, explotados por este huaso!

—¡La verdad, que no lo entiendo! Antes no le parecía nada de mala nuestra pega y los viajes! Total, usted no quería saber nada con su antiguo trabajo.

—No vivía con Rosalía y todo me importaba un pucho.

—Entonces busque pega de mecánico.

—Lo he buscado, pero es difícil hallar un puesto. Además, ya nadie puede darme recomendaciones... por otra parte, hace tiempo que... bueno, creo que fracasaría...

—¿Le dijo ella que pensaba dejarlo?

—No.

—¿Ni siquiera en broma?

—No.

—¿Y entonces?

—Lo sospecho...

—No lo creo de ella...

—¡Pero es posible! —gritó Pedro ahogado. Ruiz lo miró intensamente y después dijo en tono burlón:

—Está desvariando, compadre. La Rosalía lo va a dejar para el día del...! —dejó caer su mano, que siempre quedaba en alto cuando profería esas palabras y esbozó una sonrisa tranquilizadora, que no surtió el efecto deseado, si no que exasperó más a Pedro:

—¡No se ría de mí, cumpa! Yo sé lo que digo.

—¡Así será, pero, para mí, que son puras tonterías tuyas!

—¡No son tonterías! —exclamó Pedro en el colmo de la excitación. Ruiz le contestó en el mismo tono:

—¡Lo que le pasa a usted, compadre Pedro, es que está viendo fantasmas! ¡Le está fallando la azotea! —Ruiz, rápido ganó la puerta, allí se detuvo. Se volvió a su amigo y le dijo con ternura. —Compadre... déjese de hablar leseras, váyase de una vez y déle un buen beso a la Rosalía y todo solucionado, señor...

Pedro, esa tarde, anduvo a pasos lentos por las calles, sin rumbo fijo. Su cabeza bullía. Las gentes caminaban rápidos, casi corriendo, tras sus negocios, tras combatir enfermedades grandes y pequeñas, tras solucionar sus enormes y

pequeños problemas; pero Pedro no los presentía. Con las manos en los bolsillos y los ojos fijos en las puntas de sus zapatos, seguía peleando con Rosalía; contra su escasa habilidad para abrirse mejores senderos; contra un mundo hostil.

Ella también estuvo esa tarde botada en la cama, aturdida, sin ánimo de mover un dedo.

Pedro, sin darse cuenta, llegó al atardecer a su hogar. Rosalía, al verlo entrar, sólo atinó dejarle espacio en la cama. El hombre se tendió junto a ella y nada habló. Fumó, uno, dos, tres cigarrillos. Sólo los ojos luchaban. Después empezaron a hablar las manos y unos minutos más tarde el rancho se inundó de una respiración anhelosa y quejidos de placer.

CAPITULO XI

DESPUES de esa tarde, parecía que nada podía separar a esa pareja, sin embargo la dicha se pierde por defender a los débiles. Eso le pasó a Rosalía, pagándolo muy caro.

Una tarde en que todos los hombres y mujeres no estaban en el patio de los obreros y que Rosalía estaba enseñando a leer a Estercita, llegó hasta ellas la Nariz de Coliflor cantando una canción obscena y arrastrándose de borracha. Miró a la alumna y profesora y gritó destemplada:

—¡Ester... anda a comprarme un litro de vino y una cebolla en escabeche! Tengo sed y hambre.

Estercita miró disgustada a su madre. La borracha le dió un puntapié vociferando:

—¡Qué miras tanto! ¡Obedece, desgraciada!

—¡No la trate así señora, le estoy enseñando a leer!

—¿Tú le vas a enseñar a leer a ésta?... Tú, Rosalía, no puedes enseñarle nada... ¡Yo soy la madre y yo le enseñaré lo que quiera... Te prohibo que le enseñes nada... Tú sólo puedes enseñarle a desnudarse ante los hombres... Porque eso lo sabes muy bien... ¡Quieres enseñarle a puta!

—¡Mamá no digas eso!

—¡Cállate, mierda!

Gritó la borracha. Tomó un peñasco y con furia lo levantó para descargar un feroz golpe en la cabeza a la niña. Rosalía no tuvo tiempo de reflexionar, era cosa de fracciones de segundo. Levantó su pié con fuerza y lo descargó violento contra el abdomen de la madre. La Nariz de Coliflor se encogió y dejó caer el peñasco sobre Rosalía, la mujer, rápida, saltó hacia atrás y nuevamente se arrojó contra su contrincante botándola al suelo y castigándola con cólera inusitada en ella. En esos momentos entró el marido de Nariz de Coliflor y las separó. El hombre al saber el motivo de la riña, llevó a su cuarto a la mujer, y allí le dió su merecido. La borracha estuvo tres días en cama sin poder moverse. Cuando se levantó volvió a la rueda materil, pero esta vez fué rechazada por todas las mujeres. Nariz de Coliflor se fué a la cantina y bebió desesperada. ¡Hasta ahora ella comandaba a todas y era rechazada! Indudablemente que eso era una infamia. No había otro camino que despreciarlas y beber sola.

Días enteros estuvo rumiando su venganza. No podía darse por vencida, además, que necesitaba contar otra vez con la confianza de las mujeres y que celebraran sus chistes y chismes. Ella no podía estar sola. No había nacido para eso. Por otra parte, era mala. No podía evitarlo. Fué mala toda su vida y seguiría siéndolo, hubiera o no motivos. Algo interior la obligaba a gustar con la desgracia de los otros, especialmente cuando ella era la culpable. Tampoco podía buscar la revancha. Ya sabía perfectamente que Rosalía era fuerte y decidida. Menos intentaba asesinarla. Debía haber un medio para hacerle un gran daño y sin exponerse. Semanas enteras pensaba en eso, mientras se relamía sus heridas.

Una mañana sorprendió a Don Eustaquio mirando embelesado a Rosalía. En sus ojos brilló un raro resplandor y se relamió los labios de gusto. Cuando desapareció su enemiga y Don Eustaquio dejó de mirarla, fué a la cantina y

bebió unos tragos. A cada empuñada, pensaba:

—¡Así que así es la cosa! ¡El viejo Eustaquilo quiere acostarse con la Rosalía! Sería gran cosa pillarlos en la cama. Entonces lo sabría Pedro y la mataría a patadas. Además de lo que hablaría doña Petronila, que es la madre de las celosas... Claro que si Rosalía y el viejo Eustaquilo se entienden en la cama, deben ser prudentes... Siendo así es difícil sorprenderlos. Sin embargo, si yo se lo dijera a las materas y ellas corrieran la voz... ¡No... no. No me van a creer... Están uña y carne con la Rosalía... ¿Y si se lo dijera a Pedro?... No... tampoco me creería. Veo que por ese lado no sale la cosa...

La chismosa bebió varios tragos enrabiada y se alejó de la cantina. Doblaba una esquina del mercado de Iquique cuando encontró a Doña Petronila comprando frutas. La miró unos segundos. Su mente trabajaba rápido. Se acercó a ella. Los listones de madera separados que sirven para sombrear la calzada del mercado, dejan pasar pequeños rayos de sol que dan en el pavimento y en las caras de quienes transitan por allí. Esos pequeños rayos solares se reflejaban en la cara de la borracha, dando a su faz una iluminación maléfica. Mientras se acercaba a su víctima próxima, el rostro de Nariz de Coliflor anunciaba una diabólica tragedia muy pronto.

—¿Comprando frutas, patrona?

—¡Ah, es usted!

Doña Petronila la miró misericordiosa y agregó:

—¡Cómo es posible que antes de almuerzo ande en este estado!

—¡Me dan rabia los hombres sinvergüenzas, por eso me he emborrachado! ¡Y hay tantos sinvergüenzas en este mundo...!

—¿Lo dice por su marido? —preguntó Doña Petronila.

—Ese también es un degenerado... Pero ando así por otro jetón... y por una mujer confiada que no merece que le hagan esa cochinidad... ¡Las injusticias me enfurecen!

¿Cómo es posible que un hombre trabajador y buena persona, se deje engatuzar por una puta?

Doña Petronila, que era muy celosa, la madre de las celosas, como ya la había bautizado Nariz de Coliflor, comprendió que algo quería comunicarle esa borracha. Sin embargo, la miró desconfiada, y le preguntó:

—¿Qué quiere decirme usted?

La Nariz de Coliflor la miró a su vez. Luego levantó los hombros y suspiró. Mirando para otro lado suspiró:

—¡Ay, Señor, cómo es posible que le hagan una cochina a una señora que vive pendiente de su hogar y de sus hijos... y del sinvergüenza de su esposo!... Los hombres son una tropa de desgraciados...

—De acuerdo... ¿Pero, quién es esa mujer engañada y ese mal marido?...

La Nariz de Coliflor había conseguido que el pez gordo picara el anzuelo, ahora debía tirar del hilo, pero antes tenía que asegurarse bien. Para eso hostigaría a fondo los celos y la paciencia de esa mujer. Le palmoteó el hombro y suspiró beatífica:

—Mejor es que no lo sepa... sino...

—¿Sino qué? Dígame por favor... Usted quiere contarme que Eustaquio me engaña y no se atreve a decírmelo, verdad?

—Señora, Petronila, yo... la verdad es que la estimo mucho... y... no quisiera.

—¡Ya lo sabía! ¡Gran Dios! ¿Qué habré hecho yo para merecerme un marido así, tan canalla? Sabía que me engañaba, por eso me trata así... ¡Ay, señora, los hombres son unos infelices!... Pero, dígame, por caridad... ¿con quién me engaña este mal hombre?

—Señora yo no quisiera que usted sufriera...

—¡Y cómo no voy a sufrir! Hace años que sé que no me quiere y que tiene varias amantes. Claro que hasta ahora no le he sorprendido ninguna. Pero estoy segura que me engaña. Ya vé... Usted, por sus propios ojos, lo ha visto. Pero, diga-

me, por caridad, ¿quién es la jetona que lo engatuzo?

—Señora, Petronila, yo estoy muy segura que ellos se juntan... los ni salir de un hotel que no quiero decirle donde está, pero los vi salir.

—¡De un hotel! Maldita sea esa desvergonzada. Pero, dígame, por favor, quién es ella?

—Señora Petronila... comprenda, yo no quiero que mi esposo pierda el trabajo. Debe ser ella y el tonto del marido los que deben irse del parque.

—¡Cómo, y es una mujer del Parque! ¡Esto ya es lo último! Pero si es del parque... ¿Quién puede ser?

—¡Una sola, pues, señora Petronila! ¿No cae?

Nariz de Coliflor había buscado el mejor terreno para su venganza, pues doña Petronila hacía tiempo que estaba celosa de Rosalía. Por lo tanto, dijo mirando espantada los ojos burlones y diabólicos de la informante, sin poderse contener:

—¡Tiene que ser la puta de la Rosalía!

—¡Ella misma, pues... Ya ve que es fácil adivinar. Usted misma dió sin que yo la mencionara.

—¡Ay, Señor, cálmame por favor, si no la asesino, será porque tu le tienes piedad a esa mujerzuela!

Doña Petronila partió furiosa a su hogar. Nariz de Coliflor compró un mango y le dió un feroz mordizco de bestia.

Don Eustaquio soportó resignado la lengua tempestuosa de su prolífica esposa y cuando ya no pudo soportar más, preguntó:

—¿Y, quién diablos te dió esa información?

—¡No puedes negármelo, te han visto salir del hotel que frecuentas con esa desvergonzada!

—¡Y, también, de un hotel! ¡Mierda que debo soportar tonterías! ¿Y quién me vió salir de un hotel del brazo de Rosalía?... Contesta... dílo de una vez!

—No puedes negarlo... ahora te agarré...

—Pero, ¿quién me vió?

—¡La Nariz de Coliflor!

A Don Eustaquio le dió tanta rabia al escuchar el nombre de la informante, que para acallar a su mujer, dió tres grandes gritos y dos bofetadas de peso máximo en el rostro y abdómen, que la arrollaron contra unos cajones de galletas y partió en busca de Pedro. Eustaquio le explicó la infamia que se tejía contra ellos y le juró por lo más sagrado que eso era imposible, pues Rosalía sólo tenía ojos para él. Pedro creyó en las palabras de su patrón. Don Eustaquio mandó llamar al marido de la Nariz de Coliflor y lo sentenció: otro de esos chismes y sería expulsado del trabajo.

Esa mañana la madre de Estercita recibió la paliza que jamás halla soportado una representante del bello sexo.

A pesar de que todo quedó esclarecido, algo anduvo trizándose en el feliz andamiaje que sostenía a esa pareja. La infamia fué demasiado grande y la duda oxidaba los sentimientos de Pedro.

En esas condiciones llegó el tercer aniversario de la unión de Pedro y Rosalía. Estaban otra vez en Iquique, después de una corta jira a las salitreras. Pedro compró un ramo de flores, unos pasteles y dos botellas de vino, para celebrar esa fecha. Ruiz, como siempre, fué el único invitado. Llegó con su última conquista, una iquiqueña de tez morena seca, pelo largo y duro, negro azabachado, de grandes ojos que lo envolvían en admiración. Como era lógico, fué el alma de la fiesta y, como siempre, cuando la ocasión lo permitía, él recordaba, paso a paso, aquel venturoso día en que ganaron tanto dinero en el Sporting Club.

—¡Cuando mi compadre Pedro, le tiró hasta el último centavo que teníamos al caballo Pancho Villa, yo ya me veía otra vez arriba de un carro de carga, camino a San Pedro, donde estábamos. Pero la suerte nos acompañó de frentón. ¡Y todavía la suerte lo acompaña a mi compadre Pedro!... A mí —dijo mirando malicioso a su reciente conquista— a lo mejor también se me arregla el naipe. La morena le cerró un ojo coqueta, prometiéndole futuros placeres. Ruiz, entusiasmado, tomó una copa y levantándose, dijo —Creo

que el momento pide un brándis. —Alzó la copa—. ¡Voy a brindar por la mñjer más encachada que he conocido en mi vida... brindo por usted Rosalía! Además, brindo porque este aniversario de ustedes, y que, como todos los otros que vendrán, sean muy felices. ¡Brindo por que sean muy dichosos y por muchos años! ¡Salud!...

Las copas se alzaron y Ruiz debió al seco. A Pedro, mientras bebía, la duda lo mordió repentinamente con la cantinela de siempre:

“¿Y, si es verdad que se acostó con Don Eustaquio?”

“Y si este idiota brinda para echarle tierra al asunto? ¿O para tomarte el pelo?”

Lanzó lejos la copa haciéndola añicos. Salió disparado de su rancho y se fué a parar junto a la rueda Chicago. Ruiz llegó hasta él, disgustado:

—¿Qué pasa, compadre? ¿Está loco? ¡Cómo se le ocurre hacerme esto, delante de mi cabra!

—¡Déjeme tranquilo; métase en sus cosas!

Pedro, esa noche de aniversario, bajó por las calles solitarias de Iquique. En el muelle de pasajeros del patiguaje tomó la firme decisión de abandonar a su mujer. El reloj de la plaza Prat indicaba las tres de la mañana, cuando junto a él se insultó por dudar de Rosalía. Entonces, sus ojos se llenaron de lágrimas y se dirigió rápidamente a su hogar, casi corriendo. Las casas de maderas sombreadas por la luna, oxidadas por dentro y por fuera, parecían gritarle:

“Apúrate”.

“Apúrate a suplicar su perdón”.

Pero el murmullo del viento se sobrepuso a esas voces, y, en cambio, trajo, por entre las palmeras, los ladridos negros de la duda. Sus pasos se fueron acortando y, por fin, se detuvo frente a un poste del alumbrado público, a escasas cuadras de su domicilio. La duda gritaba dentro de su cabeza afiebrada. Pero las palabras no salían fuera del cráneo, se estrellan contra las paredes interiores y chocan y se repudian unas contra otras, y volvían a rebotar con-

tra la pared interior del cráneo, como esos agudos pitos de trenes que pitean pasando por largos y tétricos túneles. Cada palabra era un pitazo! Pedro golpeaba la cabeza contra el poste, tratando de descomponer esa máquina infernal que lo torturaba con sus preguntas:

“¿Y si es cierto?”

—¡No es verdad!... ¡Rosalia no puede hacerme eso!

Gritaba negando sus propios desvaríos, aferrado al poste en ese amanecer, solitario, bajo el haz del farol. La duda roñosa se burla de él y pregunta en sorna:

“¿Por qué no puede ser verdad?”

“¿Acaso olvidas de dónde la sacaste?”

“¡Cuándo la conociste, un borracho asqueroso le baboseaba el cuello!”

“¿Recuerdas el salón?”

“¿Recuerdas la primera noche que la compraste?”

“¡Tú nunca habías pagado tanto por una mujer!”

“¡Idiota!”

“¿Entonces, por qué no pudo ser de tú patrón, por la misma cantidad?”

“A tu lado no tiene ni perfumes”.

“¡Total!”

“¡Para ella es costumbre entregarse al primero que pague bien!”

“¡Es costumbre en ella!”

—¡Mentira!... ¡Mentira...! —gritó en un alarido. Se aferró al poste con más fuerzas. Después, protestando, cayó lentamente hasta el suelo y en esa posición estuvo largos minutos; largas horas.

Cuando los primeros rayos del sol doraron los techos volados de las casas de madera, ya la crisis había pasado, y la duda, después de esa terrible noche, no volvió a perturbar nunca más al obrero del London Park. Ahora caminaba inmutable, forrado en taciturna indiferencia.

Caminaba solo, con un malestar profundo. Llegaba al amanecer a su rancho y hasta molestábale la resignación

llorosa de Rosalía. Por momentos, debido a esas circunstancias tontas de convivencia, logran sentirse contentos y hasta reír. Esas ocasiones las aprovecha para acercarse y besarlo, pero cuando sus labios se juntan y ella se entrega entera en ese beso, comienza el éxito de la duda a roer los deseos del hombre. Endurece los labios y la aparta con asco. Tendíase en la cama, prendía un cigarrillo y en esa posición, lanzando bocanadas de humo, estábanse hasta que el sol que se filtra por el techo hería sus pupilas. Las risas y los besos, envidia de la Nariz de Coliflor, habían huído de ese rancho. Únicamente en los momentos de obligada unión sexual, esos labios se estrechaban, se mordían y luego repudiábanse.

Solamente las caricias de Estercita, era la suave y armoniosa pausa que acompañaba y distraía la soledad de Rosalía. Las risas y las coqueterías de esa niña, aprendiz de mujer, fluían a ella como alegre riachuelo, calmando su angustia. Estercita pasaba tardes enteras junto a ella, mientras sus padres estan en la cantina, exponiéndose a sabiendas que de ser sorprendida, sería brutalmente castigada.

Ruiz, por su parte, usaba todo su ingenio chispeante para unirlos, pero no encuentra eco.

Una noche, después del cierre del parque, encontró a Pedro, meditabundo, enclavado en un escaño de la plaza del mercado en Antofagasta.

—¿Qué hace aquí, solito y tan calladito...?

Pedro lo miró con desgano, bajó la vista y prosiguió en su soliloquio mudo. Ruiz, sin decir otra palabra, se le sentó al lado. Estiró las piernas. Puso un pie sobre otro. Después levantó la pierna derecha y la puso sobre la rodilla de la izquierda. Miró la suela del zapato levantándolo y metió un dedo en el hoyo que le había causado el trajín. Descordónó el calzado, arregló el cartón que hacía las veces de suela en ese hoyo, y lo volvió a acordonar nuevamente. Volvió a colocar la pierna sobre la rodilla izquierda. Parsimoniosamente sacó un cigarrillo, se lo mandó a los labios de un en-

vión desde la misma cajetilla y ofreció otro a Pedro. Este lo rechazó. Ruiz hizo una mueca de disgusto:

—¡Chítas! ¡Ya ni un cigarrillo recibe de este pobre gallo!

Pedro peló los dientes, dibujó una sonrisa forzada, tomó el cigarrillo y encendió el suyo y luego el de Ruiz.

—¡Lo que es la vida! Se recuerda lo bien que lo pasamos esa semana en Valparaíso...

—¡Mejor es no recordar esos tiempos, cumpa Ruiz...!

—¿Por qué? ¿No me diga que está arrepentido de haber conocido a...?

—¡Recontra!

Ruiz sonrió escéptico y dijo mirando una victoria que se detenía cerca de ellos:

—Sabe una cosa, cumpadre en este país, por donde usted ande se encuentra con un cerro. Igual pasa con los inconformistas, para donde mire se topa con uno. Ese es el mal de los chilenos. ¡Tenemos muchos cerros!

Dió varias chupadas al cigarrillo y de nuevo se ensimismó en los recuerdos de aquella fausta semana. Recordó hasta el color del caballo Pancho Villa y, desde luego, los muslos gruesos y excitantes de la Juanita. Luego se dió una palmada en la rodilla y exclamó:

—¡Bueno, que nosotros andábamos con la cabeza apollada también!... Porque si colocamos ese puestecito de frutas que yo quería abrir en el puerto, esta es la hora que tenemos pura plata. ¡La pura verdad... fuimos unos tontos muy vacas!

—¡La suerte de entonces ya no la volveremos a tener!

—¡La pura verdad...! ¡Eso no nos vuelve a suceder ni para el día del...! Pero, después de todo, yo no estoy arrepentido, he tenido tantas oportunidades de alejarme del London... ¡y de puro!... También pude embarcarme en ese barco años atrás y hacerme marino de frentón... pero las chasconas son mi maldición —luego revolvió los ojos pícaros y dijo chancero y confidencial: —¡Estará quemado, com-

padre Pedro, pero no me va a negar que esa semana lo pasamos a lo príncipe!

—Sí, para que lo vamos a negar...

—¡Vé!... Déjese de andar por las calles como fiambre sin ataúd y vaya donde la Rosalía, que debe estar esperándolo.

Pedro apagó el pequeño resplandor de alegría que le había resucitado Ruiz con sus ocurrencias. Se levantó y caminó, con las manos enfundadas en los bolsillos, cabizbajo. Ruiz lo acompañó en silencio unos metros y después dijo:

—Oiga, compadre, yo no quiero meterme en sus cosas, pero...

—No diga nada, cumpa Ruiz.

Ruiz obedeció y siguió caminando al ritmo de Pedro. Este se detuvo en la puerta de un bar y convidó:

—Pasemos a tomar un trago.

—Gracias... pero...

—¿Qué pasa, le tomó odio al tinto?

—Córtela, pues... es que usted hace tanto tiempo que no le pone... y yo... No me gustaría ser quien...

—¡No sea tonto, ya soy grandecito!... Pase... —Ruiz no obedeció. —Entonces pasaré yo solo. —Pedro abrió un tanto la puerta del bar, volviéndose a Ruiz, preguntó de nuevo: —¿Y, qué hubo, entra?

—Si la cosa es así... ¡entremos, pues!

Abrieron las puertas de vaivén y a sus oídos llegaron las risotadas de los parroquianos; los bulliciosos dados golpeando fuertemente las mesas; la sinfonía de los dominós al revolverse unos contra otros; los estridentes choques de las botellas cerveceras al caer a los cajones y los pedidos a gritos de las muchachas de las mesas. Un velo de humo nublaba la escasa luz del recinto y hacía lagrimear los ojos. Un olor concentrado a fritada y empanadas abofetearon sus narices. Los parroquianos lanzaban juramentos cargados de vilipendios cuando sus contrincantes ganaban, y las niñas de las mesas se defendían con dientes y uñas, de los atrevi-

dos tenorios de cantina.

Con dificultad llegaron hasta una mesa desocupada. Esa noche el establecimiento vaciaba sus botellas y chuicos. Una ninfa del bar, limpió la mesa con un paño grasiento y les preguntó, arreglándose las crenchas:

—¿Qué va a ser el pedido?

—Un tinto.

—Y me lo descorcha aquí mismito —le dijo Ruiz, acariciándole una mano.

—Usted, además de desconfiado, es recontra confianzudo.

—No sea mal hablada, mi hijita... Sólo quiero hacerle ver que usted tiene unas manos de ángel.

—¡Córrete, manilargo! —exclamó la niña de las mesas, sacando violentamente las manos de Ruiz, que comenzaban el recorrido por los lugares más sensibles.

—¡No sea tan esquiva, guachita, mire que “eso” se lo van a comer los gusanos!

—¡“Eso” ya tiene su “gusano”, déjelo tranquilo!

—Es que conmigo lo pasaría mejor.

—¡Todos prometen lo mismo y después se quedan dormidos! —dijo la muchacha y se retiró.

La primera botella fué bebida en silencio. La segunda soltó la lengua de Ruiz, que dijo miles de cosas y hasta intentó cantar una tonada. La tercera fué acompañada por un par de cubiletes y diez dados; y la cuarta botella trajo a Pedro sus antiguos hábitos. Daba fuertes golpes en la mesa con el cubilete y cantaba en alta voz sus triunfos sobre su contrincante. Pero Ruiz, de juego menos aparatoso lo derrotó al final, metiéndole la cuenta de lo pedido. Pedro lanzó lejos los dados de un manotazo. Estos golpearon el rostro de un gigante camionero, bronceado por el sol de la pampa, que estaba cerca. El agredido tomó sus dados y los arrojó a la cara de Pedro, gritando:

—¡Qué no sabes jugar al cacho, que andas con los dados por donde no se usan!

Pedro clavó sus ojos amenazantes en el camionero, sus nervios se pusieron tensos y como un rayo colocó un fuerte golpe en el esternón del contrincante. Este acusó vivamente el golpe, que le revolvió todo el alcohol ingerido y cayó arrastrando consigo la mesa donde jugaba, quebrando botellas y vasos. Pedro paró un puñetazo dirigido en su contra, por un compañero del caído, mientras Ruiz atacaba a fondo a un tercero que entró en la pugna. Los borrachos de las mesas vecinas, al ser molestados por la gresca, también empezaron a distribuir bofetadas a diestra y siniestra. Pedro daba fuertes bofetadas. Odios concentrados durante mucho tiempo guiaban sus puños. Golpeaba con furia criminal. La rifa se generalizó rápidamente. Las botellas, los vasos y las sillas volaban. El dueño del bar y los mozos, silla en mano protegían los espejos del mostrador y daban de silletazos al primer cráneo que se acercase. Ruiz, escudándose con un asiento, logró colocarse de espaldas contra la pared, junto a Pedro, que estaba repartiendo silletazos y puntapiés en la misma posición, y le gritó:

—¡Larguémonos de aquí compadre Pedro, que esto se puso muy feo!

Defendiéndose con los asientos, lograron ganar la calle y escapar. En otro bar fueron a beber los últimos tragos y al romper el alba quedaron botados, como antaño, durmiendo en el patio del London Park.

Desde esa noche, Pedro no se alejó nunca más de los bares y cantinas. Había roto todas las barreras y ahora navegaba en grueso mar de vino tinto. Los bares de los diferentes pueblos que visitaba el parque, fueron testigos de la vinoso garganta sedienta y nunca satisfecha del mecánico de la rueda Chicago.

Rosalía, pasa las noches en vela esperándolo. El, por

lo general, llega a gatas, arrastrando su borrachera. Ella lo desnuda y acuesta pacientemente.

Antofagasta, Tocopilla, María Elena, Pedro de Valdivia, Calama y Chuquicamata fueron testigos durante un año entero, de la fiebre alcohólica que posesiona a ese hombre. Ya estaba tomando ese olor característico de los borrachos consuetudinarios: un olor fuerte, como a cebollas en vinagre. Pero él no se dá cuenta que otra vez pisa el borde del precipicio, de donde lo rescatara Rosalía, y continúa tragando vino, como traga el desierto al pequeño e indefenso riachuelo que pretende llegar hasta al mar.

Ahora no se escuchan los sonoros besos en aquel hogar, que habían dado felicidad y justificación a vivir a ese hombre desesperado, sino los resoplidos soporíferos de un borracho y las lágrimas de una fracasada.

El río Copiapó se llevó las lágrimas de Rosalía el día que cumplió cuatro años junto a Pedro. Ese rancho de madera terciada, límpido como una nube de verano en el pretérito, tornábase lúgubre en el presente. A ese hogar transportable ya le estaba faltando base. Las arenas movedizas de las repriminaciones lo hundían más y más hacia su fondo asfixiante. Los fuertes martillazos de los odios amontonados, lo dislocan de su órbita, llevándolo a la nada. Odios cada vez más grandes, alimentados por extrañas voces y extrañas gentes, odios dichos en voz baja, otros a gritos. Pero, los más duros insultos que alejan a esa pareja, no salen de los labios que antes se besaban con frenesí.

Pronto vióse Rosalía sin ropas, sin zapatos. Los escasos dineros que logra recibir iban a parar a la olla. Hacía meses que su cuerpo no sentía el contacto del perfume.

Pedro se levanta y corre al bar más cercano. Rosalía con un desgano fatalista peinaba sus crenchas. Ese cabello tan cepillado antiguamente al saltar de la cama, ahora sólo conocía el contacto de sucio peine que los desenreda torpemente. Su faz iba tomando ese color café de rostro que

sólo conoce los rayos del sol y el ponchazo del viento.

La casucha tenía el aspecto de sus moradores: mugre y desorden. Ya no era considerada como enemiga por la Nariz de Coliflor, sino más bien otra del redil, tal vez la más desamparada. Y, Estercita, la había abandonado, porque su ejemplo le hacía daño.

Un día, en los espejos de un teatro se miró. En el acto se cubrió la cara de espanto. Esos cuatro años rodando junto a Pedro, la habían mordido en lo más profundo de su femineidad. Comprendió el por qué ya no venían ahora a sus oídos, como antes, ese rosario de piropos y silbidos, cuando caminaba por las noches entre los hombres que se divertían en el parque. Su vanidad de mujer siempre deseada se rebeló a tal indiferencia y ante la imagen de esa haraposa que reflejaban los espejos; huyó despavorida.

Esa noche se vistió con lo más presentable que aún le quedaba y se arregló lo mejor que pudo. A la hora de mayor concurrencia masculina se dirigió al stand de Luis, el lote-ro. Buscó un muchacho joven con quien coquetear. Era imprescindible ganar esa batalla que el espejo vociferaba perdida. Intentó sonreír a un elegante muchacho. Este no le hizo caso y, a su vez, sonrió a una morena de hombros descubiertos que jugaba a su lado. No le parecía una seria contrincante esa morena de gran escote y frunció el entrecejo de ira. Esa noche quería volver al pasado, y, entonces, no ganaba esos desdenes. Se colocó más cerca del joven, pero éste no dio luces de notar la presencia de Rosalía y siguió contemplando, embelesado, a la otra. Terminó la lotería y la morena de hombros desnudos desapareció del brazo de un uniforme de brillantes botones de bronce. Rosalía acercóse ostensiblemente al galán indiferente. Este dió vuelta la cara, la miró divertido de arriba abajo y, tras una pausa burlona, le dijo:

—¿Andas en busca de aventuras, vieja...?

Esa ofensa fué una bofetada en pleno rostro y retroce-

dió unos pasos retorciéndose y gimiendo. El muchacho divertido por esa reacción la siguió riendo unos metros y, finalmente, le lanzó unas monedas a la cara; luego se fué siempre en mofa. Trató de insultarlo, pero su lengua no obedeció. En un segundo el muchacho elegante se perdió entre el público que gritaba su alegría, mientras los altoparlantes reproducían las notas estridentes de unos clarinetes y tambores. Tomó las monedas; con tierra quedaron sus crispadas manos; la tierra resbaló por entre sus dedos en cascada; las arrojó lejos. Se palpó el rostro. ¡Entonces era cierto... los espejos tenían razón! ¡Ay, quién pudiera quebrarlos! Como animal herido fué a esconderse a su cubil.

Al amanecer llegó Pedro, borracho. La sacó a empellones de la cama y se tendió boca abajo. Pacientemente lo dió vuelta y comenzó a desnudarlo, como ya estaba acostumbrada, cuando en la camisa encontró la roja huella de la traición: manchas de colorete y el clásico olor a perfume barato de burdel de baja estofa. Lo despertó para solicitar una explicación y sólo recibió un recio bofetón que la arrojó de bruces al suelo. Gimió largamente mientras Pedro roncaba dificultosamente. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano izquierda y mientras contenía otras lágrimas, fué recordando su encuentro con Pedro, allá en el salón del prostíbulo. El enojo de Doña Rosa al enterarle de su partida. La furia de su madre cuando le presentó a Pedro. La madre estaba furiosa, porque sabía que ella ya no la ayudaría más y tenía toda la razón. Los primeros meses de dicha en el parque; más tarde la terrible lucha por continuar esa felicidad.

Se miró las piernas, estaban fofas. Sus zapatos rotos parecían burlarse a gritos de ella, de esa piltrafa en que se había convertido, de esa pordiosera de vestidos raídos y sucios, de esa meretriz que quiso lavar su condición humillante por amor. Miró a Pedro, roncaba, como chanco en su charca, resollando. Recordó las palabras de éste aquella mañana cuando le pidió que se uniera a él:

“Rosalía, tú no eres mala... Yo te adoro...”

Crispó sus manos y gritó al alcoholizado:

—¡Por qué te creí, desgraciado!... ¡Por qué...! ¡Pero me vengaré! ¡Me vengaré...!

Me vengaré, repetía mordiéndose los labios nerviosa, mientras hacía un atado con los últimos trapos que salvó de ese naufragio.

Limpió los bolsillos de Pedro. Dió una mirada de odio a ese rancho de madera, donde fué tan feliz, y cerró la puerta de un portazo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Tercera Parte



CAPITULO XII

VALPARAISO acogió iracundo a la antigua prostituta que regresaba derrotada. Golpeó su faz con fuerte tormenta y la tierra gredosa de los cerros le embadurnó las piernas. La lluvia la empapaba toda cuando llamó a la puerta de la habitación húmeda e inhóspita de su anciana madre. La vieja abrió la puerta y sorprendida clavó su mirada hostil en aquella imagen parecida a su hija ya olvidada. Rosalía, con vaga expresión esperó que la haraposa se dignase invitarla a pasar. Los relámpagos rasgan el cielo y los árboles lloran bajo el azote de la enfurecida naturaleza, mientras las mujeres se miraban de hito en hito; una suplicante; la otra desconcertada. La cabellera de Rosalía, cual follaje de sauce, servía de canalón a las aguas que bajaban de su cráneo, inundando cejas y pestañas.

La canosa, hizo un leve movimiento de cabeza en son de bienvenida y dejó la puerta franca, la mendicante traspuso la puerta y se quedó sin decir palabra. La madre sopló el escuálido fuego que moría en un roñoso brasero, preparó un mate y lo chupó. Levantando los ojos enfocó nuevamente a su hija y dijo, por entre un colmillo de su escasa dentadura:

—¡Yo te lo dije, ese hombre no te convenia, pero como vos andabas antojada...!

—Sí, mamá...

—¡Sí, mamá! —remedó— ¡Todos los jetones de mis hijos nunca me han hecho caso y después se les hincha el hocico diciendo que yo soy mala madre!... ¿Qué haces ahí parada como una tonta?... Siéntate y toma un mate. ¿Quieres un pedazo de queso caliente?... ¿Y, ahora, qué vas a hacer?... ¡Yo no tengo plata!... ¿Qué pasó con él?... Sí, yo lo sabía... lo calé desde el primer momento... ¿Y, qué piensas hacer? Yo no tengo plata, la gente cada día da menos. ¡Tengo callos en los dedos de tanto apretar timbres! Dan pedazos de pan duro, plata ni pensarlo. ¡Así es que no tengo un cinco!... Come queso caliente...

—No tengo hambre... sólo quiero dormir.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé...

—¡Sigues mejor...!

—¿Puedo acostarme...? Necesito descansar, hace una semana que vengo viajando...

La anciana asintió con leve movimiento de cabeza. Al otro día no sintió deseos de levantarse y con su madre mandó buscar a Juanita. La morena entró tapándose las narices, por ese largo, sucio y estrecho conventillo. Al ver a su amiga, exclamó horrorizada:

—¡Cómo puedes dormir en esta mugre!

—¡Cosas de la vida! —respondió fatalista.

—¿Qué haces aquí...? Cuando me lo dijo tu madre no lo creí... ¿Dónde está tu gran amor?... ¿Se murió, o le diste la patada?

—¡No quiero ni recordar su nombre!

—Yo te lo previne, pero tu andabas babosa por ese muerto de hambre... ¡En fin, chiquilla, de qué nos quejamos cuando todas somos iguales!... ¡Menos mal que yo...!

—Juanita dió tres supersticiosos golpes en la mesa— ¡...imagínate las que habría pasado con ese tunante de... de...

¿Cómo se llamaba el patiperro?

—Ruiz.

—Eso es, Ruiz.

—Un buen hombre.

—Es un tunante... sólo lo soportaría con mucha plata. Juanita se sentó en la cama junto a su amiga, cuidando de no ensuciar ni arrugar su regio tapado. Arregló, con su acostumbrada coquetería, sus bien cuidados y sedosos cabellos. Posó sus ojos en Rosalía y después de pestañear dos o tres veces y limpiarse el lagrimal derecho, en el cual se había introducido cosmético edurecido por el aire, preguntó:

—¿Y, bien, Rosalía, qué quieres de mí?

—Que me prestes unos vestidos y maquillaje. Tengo que volver a trabajar inmediatamente.

—¡Pero si estás cadavérica, mujer! ¿Quién va a querer estar un momento contigo?

—¡Necesito trabajar! Espero que doña Rosa me vuelva a dar trabajo, pero no puedo presentarme en esta traza. ¡Mira mis vestidos, estoy fregada! ¡Estoy fregada, entiendes, y tienes que ayudarme, por favor, no me falles tú, ahora!

—Te entiendo perfectamente, pero aunque te vistas de oro y te pintes hasta la canal maestra, ella no te dejará entrar a su casa. Recuerda que la dejaste botada y tú tenías muy buenos clientes, que no volvieron nunca más.

—¿Y qué puedo hacer?... Juana, nosotras éramos buenas amigas, ¿recuerdas? Tienes que ayudarme a salir de este hoyo. ¡Estoy fregada! ¿Entiendes?

—Por supuesto que te entiendo y te ayudaré. Pero, no cuentas con volver a trabajar donde la vieja Rosa, ella está indignada contigo. ¿Qué podemos hacer?... —la mujer hizo un recorrido mental de las posibilidades de socorrerla, morcontrar una solución y exclamó—: ¡Ya está!... Eso es lo diéndose una uña; movió significativamente las cejas al mejorar... claro, así... Mira, mañana mismo te vas conmigo a la parcela de Don Carlos, en Quilpué. El es cliente mío.

y por lo demás un caballero en toda la extensión de la palabra. Te pasas unas cinco semanas comiendo como vaca y viviendo entre ellas. Eso es lo que te hace falta. Mientras tú estás en Quilpué reponiéndote yo hablaré con la Olga para que te dé una pieza... ¿Te acuerdas de Olga, me imagino? Es esa morena que trabajaba tres casas más arriba de la nuestra. Pues bien, fijate que a poco de irte tú, se acostó una noche con un polaco, que tiene una carnicería aquí en el puerto y al gringo le gustó tanto la Olga, que se la tomó por su cuenta. Hace tres meses la instaló con una casa en el cerro Playa Ancha. ¡Vieras que le va bien! La Olga sólo se acuesta con el polaco, claro está, porque dice, además, que con el rucio le basta y le sobra. Claro que la clientela no es tan selecta como donde la Rosa, pero en cambio, van muchos marineros extranjeros; las chiquillas venden mucha mercadería de contrabando y nadan en dólares. También Olga da un porcentaje sobre el consumo y como los marineros beben whisky a destajo, el negocio es redondo. ¡Claro que hay que soportar uno que otro negro! Pero te aseguro, es una buena pega. Las cabras de la Olga se están hinchando de plata.

Las primeras noches en esa parcela de Quilpué, fueron espantosas para Rosalía. Los gritos de los pájaros nocturnos le inquietaban supersticiosamente. El croar con sus altos y bajos, pianísimos y fortísimos, la desvelan y al amanecer cuando ya la vence el sueño, maldecía la alegre sinfonía de los pájaros que no la dejaban cerrar los párpados. Largos paseos por los sembrados y tardes enteras acostada en el pasto, sin pensar, sin mover un dedo, los ojos más allá de las nubes; otras dormitando, trajeron por fin el tan ansiado alivio nervioso. Las gruesas comidas, preparadas especialmente para ella, reconfortaron su cuerpo marchito y repusieron las grasas perdidas, que la volvieron a embellecer.

A la sexta semana fue a buscarla Juanita y quedó admirada de los progresos de su protegida. Rosalía esa misma noche hizo su entrada triunfal en el salón de Olga y desde

el primer momento volvió a ser la preferida de los mejores clientes, y nadie sospecharía las peripecias que hace poco afrontaba.

Pedro, por su parte, los primeros días de su obligado divorcio, sintió un gran alivio y cuando las miradas de sus compinches de cantina lo interrogaban, decía justificándose:

—¡La eché a patadas a la tonta getona! Quería mandarme. ¡Y a mí no me manda nadie, menos una puta!

Mas, a medida que pasa el tiempo el hombre se siente solo y empezó a sufrir de añoranza. Anda taciturno, por bares, calles y prostíbulos. De ese estado pasó al llorón. Lloroso caminaba por entre las gentes que se divertían en el iluminado London Park. Cada stand le recuerda las risas y las caricias de su mujer. La rueda Chicago, con sus múltiples ampolletas coloreadas, mofábase de sus cuitas en cada vuelta. Tenía, ahora, una excusa más que justificada para embriagarse y abusa de su desgracia. Lleva a su rancho amigos de farras y les cuenta con lágrimas en los ojos su tragedia.

—¡Rosalía es una mala mujer! ¡Conmigo no le faltaba nada! Mire aquí están los tarros en que guarda el arroz, el azúcar, el café. Mire la botella del aceite... todavía está llena... los tarros siempre estaban llenos, hasta los topes, con el arroz, la azúcar, el café... ¡Llenos, pues! Yo no hablo por hablar no más. Mi cumpa Ruiz puede dejarme de mentiroso si no es verdad. Carne no compraba por kilos, porque se echa a perder... Y me dejó botado la muy perra. Y me dejó de pura mala que es. Miren que largarse porque andaba con mis compañeros tomando unos tragos. ¡Con mis compañeros, pues, que son mis hermanos...!

Ruiz le había tomado fastidio, por sus continuas lamentaciones y reproches contra la fugitiva, pero no podía abandonarlo. Siempre que Pedro comenzaba con su jeremiada, calábase las antiparras y le decía en son de chanza para consolarlo:

—No se preocupe, compadre, ya encontrará otra mejor. Total a usted le llueven las mujeres encachadas.

—¡No quiero tener en mi rancho a ninguna mal agradecida! Traje una y ya ve como me pagó.

Así pasaron los meses y Pedro seguía bebiendo y lamentándose. El London Park llegó nuevamente hasta la capital y elevó su iluminada rueda Chicago, para alegría de los niños santiaguinos.

Todos los trabajadores siguieron haciendo las mismas cosas que habían hecho siempre, sólo dos personas desertaron: Estercita y don Ricardo.

Estercita ya pisa los quince años y en ella brota fuertemente la femineidad. Sus ropas sucias y andrajosas no cuadran con su nuevo estado y ansía trabajar para tener dinero. Dinero que le permitiese comprar ropas y afeites. Adornos para sentirse admirada por los hombres, recibir abrazos y besos apasionados, como en las películas, admiradores que ofrecen lujosos departamentos y un auto largo. Para eso había que trabajar. Pero, ¿trabajar en qué? Recorrió la bulliciosa ciudad. Había muchas cosas en que ganar un poco de dinero. En el mercado, en las fábricas, de doméstica en las casas elegantes. Pero no tuvo mucho tiempo para elegir, pues una noche de borrachera de la Nariz de Coliflor, huyó para salvar el pellejo.

Durmió en un escaño del Parque Forestal y la despertaron los rayos del sol en su nuca. Caminó por la ciudad; nadie se fijó en ella. Por la noche se encontró en el centro, guiada por las flores del capitalismo: los rutilantes avisos luminosos, dando vueltas alrededor de ellos, como las mariposas nocturnas. A la salida de un teatro se encontró con unas muchachas de su edad y menores aún, que casi a la fuerza encajaban minúsculos ramilletes de flores a cada mujer que iba del brazo de un hombre elegante. Las vio trabajar y comprendió que eso podía hacerlo. Rápidamente trabajó amistad con una de ellas. Esta la acogió sin reparo y luego, convidóle un pan. Horas después Estercita ayudaba a

su nueva amiga a vender flores. Al amanecer terminaron en un café bebiendo leche, y comiendo sandwiches. Después caminaron unas quince cuerdas y en un conventillo de la calle San Pablo hicieron alto. En una pieza tapiada de jergones, durmieron. Esa pieza era de una mujer que les suministraba las flores, madre de una de esas violeteras. Al atardecer del día siguiente fue presentada a esa gorda mujer. La amiga de Estercita solicitó un crédito para ella y la explotadora aceptó, bajo la responsabilidad de quien lo tramitaba.

Estercita vendió en teatros y cafés violetas y hermosas rosas. Pero no paró allí. Hizo una nueva e importante amistad: una revendedora de números de la lotería, que le ofreció un rincón en su habitación y material del suyo para que lo vendiese.

Estercita tenía unos ojos grandes, negros, vivaces, que los hacía trabajar a las mil maravillas, frente a los hombres en los bares, a los cuales prometía, con la mejor de sus sonrisas, que ese número era el premiado. Pronto se transformó en consumada revendedora y pudo comprar zapatos y vestidos. Y con vestidos y calzados nuevos, más la primavera que brotaba en los árboles y en su columna vertebral, llegó el amor. Un muchacho, gran bailarín, y más grande copón de pelo engominado, la hizo entrar por la senda de la mujer. Tres meses fue nube rosada, flor blanca, fresca, hembra.

Pero un día el muchacho de gran copón engominado desapareció y Estercita se consumió de pena. Su amiga, que ya había pasado lo suyo, encontró las palabras justas para explicarle su teoría sobre el amor. Estercita no concordó con ella del todo, pero recordando la tragedia de Rosalía y la terrible amargura de su madre, endureció las mandíbulas y dijo a su amiga:

—Esta misma noche vuelvo a trabajar. ¡Yo no seré otra Rosalía ni pasaré el hambre de mi madre...! ¡Te lo juro!

Los motivos por los cuales se alejó don Ricardo del Lon-

don Park fueron muy otros. El viejo cargado de fantasmas, de achaques y soledad, terminó sus días en una sala común de hospital.

Nadie lo visitó antes de morir y nadie reclamó su cadáver. No hubo para él funeral, ni flores, ni llantos, ni postrer despedida.

En el London Park nadie se preocupó por ellos. Don Eustaquio pagaba a los presentes y cubría los puestos vacantes. El sistema era como lo había dicho don Ricardo: allí nadie preguntaba de dónde se venía y adónde se iba. ¡Total, nadie que trabajase en ese parque tenía algún porvenir económico o social! Eso lo sabían muy bien Pedro y Ruiz y el único futuro para ellos era encontrarse todas las noches frente a unas cuantas botellas de vino. Y en una gran ciudad como Santiago eran muchos los bares y por cientos en los más apartados barrios.

Una noche bebieron más de lo acostumbrado y esta vez estaban muy lejos del parque. En la calle quedaron botados durmiendo. Al amanecer despertaron tiritando. Junto a ellos, a escasos centímetros de sus cabezas, había estacionado un camión.

—¿Dónde diablos estaremos, cumpa Ruiz?

Un hombre alto y macizo, con chaqueta de cuero color café, subió a la cabina del camión y puso el motor en marcha. Ruiz se acercó hasta la ventanilla y preguntó:

—Disculpe, amigo... ¿me puede decir en qué barrio estamos?

—En Macul.

—Oiga, ¿usted va a pasar por el Parque Forestal? —El chofer miró desconfiado a los compadres. Ruiz dijo: —No nos mire así, amigo, que somos trabajadores honrados. Mire mis manos, tengo callos hasta en las coyunturas. Trabajamos en el London Park... ese que está en el Parque Forestal. —Ruiz sonrió dando una explicación ante el servicio pedido—. Anoche nos pegamos una farra acaballada y aquí mismo la dormimos... Y como estamos secos... Hágalos est

favorcito, amigo. ¡Total, a usted no le cuesta nada, si es que va por esos lados, y si no, hemos perdido lo hablado, no más! ¿No es cierto?

El hombre de la chaqueta de cuero, animado por la simpatía de Ruiz, abrió la puerta y dijo amistoso:

—Precisamente, tengo que pasar por ese sitio, suban.

La mañana era fresca y el aire que se introducía a la cabina los despejó del todo. Ruiz miró por el vidrio trasero de la cabina la carga del camión y por decir algo, preguntó:

—¿Para dónde lleva esas lindas cebollas?

—A Valparaíso.

—¿Y para dónde las embarcan? —continuó preguntando Ruiz, como para dar a entender que al interesarse por la carga, era una manera de pagar el favor que les hacía ese extraño.

—¡Para Inglaterra van las hediondas! —respondió el camionero, siguiendo una conversación que no le interesaba en absoluto.

Pedro, al escuchar la palabra "Valparaíso" levantó una ceja, prendió un cigarrillo y lo estrujó en sus dedos con furia. El cigarrillo reemplaza el cuello de Rosalía.

Para Ruiz, la palabra "Valparaíso" tuvo el encanto de recordar rapidísimamente esa semana tan añorada. Miró a Pedro y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo que no vamos por esos lados...? ¿Van más de cuatro años, no?— Pedro no respondió, no quería decir lo que sus manos hacían. Ruiz ligero de pensamiento y decisiones, preguntó de improviso al hombre del volante:

—Oiga, amigo, ¿usted tiene pionetas?

—¿Por qué?

—Porque si no tiene pionetas, mi caballero, yo le ayudaría a descargar estas cebollitas en los muelles del puerto. ¡Tengo unas ganas de darme una vueltecita con Pancho! Y creo que mi compadre Pedro, aquí presente, también estaría contento de ir, ¿verdad compadre?

—¡Bueno sería! —dijo Pedro, con tono cansino, para no

delatar sus ansias de estar en esa ciudad, donde sospechaba que estaría la prófuga.

—Pero ustedes, ¿no tienen trabajo que atender?

—Sí, pero un par de días de vacaciones no nos harían nada de mal y el patrón no por eso nos va a quitar la pega.

El chofer meditó unos segundos, y luego dijo:

—Yo tengo pionetas, pero anoche parece que se emborracharon y si es así, todavía deben estar durmiendo. Me aburrí que los preciosos se levantaran y partí... allá encontraré pionetas. Claro que si ustedes desean turístiar, y como no me gusta andar solo, pueden ir conmigo. Yo les pagaré lo mismo que a ellos y mañana estaremos de vuelta... ¿Les gusta el trato?

—De acuerdo —dijo Pedro, sin demostrar su entusiasmo.

—¡No diga más, amigo! —saltó Ruiz— y ¡métale fierro, hasta que nos caigamos en el Pacífico!

CAPITULO XIII

AL MEDIODIA llegaron a Valparaíso y sobre la marcha descargaron. Después almorzaron y tras el descanso reglamentario, entraron nuevamente en la aduana y cargaron una partida de máquinas de coser, con destino a Santiago. Mientras el chofer estaba en la oficina, Ruiz y Pedro, sentados en el camión, miraban el mar... A Ruiz le entró toda la nostalgia. Nostalgia de los puertos lejanos y las miles de mujeres de todas las estaturas, kilos y colores que no conocía y deseaba ver y palpar. Pedro lo observó durante unos minutos y luego, palmoteándole el hombro, le dijo:

—¿Y por qué no se queda aquí, cumpa, y le hace empeño a embarcarse? Usted nació para marino.

—Es difícil la cosa.

—¡El que no se atreve, no la desnuda!

—Tiene razón, cumpa...

—¡Oigan, amigos! —interrumpió el chofer llegando hasta ellos—. Estoy listo. ¿Quieren ir arriba o en la cabina?

Ruiz miró a Pedro. Este le guiñó alentándole a seguir su decisión.

—Amigo —dijo Ruiz—, usted ha sido rebuena gente con nosotros y esperamos que lo siga siendo.

—¿Qué desean?

—Usted nos va a perdonar, amigazo, pero nosotros nos quedamos aquí. Allá en Santiago encontrará más de algún ñato sin pega, que le ayude a descargar estas máquinas, y a lo mejor sus pionetas ya han arreglado el cuerpo. Nosotros necesitamos quedarnos aquí.

—¿Quieren seguir de turistas?

—No, no es eso.

—¿Y para qué desean quedarse aquí?

—¿Sabe, amigo? yo quiero ser marino... y voy a probar suerte... a ver si puedo embarcarme en algún barco.

—¡Y yo también! —agregó Pedro.

—¿Usted también quiere ser managuá, compadre Pedro?

—Hasta ahora me ha ido mal en tierra firme, a lo mejor me cambia la suerte mar adentro.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Si ustedes quieren quedarse aquí, la cosa no tiene remedio. Ahora que si me hacen un pequeño favor, yo les puedo hacer otro más grande.

—¿De qué se trata? —preguntó Ruiz esperanzado.

—Vamos a cargar unos sacos de azúcar a la refinería de Viña del Mar y terminado eso, yo los llevo donde el capitán Ramírez. El es un viejo amigo. Capitán de un barco de carga y pasajeros que hace viajes a Punta Arenas. Claro que la cosa no va a ser muy fácil... ustedes saben que el sindicato... Bueno, con probar no se pierde nada, ¿verdad?

—Yo sé pintar y entiendo algo de mecánica. Mi compadre Pedro sabe trabajar con los tornos... ¡Así es que, no vamos a andar dando bote en el barco!

—Vamos entonces. Es posible que el sindicato no ponga muchos obstáculos. ¡Suban! Hay que ir inmediatamente a cargar el azúcar, antes que cierren las bodegas. Yo parto a las dos de la mañana para irme con la fresquita, así es que tenemos mucho tiempo para hablar con el capitán Ramírez, que para suerte de ustedes se encuentra en estos momentos.

en Valparaíso—. Ruiz quiso agradecer tan espontánea ayuda, pero el chofer lo detuvo diciéndole: —¡No me lo agradezca, los camioneros somos así, siempre que podemos, ayudamos, porque con nosotros hacen lo mismo, cuando quedamos botados en los caminos!

A Ruiz, ese día, se le abrían todas las puertas, y le llegó su oportunidad tan deseada. Su simpatía, el calor humano que trasuntaba su presencia y el modo de pedir las cosas ganó el afecto del viejo capitán. Este al otro día consiguió un pase del sindicato para un novicio y ese puesto se lo ofreció a Ruiz. Pudo bregar por otro para Pedro, pero no vio en éste la disposición necesaria. Ruiz no aceptó el puesto sin su compadre como compañero. Pedro lo llevó a un rincón y le dijo:

—¡Déjese de tonterías, cumpa, y embárguese!

—¡Pero es que...!

—No sea porfiado y hágame caso, señor.

—Pero, es que siempre hemos andado juntos, en la buena y en la mala.

—¡Estando usted metido en el sindicato, ya me conseguirá algo para mí!

—Pero, ¿qué va a hacer usted mientras tanto?

—Ya me las arreglaré. Puedo trabajar en cualquier cosa en el puerto, hasta que me enchufes en el barco.

—¡Bueno, dejémoslo así entonces!

—Es lo más cuerdo, pues. Acepte y lo voy a dejar al buque.

La sirena del barco hirió por última vez las quebradas de los cerros porteños y la nave se desprendió del muelle en busca de alta mar. Ruiz estaba a bordo debido al celo de Pedro, pues durante las últimas diez horas que tuvieron que esperar para el zarpe, no le permitió beber una sola gota de licor.

Pedro, en el muelle, con las manos en alto, despedía a su inseparable "cumpa" Ruiz en la barandilla de popa, le respondía los adioses. Cuando la gente que se había queda-

do junto a los rieles del muelle, parecían hormigas a la distancia, Ruiz se ajustó sus queridas antiparras italianas, último recuerdo que lo seguía uniendo a Pedro y se dirigió al camarote a colocarse su vestimenta de marinero pintor a bordo. Sentía una leve e infinita tristeza, pero al mismo tiempo una gran alegría, porque al fin se encontraba en el mar.

Pedro, con las manos en los bolsillos, se alejó del muelle a paso lento y se internó por los vericuetos de los cerros. Su estado de ánimo era muy diferente al de Ruiz y decidió actuar.

Llegó hasta el conventillo donde vivía la madre de Rosalía y llamó a la puerta. Una mujer joven le abrió y a la pregunta de Pedro dijo:

—¡No conozco a esa señora! Hace dos meses que vivo aquí.

—¿No sabe dónde se cambió la antigua arrendataria?

—No.

—¡Ha sabido hacer las cosas! —murmuró el hombre.

Miró intensamente los ojos de la joven mujer, que lo observaba desconcertada, para ver si estaba mintiendo, y se retiró.

Estuvo el resto de la tarde escondido detrás de un frondoso árbol a escasos metros de la casa de doña Rosa, pero no vio salir ni entrar a Rosalía. Sólo reconoció a la dueña de casa que llegó con unos hombres, en un auto de alquiler.

Cuando el farol pintaba en el pavimento la copiosa sombra de la acacia donde acecha Pedro, salió la antigua empleada doméstica. Al pasar junto a él, le cortó el paso. La mujer quedó muda de espanto frente a ese hombre sucio, barbón, de faz peligrosa, que le preguntó áspero:

—¡Dígame, señora! ¿Está en esa casa la Rosalía?

—¿Quién es usted, señor? —preguntó tartamudeando la doméstica.

—¿No me reconoce? —preguntó con rabia.

—¡No! —exclamó la vieja, al borde del llanto.

—¡Soy Pedro, pues, el que se llevó a la Rosalía hace más de cuatro años. ¿No recuerda que yo le daba buenas propinas?

—¡Ah! —exclamó suspirando de alivio—. ¡Sí!... ahora lo recuerdo, joven... ¿Cómo está la señorita Rosalía?

—No sé... me dejó hace varios meses y ando buscándola. ¿No la ha visto, entonces?

—No.

Supuso que debido al susto que le propinó a la vieja y a la manera cortante y dura que la había interrogado, ésta decía la verdad. Emitió un sonido gutural que bien podía decir: gracias, y se marchó perdiéndose entre los claroscuros, que daban a esa calle, las luces de los faroles, metidos entre los árboles.

CAPITULO XIV

PEDRO perdió toda esperanza de encontrar a Rosalía, después de una semana de infructuosa búsqueda por diferentes prostíbulos de esa ciudad. Volvió al London Park pensando que alguna vez el parque llegaría al pueblo donde estuviese ella y entonces arreglarían cuenta. Ahora cargaba un puñal, que todas las noches lo afilaba maldiciéndola. Varios tajos se había hecho en las manos para probar la eficacia del acero. Aquellas heridas eran leves, pero el hombre encontró un malsano placer en ver brotar la sangre, por las huellas que deja la hoja al introducirse en la piel.

No la encontró, porque Rosalía al ser informada por Juanita, la cual lo supo a su vez por relato de la vieja doméstica, huyó, temerosa del castigo, a refugiarse en la parcela de Quilpué.

Un mes después, creyendo que Pedro la había olvidado, se entregó nuevamente a su oficio sin reserva alguna. Otra vez brillaba con gran esplendor en el salón, brindando sus caricias a destajo, a cambio de abundantes dólares, a los marinos.

Más, a pesar que recordaba con odio al London Park y su gente, siempre se llenaban de lágrimas sus ojos, cuando veía llegar al puerto a esos gitanos, con sus parques de entretenimientos. Desde lejos las iluminadas ruedas Chicago, le traían al presente, los momentos felices que pasó junto a una de ellas. Se mordía los labios de amor y rencor, cuando recordaba que en la cima de una de ellas, muchas veces besó apasionada.

Ruiz hizo varios viajes al Sur y al Norte del país, convirtiéndose en un experimentado marino. Ya se había acostumbrado a las bravatas del mar grueso y ahora sentíase más en ambiente arriba de un barco, que pisando tierra firme. Siempre que recalaba en Valparaíso busca, sin éxito, a Pedro. Poco a poco comprendió, cual había sido el empeño de su inseparable compañero en dejarlo partir.

Hizo varias visitas a Juanita para indagar qué sabía de ellos. La morena se excusaba de no saber informarle y en cambio lo atendía mimosa. Entendió que la morena le mentía, pero no pudo seguir sus pesquisas, ya que por esos días le ofrecieron una magnífica contrata, para navegar al Japón. Sentía mucho lo que podía pasarle a esa pareja tan querida por él, pero no disponía de tiempo para encontrarlos y evitar la tragedia que barruntaba.

Ruiz estuvo aquella noche, la víspera de su partida al Japón, tirado sobre su cama sin pegar los ojos. Abrió la ventana y miró el puerto. ¿Dónde estaría Pedro? ¿Dónde Rosalía? ¿En qué lugar de esa selva de brillantes ampollitas estarían? Luego cerró los ojos y se imaginó otra vez trabajando en el London Park. Un segundo después los abrió brúscamente. Tomó su chaqueta y se fue a dormir en su camarote.

London Park siguió rodando de pueblo en pueblo, hasta que a fines de un mes de Diciembre se detuvo una vez más en Valparaíso. Allí estaría con su luminosa rueda Chicago, sus rifles, sus chocolates, su miseria humana y los insultos de don Eustaquio, por sesenta días.

Pedro, esa noche de Navidad, se desocupó temprano y empezó su cotidiano recorrido de bares y cantinas.

Rosalía no trabajó esa noche. En Navidad se descansa decretó la dueña del prostíbulo. Por lo tanto Olga, la patrona, preparó una fiesta para estrenar su nuevo departamento que había comprado en el Cerro Castillo. Era un lujo exuberante para ella y mal visto por todos los vecinos que se enteraron de la profesión de ésta. Pero como no lo dedicó a su negocio y tenía dinero para comprarlo, nadie pudo oponerse. Y esa noche de Navidad lo rociaría de champaña junto a un grupo selecto de amistades y con su polaco, por supuesto. A las dos de la mañana faltaron cigarrillos, Olga, Rosalía y dos mujeres más, bajaron a la costanera a comprarlos. Los hombres querían bajar, pero las mujeres no lo permitieron. En realidad ya habían estado muchas horas en ese estrecho departamento y el ir a los cigarrillos era una pausa necesaria, mientras los hombres descansaban y hablaban de negocios y política, que una y otra cosa se complementan y cada uno saca la mejor parte, según sepa aprovechar y claro está, ésto daba para más de una acalorada discusión.

Pedro ya había visitado varias cantinas y bares, donde los marineros chilenos, sin familiares en Valparaíso, y los negros y rubios mataban el tedio; los chilenos con vino tinto y los otros con Whisky. Su cabeza acusaba vivamente el alcohol ingerido, al no dar una réplica exacta del mundo exterior, cuando se encontró con la alegre comitiva que comandaba la pintorrojeada dueña del lenocinio.

Rosalía palideció al encontrarse frente a frente a él. Pedro, por entre una espesa maraña alcohólica, la reconoció. Quedó clavado, con un pie en la cuneta y el otro en la calzada, bajo la mancha de luz que arrojaba un farol de la costanera. Por un segundo creyó estar alucinado, sólo el ruido persistente del mar rechaza tal pensamiento. El haz de luz recorta las sombras inmóviles de Pedro y Rosalía:

—¿Qué pasa Rosalía?... ¿Por qué miras como tonta a este borracho? —preguntó Olga.

—¡Debe ser un antiguo amor! comentó maligna una de la comitiva.

—¡El gustito que se gasta la tonta! —exclamó la otra acompañante y todas rieron de buenas ganas.

Las carcajadas retumbaron en las rocas cercanas y se fueron apagando paulatinamente y sólo quedó el eterno rugir del mar. Pedro y Rosalía seguían mirándose amenazantes. La tal Olga, que había dado cabida en su negocio a Rosalía y que nada sabía de la vida anterior de ésta, entendió, por lo menos, que el momento era difícil para la mejor exponente de su mercado. La tomó de un brazo y la aconsejó:

—Vamos Rosalía... no me gusta nada este hombre.

Rosalía no se dio por enterada. Estaba pendiente de los ojos de Pedro, de cuyas pupilas parecía desbordarse el mar.

—Recuerda que don Carlos, fue especialmente a la parcela para traernos duraznos pelados —insistió Olga— ¡Yo no pienso quedarme aquí toda la noche esperando como tonta, que te libres de "éste"! —Olga estrujó su cartera de fiesta entre sus manos nerviosas—. ¿Olvidas que tenemos que ir a comprar los cigarrillos? ¿Que los hombres nos están esperando?

Rosalía continuaba enmudecida enfrentando a Pedro. Para ella el mundo exterior había desaparecido. En esos momentos sólo existía la tremenda lucha entre el amor y el odio.

—¡Al diablo! —Hace lo que quieras! —concluyó fastidiada Olga.

—¡Vamos chiquillas, que me apretan mucho estos zapatos! —dijo otra con tono lastimoso.

—Está bien que te pase, por tonta... ¿Cómo se te ocurre salir a la calle con ellos, si son tan duros y acabas de comprarlos? —la reprendió la otra.

—¡Al diablo, no pienso quedarme aquí toda la noche es-

perándote! —exclamó Olga, vivamente disgustada. —Si no quieres venir con nosotras, te dejamos, pero recuerda que mañana hay que atender el negocio... ¡Recuerda que tienes citado a don Esteban a las seis de la tarde y el anciano paga bien!... ¡Si te deshaces de este "acaudalado" anda al departamento!... ¡Vamos chiquillas...!

Las mujeres partieron en caravana de mofa en contra de Rosalía y su inesperado amante.

Los ojos de ambos seguían desafiantes. Pedro lentamente se fue acercando a Rosalía, como atraído por fuerza magnética. Rosalía estaba poseída. Sentía de nuevo la presencia de aquel torbellino mareador, que adivinó en los ojos de Pedro, aquel día, allá en el Norte, donde empezó toda la tragedia. Mientras Pedro avanzaba, en el cerebro de ella bullían sentimientos contradictorios, de amor, de odio, de compasión hacia él, y hacia ella. Mas, en Pedro el odio gana terreno, tomando posesión de todo ese hombre y lo guió a la venganza sórdida. En Rosalía ganó el amor y sus ojos se transformaron en dos mundos de ternura. Pero, mientras más cerca sentía el aliento entrecortado de él, más comprendía que su fin estaba próximo. Empero, ella era todo ternura. Esa ternura, ese amor infinito confía derrotar el odio. Pedro la acinturó con la siniestra, apégandola a su cuerpo. Fue un abrazo lento, que se fue cerrando como círculo de hierro. La diestra del hombre, buscó en el bolsillo tracero del pantalón y empuñó la daga. Aproximó sus labios a los labios de su mujer. Un beso largo; desesperado. Enterró los dientes en esa boca que tanto se había vendido, hasta sentir el calor de la sangre que brota. Rosalía lo besa anhelante, el momento era crítico, lo abrazó fuertemente, había que ganar la batalla con besos, con abrazos, con sangre. Pero, cerró los ojos como si se arrojase a un precipicio, cuando sintió entrar en sus pulmones el acero. Pedro descargó, dos, tres puñaladas, ciego de rencor. Rosalía se queja tenuemente por cada puñalada recibida, luego fue cayendo a los pies de su amante.

Pedro había vengado su vanidad. Se incó junto a ella moribunda, la besó, la acarició.

Unos minutos estuvo besándola y reprendiéndola por la fuga. Dijo frases inconexas. Después le pareció que el cadáver respira. Crispó las manos y gritó ahogado:

—¡Todavía está viva!

La levantó en sus brazos. Su furia iba en aumento al creer frustrada su venganza y gritó enloquecido, en esa costanera solitaria:

—¡Todavía está viva!... Todavía está viva!

Se acercó a las gruesas rejas de la costanera que lo separa de un acantilado y la arroja al mar violentamente. Su boca está babosa de blanca espuma colérica y bociquera transtornado:

—¡Muérete!... ¡Muérete por traidora!

No contento con esto bajó la playa, para completar su sangrienta tarea. Corría dando traspies por la arena. Su traje chorreaba sangre de su víctima y en sus oídos reventaba, sarcásticamente, la risa de Rosalía. Aquella misma risa que tanto le gustó años atrás. No pudo avanzar y cayó a pocos metros del acantilado, gritando:

—¡No te rías de mí! ¡No te rías! ¡Tengo que matarte! ¡Tenemos que saltar por los aires, cuando prenda la mecha de la dinamita!

Las olas rompían estrepitosamente contra el acantilado y el ruido era devuelto mar adentro, como protesta milenaria. La gorda Luna blanca de Navidad ilumina a lo largo esa playa y en trocitos se despedaza en los charcos de agua salada.

Pedro se levantó y caminó unos metros. Las olas deshacían las huellas que dejaban los pesados y lentos pasos del hombre. Se detuvo, cambio rumbo y en la arena seca se desplomó. Diose vuelta y quedó cara a las estrellas. Todo había pasado ya. Sólo el viento era testigo, el pelo revuelto, de las manos lacias, de la cara pálida, de los ojos enrojecidos, de todo ese cuerpo que no quería vivir. Los

ojos de Pedro siguieron tontamente el ir y venir de las olas. Sus sentimientos viajaban en el lomo de ellas. Más allá, en el horizonte, se dibujaba el rostro de Rosalía. Pedro se levantó, dio dos pasos y gritó con las manos crispadas.

—¡No te arranques!... ¡No te arranques!

El rostro de Rosalía se fue disolviendo burlescamente entre una nube blanca. Pedro lentamente fue cayendo y gimiendo:

—¡No te arranques!... ¡No te arranques!

Sus rodillas se incrustaron en la arena mojada, como madero solitario en la playa. Pasaron los minutos, lentos, como dormidos en la esfera del tiempo. Después volvió a mirar las olas espumosas, que al romperse contra la playa repetían la risa blanca de Rosalía.

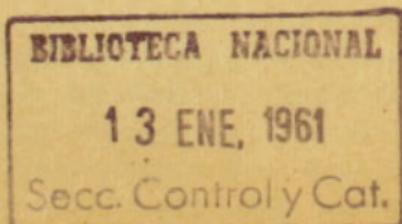
Levantó la vista hacia el horizonte del mar. De nuevo está su amante y ahora le estira los brazos llamándolo tiernamente:

—¡Ven Pedro... ven!

Pedro reúne el resto de fuerzas que aún le quedan y se interna en el mar gritando, entre olas que lo atenazan con un abrazo fuerte y helado:

—¡No te arranques Rosalía.....!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA



“LOS AMANTES DEL
LONDON PARK”

por Luis Cornejo G.

se terminó de imprimir el día
veintitrés de Diciembre de mil
novecientos sesenta, en los Talle-
res de Arancibia Hermanos, Co-
ronel Alvarado 2602, Santiago
de Chile.